



Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión"
Núcleo de Bolívar

COLECCIÓN CULTURAL
"BOLÍVAR AYER HOY Y SIEMPRE"

"Huellas del pasado"

Tradiciones,

Estampas

y Leyendas

"De lejanos días"

Por: Augusto César Saltos

2010

CRÉDITOS

Presidenta CCENB:
MSc. María Alicia Osorio de Noboa

Levantamiento de Textos:
Renán Mena Paredes

Impresión:

Portada:

Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión" Núcleo de Bolívar

Dirección: Manuela Cañizares # 511 y Sucre **Teléfono:** 03-2980808 **Telefax:** 03-2980333
Casilla 115. Email: ccenb@andinanet.net **Web:** www.cce.org.ec

Guaranda – Ecuador

“HUELLAS DEL PASADO”

Tradiciones,

estampas

y

leyendas

Augusto César Saltos

ALGO QUE HAY QUE DECIR

Unas pocas tradiciones, estampas y leyendas más de nuestra Provincia se contienen en este pequeño libro. Leyendas, estampas y tradiciones que no hemos querido no consten escritas en letras de molde para que alguien y en alguna biblioteca pública o privada las conserve, y, las generaciones a venir, un día no lejano, tengan conocimiento de cuanto se ha dicho, de cuanto ha ocurrido, más antes, en nuestra querida tierra bolivarenses.

Tres libros, con éste, hemos escrito conteniendo casi todo cuanto desde el ayer lejano, muy lejano, ha venido contándose por quienes habitaron este suelo y ya nos han precedido en la ausencia eterna y definitiva de la vida. Tres libros titulados: “En Tierras de Bolívar”, “Del Ayer Lejano” y “Huellas del Pasado”, cuyas narraciones, nuestro deseo ha sido no se pierda para siempre dejándolas sin escribir. Y al respecto debemos recordar lo que, un ruso en la Unión Soviética, un chino en la China Roja, un polaco en Polonia, un checoslovaco en Checoslovaquia y un cubano en Cuba, todos coincidiendo, nos decían: **“Sin tradición y sin leyendas, nuestras naciones no habrían tenido historia con héroes y hombres símbolos que han hecho la prosperidad y grandeza de que hoy disfrutamos”**. Por todo esto nos hemos resuelto ocupar un gran tiempo de nuestro existir, redescubriendo también a nuestros héroes, a nuestros símbolos que en lucha constante, aún contra las fuerzas de la Naturaleza, que se las ha creído invencibles, han conseguido que nuestro terruño se haya catalogado entre los pueblos cultos de la tierra.

La misión del hombre en la vida debe ser realizar algo para el progreso de su tierra. Se conseguirá por medio de la cultura y el trabajo: el escritor estudiando mucho para escribir algo que, por ese algo que deje escrito, después de sus días, seguramente se lo encontrará en alguna biblioteca, si se le busca. Allí estará su cuerpo entero: como haya sido, como haya escrito, y, en cada una de las páginas del libro, todo cuanto ha realizado para que su tierra sea inmortal. Tal debe ser la aspiración para que continúe escribiendo **“hasta cuando la pluma caiga de las manos, herida por el hielo de la Muerte”**, cual, un día dejara diciendo ese Viejo Patriarca guarandeño, fundador de nuestra Provincia Bolívar, Ángel Polibio Chaves.

Guaranda, 1973.

Augusto César Saltos.

RECORDANDO EL PASADO

Sí: en la ciudad de Guaranda eran las seis de la noche de cualquier día y todos los muchachos del barrio en que vivíamos nos encontrábamos listos para el juego de la macoma, las cortadas, el venado, el pan caliente, el capirotejo, la pelota envenenada, el punpuñete y cuantos otros entretenimientos sanos que no daban lugar a disgustos que nos llevaran a las manos ni tampoco comprometíamos a nuestros padres para destruir por culpa nuestra esas relaciones de grande y sincera amistad que existía entre los vecinos que eran considerados como verdaderos familiares que han de hallarse siempre unidos, ya sea en el dolor o ya en el goce. Eran las seis de la noche de cualquier día en aquellos tiempos en que se almorzaba a las diez de la mañana, se merendaba a las cuatro de la tarde par entonces cenar a las seis de la noche. Cena que solamente lo hacían los mayores. Tiempos aquellos que se han ido para siempre. Tiempos idos en que al almuerzo y a la merienda, todos los hijos, ni uno siquiera no podíamos no estar presentes para sentarnos juntos a la mesa que siempre la presidían nuestros padres. Tampoco podíamos levantarnos de ella si su autorización luego de terminar de comer.

Sentarnos embriagados o fumando cigarrillo: Que ellos nos brinden a nosotros una copa o un cigarrillo. Peor aún... Cómo perderles el respeto?. Cómo perder su autoridad y hacerse perder el respeto?. Tiempos aquellos en que los hijos no podíamos ir a parte alguna sin la autorización de nuestros padres. Debían saber a qué íbamos y a dónde íbamos para que se vean tranquilos. Cómo nos preocupábamos de ellos precisamente. Nuestros padres no debían sufrir. Nuestros padres no debían tener preocupaciones que les quite la tranquilidad porque les harían enfermar y acaso les restaríamos un día más de esa preciosa vida. Qué padres nuestros padres: llenos de autoridad y de respeto. Qué hijos esos hijos: disciplinados siempre, obedientes siempre y adorando diariamente a los autores de sus días; pues que vivían buscando a todo instante orientación para aquellos frutos del amor entre el hombre y la mujer, jamás el fruto de la encarnación del macho y de la hembra....

Y por qué no recordar de aquellas horas felices, que nos pasábamos escuchando narrar cuentos a nuestros viejecitos del barrio, apostados todos alrededor de ellos que, sentados en puro suelo, bajo la luz mortecina que regalaba el farolito amigo colgado del dintel de la puerta, descansando se hallaban de las duras faenas del hogar: Mama Rosa Jetona, Juana Chepita, Taita Nieto, Taita Pashi, Mama Nati Rueda, Mama Teodosa, Mama Pancha, el Mateo, Don Pedrito Picotín y otros que nunca se negaban a relatarnos de cuanto habían sido testigos o habían escuchado a sus antepasados?. No: no podemos olvidar sus gratas memorias que aún existen fulgurantes en nuestras mentes hoy agobiadas por el peso de los años. Cómo olvidar a quienes siempre nos repetían “Les contaremos para que sirva de ejemplo. Para que los pasos de ustedes no se desvíen del recto camino a seguir para que mañana sean hombres honrados y ciudadanos útiles para la Patria”. Y aquí aquello que los muchachos solíamos interrogar: “Si cayera una batea de cocos, cuántos se cogieran?”. Y, unos una noche, otros otra noche, se cogían todos. Lo que quería decir que nos contarían cuanto tenían almacenado en la memoria. Dos o tres horas de contarnos “cosas de la otra vida” que nos hacían gozar. No sentíamos el paso de las horas, escuchando. No tomábamos en cuenta que a la ida de nuestras casas nos harían arrepentir haberlos escuchado. Pues que nos moríamos de miedo. Tal era el impacto que habían causado esas narraciones sobre la Mula Herrada, la Mano Negra, el Duende, el Alma Santa, la Caja Ronca, Los Gagones , etc., etc., que hasta soñábamos sueños que daban mucho qué hacer a nuestros padres, por los gritos desesperados, que medios dormidos y en veces completamente despiertos, lanzábamos para que vengán en nuestro auxilio, y en veces solicitando nos hagan rezar para que se alejen de nosotros las

malas visiones que rondándonos las veíamos por todas partes....., y aquí cave muy bien la recordación del Huaco Hilario, cuya sola pronunciación de este nombre nos hacía estremecer de espanto... Era el Huaco Hilario un artesano que tenía por oficio la hojalatería. Su cara tenía la deformación de faltarle, en forma de triángulo, la parte central del labio superior, siendo razón para apoderarle de “Huaco Hilario”. Era un hombre de más de cincuenta años de edad. Sabía beber aguardiente y de continuo se le encontraba embriagado ya sea en la calle como en el taller. En este estado los huambras teníamos la costumbre de molestarle pidiendo que silbe. “Silbe, don Hilario”, le decíamos. Naturalmente que no podía hacerlo. Siendo entonces que se había inventado un pito que lo llegó a trabajar de lata. Quizá fue el inventor de estos pitos que más tarde la Policía entregara a los chapas para anunciar su presencia en las calles o para solicitar auxilio en los casos requeridos. Por donde iba el Huaco, los muchachos le molestábamos con aquello “Silve, don Hilario”. Algo y mucho que le obligaban a hacerse de piedras, palos, etc., para castigar a los malcriados..... Terminaba manifestando que, **el día que él se muera nos perseguirá a sol y sombra para cobrarnos bien cobrado**. De todo cuanto nos burlábamos, llevando a broma la amenaza, pero, para colmo de los colmos, en una de las tantas borracheras le sorprendió la muerte. Solo como vivía, luego de encerrarse en su tienda-taller, había quedado muerto. Los vecinos del barrio lo encontraron sentado, muerto. Inmediatamente, tras breves comentarios, se hizo la bulla del caso, y, huambras curiosos, un tanto preocupados por lo que siempre nos decía, concurrimos a la novedad: “El Huaco Hilario, sin decir ni Jesús, había amanecido muerto en su taller”. Que impresión tan terrible para quienes le molestábamos: verle muerto al quien, para vengarse de las ofensas que le hacíamos, había ofrecido que **su alma nos perseguiría a sol y sombra por todas partes**. En el día no había temor alguno, pero en las noches!!!! Mucho más si tomábamos en cuenta que en Guaranda no existía el servicio de luz eléctrica. Nuestras casas, así de un piso como de dos, no eran siquiera enlucidas sino que se las habitaba tal cual entregaban los obreros. Por consiguiente, malcriados: adiós, tranquilidad de la niñez.....!

Terminados los cuentos que nos relataban los viejecitos, a las nueve de la noche teníamos que recogerlos a nuestras casas. No habían faroles que alumbren el zaguán, peor el interior y es entonces que venían los gritos de los huambras a los padres para que les ordenen salir a los sirvientes con la vela encendida para que los hagan entrar. Era tal la nerviosidad de un muchacho, el que más molestaba al Huaco que, entre los varios gritos que lanzaba, a veces se le escapaba este: “María: bájale al Huaco que me coge la vela....”.

Qué vida tan inquieta de todos los huambras a quienes el Huaco Hilario había ofrecido que cuando muera, su alma sabrá desquitarse por toda esa manera de burlarse de quien no daba motivo a nadie. Le veían al Huaco muerto y que así muerto les perseguía por todas partes: en el día o en la noche. Tomen malcriados por haber sabido burlarse de los mayores!.

Nada respetábamos los muchachos para nuestros viejecitos nos contaran tantos cuentos. Sea clara o oscura la noche era costumbre buscarlos, si es posible hacerlos levantar de lo que se hallaban acostados. Queríamos a toda costa nos continúen narrando las historias, las leyendas, las tradiciones. Lo hacían con tal sencillez, con tal naturalidad, con cuanto detalle que, todos los entendíamos, cabe decir que, aquellas historietas nos aprendíamos con mayor facilidad que las lecciones que de deber nos mandaban nuestros profesores.

En algunas noches cuando no habían los cuentos, nos hacían jugar a ese jueguito que se llama *El Florón está en mis manos y de mis manos ya pasó*. Lo hacíamos sentados

alrededor de nuestros viejecitos. Y, al hablar de este juego recordamos que una noche de aquellas, mientras nosotros nos entreteníamos con las manos juntas para recibir el florón, una muchacha, ya de edad de peligro....., nos hizo descuidar a todos y se marchó con su Florón que por ahí no más le había estado dando caza.....Así terminó el juego, y, todos nosotros apenados porque habíamos perdido a una de nuestras compañeras, nos retiramos a las casas para contar la novedad a nuestros padres.

Qué noches aquellas noches, que tan entretenidos las pasábamos en el barrio. Noches que nunca en nuestra imaginación podíamos vislumbrar pasarían y llegarían las del invierno de la vida con la blanca escarcha de los años que se han ido y que se van inconteniblemente, sólo dejando la huella imperecedera de los recuerdos del ayer lejano que solamente producen hondos y prolongados suspiros que dicen de angustias y amarguras sin fin al ver que se han ido para siempre toda una niñez y toda una juventud: divino tesoro de la vida. Noches aquellas de las adivinanzas que pocas o ningunas las podíamos descifrar, mandándonos entonces donde la Viejecita Molinera para que, tras hacernos rodar y rodar por donde ella se imaginaba, darnos al fin la solución..... solución sabia, llena de enseñanzas edificantes que, cuantas veces nos hacían reflexionar hondo, muy hondo para orientar nuestras existencias, despreocupadas acaso. Noches de luna llena con nubes blancas volando por el espacio infinito, y a las que cada cual de nosotros, a nuestra manera, solíamos verlas adoptando figuras de animales, casas, palacios, etc., etc. Noches oscuras que por el cielo ennegrecido pasaba volando la lechuza, lanzando al aire su tétrico graznido que nos hacía imaginar de inmediato, alguien del barrio estaba para morir. Lo que ya sentíamos y nos hacía sufrir de antemano porque íbamos a perder a un amigo, a un familiar, acaso también a uno de nuestros viejecitos que ya no nos dirían sus consejas. Pero, éstas y aquellas noches también se han ido, y se han ido dejando apenas el recuerdo de haberlas vivido intensamente y amorosamente... Qué bellas noches tempranas que se han ido como se están yendo las actuales: para siempre y sin esperanza de retorno alguno.

Nuestros días idos: ahora que aún conservamos esta existencia, tornad siquiera por unos momentos en el recuerdo para tener el consuelo de llorar... que mañana, cuando nos llegue la última etapa de esa ley fatal: NACER, CRECER Y MORIR....., nada seréis para nosotros que seremos nada entre la nada.

LEYENDAS DE LA FUNDACIÓN DE GUANUJO

Sabedores que en Guanujo vivía ese ponderado hombre llamado Sandalio Páliz, entre varios muchachos de nuestra niñez inquieta y preocupada de saber “el cómo” y “el por qué” de las cosas, nos trasladamos allá, haciéndonos “una mona” de la escuela. Queríamos conocer a este hombre llamado por sus paisanos: Taita Sanad. **El poeta que con mucha facilidad hacía versos.** Realizamos una regular jornada desde Guaranda, y, en menos de media hora de haber caminado llegamos a Guanujo. Encontrando que de inmediato alguien nos indicó la casa donde habitaba. Quienes íbamos en su busca éramos aficionados al cultivo de este género literario, y, no había mejor oportunidad que, viviendo como vivía muy cerca ir donde el maestro en el arte: él nos brindaría el secreto para encontrar las facilidades para entendernos en forma elegante y bella con nuestras huambros enamoradas que alguna vez nos dijeron “les agradaba mucho el galanteo en verso porque a más de escuchar gratamente al oído, llegaba al corazón para convencerlas que en verdad las estábamos declarando puramente y sinceramente nuestro amor”.

Nada de anfitriones ni cosa parecida habíamos buscado para llegar donde este hijo predilecto de los dioses. Pues, por rara coincidencia encontramos saliendo donde él a un joven que venía de conseguir le dictara una dedicatoria en verso para su amada, dedicatoria que se contenía en una postal que bajo sobre la portaba a la mano. En cuanto nos vio que llegábamos a las goteras de la casa nos dijo:

- Huambros: ya comprendo a lo que vienen ustedes donde Taita Shanda, el safador de apuros a los enamorados. Pues, está adentro. Entren no más sin recelo alguno. Es tan amable que les va a recibir con toda su buena voluntad. Pero, eso sí, entrarán saludando. No tiene perro bravo. Es tan bueno que hoy me ha dictado esta dedicatoria en verso – Al mismo tiempo que nos entregaba la postal para que la leamos. Ella decía:

*Hoy que celebras tu santo
mi dulce y tierna María,
de tu Luis que te ama tanto
recibe esta poesía.....
Ella te dirá cantando
entre las alas del viento,
que tu Luis te está adorando
en éste y todo momento.....*

“Hurra que nos va a ir de perla haber venido donde este poeta llegado al mundo para nuestra felicidad!!!”, exclamó alguien de nosotros. Exclamación que fue del asentimiento general. Pues, nada importaba haber perdido una tarde de escuela si en cambio, tomábamos en cuenta cuanto íbamos a ganar estando siquiera unos momentos con este hombre. Cuanto íbamos a aprender de este maestro en el arte del elegante y bonito expresarse ante nuestras enamoradas que se habían tornado tan exigentes con nosotros.

En la confianza que nos recibiría bien, de inmediato vencimos el dintel de la puerta de calle. En efecto: luego de recibir, sonriendo, nuestras atenciones, nos hizo entrar invitándonos a tomar asiento sobre unos baúles forrados con cuero curtido de chancho.

Por espacio de más de una hora nos atendió. Fue tan agradable su charla que bien queríamos pasar con él unas horas más. Cuanto, cuanto y mucho nos habló de la

facilidad que tenía para hacer versos sobre el tema que le den; de las visitas diarias que recibía en su casa, precisamente para que dictara dedicatorias en verso y en prosa no menos. Taita Shanda, en aquellos tiempos, resultaba ser un verdadero Secretario de los Amantes.

Pero, de cuanto nos charló, aquí viene lo gordo de nuestra entrevista. Sin haberlo esperado se nos hizo saber algo que la Historia de Guanujo no lo narra siquiera a manera de acotación, pero que de generación en generación se ha venido transmitiendo, y que, sin embargo: unos le han callado hoy, lo que él no podía hacerlo puesto que, como amante que era de su solar natal, estaba en la obligación de hacernos saber para que lo transmitamos a las generaciones que vienen. Se trata de la Leyenda de la fundación de Guanujo antes de la conquista española. Es como sigue: escuchadle:

“Como bien lo saben ustedes, amiguitos míos, todos estos territorios de Guanujo y Tomavela en sus principios estuvieron habitados por nuestros antepasados indígenas conocidos como **Tomavelas**. Indios valientes, aguerridos e industriosos. Vivían habitando sus chozas desperdigadas por aquí y por allá, en condiciones que para llegar de una a otra había que andar un largo trecho. Esto, naturalmente, no agradaba a nadie. Sin embargo vivían así: descontentos siempre y siempre buscando la forma de hacer su existencia más comunitaria y menos aislada a fin de prestarse auxilio de los unos a los otros en los casos en que haya menester. Acaso para todo esto venga el consejo de sus dioses a los que recurrían en casos apremiantes y a quienes tengan que irremediamente obedecer. Pues, sucedió que una noche de las tantas que por estas alturas el cielo llega a nublarse para ocultar a la luna y a las estrellas, esos tres montes vecinos nuestros: el Capadía, el Chimborazo y el Carihuairazo que entusiasmados jugaban con la inmensa Bola de Plata, arrojándose del uno al otro, debido a una mala jugada que hiciera uno de los tres, dicha Bola fue a estrellarse contra el suelo. Y fue el Capadía que, dándose cuenta de lo sucedido, amonestó severamente a sus dos compañeros, ordenando que el que la deje caer bajará de inmediato a recogerla. Orden que no pudo ser aceptada porque al instante se dieron cuenta que se hallaba convertida en una inmensa capa de hielo de gran espesor. Sobre lo sucedido, sumamente preocupados, dialogaron, resolvieron entonces, por unanimidad, lo siguiente: **lo máspreciado que desde miles de siglos atrás habían venido teniendo para sus entretenimientos nocturnales, sería el hito para que los tomavelas, en el lugar que ha caído, funden el asiento de Guanujo, suelo al que más tarde vendrían hombres desde lejanas tierras a colaborar en el afán de conseguir prosperidad y grandeza para todo este territorio. Que tal resolución se les revelaría en el sueño en que vacían esa noche.** Efectivamente a la siguiente mañana los tomavelas asombrados comprobaron la verdad de todo cuanto les habían manifestado mientras dormían..... A los pocos días y cuando ya se había disuelto aquella capa de hielo, dieron principio a edificar sus rústicas viviendas que la civilización, paulatinamente las ha ido reemplazando con las que tenemos hoy..... Algo más, mis queridos amigos. La razón para que Guanujo sea tan frío aquí la tienen: al derretirse la capa de hielo que formó la Bola de Plata, esa agua helada se hubo reconcentrado profundamente en el suelo”.

“Seguro que no lo supisteis ante lo que os acabo de contar... Pues, ya lo sabéis. Entonces: idos a contar a cuentos lo podáis... Decidles que yo es he contado como me contaron mis mayores, y a estos los mayores de sus mayores”.

TAITA CURITA GUZMÁN

Siempre respondía al nombre y apellido de Rufino Guzmán. Al apellido le agradaba mucho que le antepongan el título de “doctor” puesto que era Sacerdote de la Iglesia Católica. En aquellos tiempos y aún ahora, fue y es costumbre, especialmente de algunas mujeres y gente del pueblo darle el título de “doctor” a todo cura, sea que desempeñe las funciones de tal en la ciudad o cualquier pueblo. Hemos sabido, en cambio que, para que los curas sean doctores tienen que estudiar Teología, y de éstos hay muy pocos en nuestra República, quizá en el mundo entero donde existe esta Iglesia. Pues, Rufino Guzmán era cura en esta ciudad de Guaranda. Cura temido por sus feligreses, dado el mal genio que se manejaba para con todos ellos, muy especialmente con aquellos jóvenes que en tiempo de Cuaresma o Semana Santa, se le acercaban a confesar. Precisamente fue quien estableció en esta ciudad “que los hombres no deben confesarse como las mujeres desde tras de las rejas del confesionario, sino cara a cara, frente a frente al Sacerdote que en esos momentos no era un hombre cualquiera sino el mismo Dios en persona”.

El doctor Rufino Guzmán que no sabemos de dónde vino a Guaranda, en aquellos tiempos en que vamos a referir algunas de sus ocurrencias tan pintorescas, puede que haya tenido la edad de 85 años, poco más o menos. Era un sacerdote muy viejecito, tanto que, para trasladarse de su casa, ya que no habitaba en el convento, a la iglesia, lo hacía caminando con mucha dificultad, y, llegando a uno u otro lugar, fatigado, amén de las carias estaciones que hacían en el trayecto. Un tanto flaquilucho, de talla mediana, color blanco, ojos azules y llevando una vejez tormentosa a toda cuesta, lo veíamos siempre. Este era el Cura Rufino Guzmán, el mismo que un señor que nunca pudo vivir sino junto a él, solía decirle: “Viejo: ya que me has dado el ser, dame plata para beber...”.

Volviendo al mal carácter que se manejaba con los penitentes, tenemos que contar lo siguiente: un día que se le acercó a confesar un joven de unos 13 o 14 años de edad. Arrodillado ya delante del único confesor que había en esos momentos, luego de haberles ordenado que rece el YO PECADOR ME CONFIESO, le indicó que siga acusándose los pecados cometidos. Como primera providencia, por no haber podido rezar como es debido la oración, puesto que con sólo arrodillarse en su delante, el penitente perdió los estribos, recibió un sacudón de la oreja. No sabía por donde comenzar la acusación. Quizá resolvió hacerlo valiéndose de los Mandamientos de la Ley de Dios, como siempre explicaba en sus sermones. Se acordó del Primero. **Amar a Dios sobre todas las cosas.** Siendo entonces que a quema ropa le lanzó esta acusación: “Acúseme padre que un día le dije que usted era un viejo pendejo...” Ya puedes imaginarte, querido lector, cómo habrá reaccionado el sacerdote al escuchar una acusación de este calibre y en el carácter que se manejaba: sulfurarse por quítame allá esas pajas..... Pues, tomó un palo que lo tenía a la mano y sacando fuerzas de donde no las había, se levantó interrogándole: “Con que, pedazo de desgraciado: qué motivo te he dado para que me trates así?” El penitente, atropellando a sus compañeros que esperaban su turno y echando al suelo a algunas viejas beatas que por ahí rezaban las estaciones se retiró en precipitada carrera, en tanto el confesor, a voz en cuello gritaba que le cojan al desgraciado hijo de Satanás. Al escuchar los gritos del Sacerdote, parece que las beatas estuvieron a punto de desmayarse y rodar entre los reclinatorios porque creyeron que el Diablo en persona había entrado al templo a ofender al Santo Padre. Para nosotros, dada la actitud de irritabilidad que tomó el cura en esos momentos,

tenemos por seguro que aún está corriendo este ingenuo penitente que tuvo la osadía de PAN, PAN, VINO, VINO, acaso decirle una verdad al Sacerdote.

Rufino Guzmán a más de ser de mal carácter, era un sacerdote metalizado hasta el extremo, y, como por ahí dice el vulgo: UN VERDADERO HUESO. Lo vamos a referir por qué. En aquellos tiempos que la mayor parte de la gente creía en responsos que se daban en Finados por parte del sacerdote, ya sea en la iglesia o en el cementerio, éste los pronunciaba en la iglesia. Lo hacía sentado sobre cualquier reclinatorio para hombres que era distinto del que usaban las mujeres. El de hombres era de dos altos: el uno para sentarse y en olor de santidad o del Demonio escuchar los sermones del cura Cisneros que más que Cura era un verdadero político, ya que su único afán era elevarlo a situaciones que él quería a un sobrino abogado. Luchaba en elecciones: unas veces con los conservadores, otras con los liberales. Es decir que, se encontraban del lado del que le ofrecía mejores garantías para sus fines. El otro servía para arrodillarse, cuando Santiago Poveda, sacristán, daba la señal con la campanilla que la solía tener a su lado. Este último alto en nada se diferenciaba del reclinatorio que usaban las mujeres. Hoy tenemos bancas-pupitres. A su alrededor se colocaban los creyentes en responsos y muy especialmente los indios y los chagras. Cada responso costaba: los rezados, un real, los cantados, dos reales. Se sabía también que, con los rezados, las almas del Purgatorio demoraban más tiempo para salir de la prisión a fuego lento: en tanto que, con los cantados, en cuanto el Cura terminaba, el alma salía rumbo a la mansión celestial puesto que San Pedro tenía abiertas de par en par las puertas. Quien no tenía dinero para los responsos, por lo regular el indio, llevaba huevos, cuyes, quesos, gallinas para pagar al Señor Cura. A un lado un canasto para recoger los huevos y los quesos, y, a los pies del Padrecito se hallaba un costal, abierto por una de las esquinas, para embolsar a los cuyes. Las gallinas apresadas en una pata por un hilo de cabuya eran trincadas a una pata del reclinatorio en que se sentaba. La cosecha de gallinas, cuyes, huevos y quesos, así como dinero era tal que, los huambras se hallaban envidiando. Tenían por costumbre, en actos de esta clase, ir a sentarse en su delante a ver su movido a compasión que, el deseo de tener siquiera un medio para comprar alguna golosina, les hacía extender la mano para que algo les diera, lo que nunca lo hizo y antes al contrario les retiraba de inmediato, procedimiento que rayaba en inhumanidad. Sus miradas las tenía pendientes del canasto de huevos y quesos, de las gallinas y de cuando en vez inclinaba la mirada hacia el costal de cuyes, cuya punta abierta la tenía apresada con un pie. Cuyes que apresados no dejaban de charlar como lo hacen en los “cuitiacos”, cuando se hallan libres y sin tener qué comer. Todas estas entregas, las sirvientas que tenían no venían a llevar, y es lo que aprovechaban los huambras para, sumamente indignados por la miseria del cura, ir a buscar una navaja bien fila, con la misma que al menor descuido le echaban un tajo en una de las puntas del costal, dando así lugar a los infelices prisioneros a escaparse en manada por entre los reclinatorios que llenaban la parte central del templo. Y vaya no más a ver lector querido, como el Doctor Guzmán, dejando a un lado la salvación de las almas, el cuidado de los huevos, quesos y gallinas, levantándose la sotana, rodando por un lado el bonete, perseguía a los cuyes, labor que secundaban los feligreses, quienes, recapturando uno que otro cuy, regresaban al lugar donde, por lo menos habían desaparecido unos cuantos huevos, quesos y una que otra gallina que con el consabido KIRARAK parecía estaban llamando a Jesús para que con correa en mano haga ver que su Casa era casa de oración.....

Y es este mismo sacerdote quien tenía ordenado al sacristán no dar las horas del día y de la noche, en las campanas que en aquellos tiempos no se hallaban colocadas en lo más

alto de la torre de la Catedral sino en las primeras ventanas del primer piso. Pues, tenía que ir, calculando la hora a preguntar si podía ir a dar la que correspondía al momento. De hacer lo contrario, había amenazado despedirlo para siempre de la Sacristía que le daba diariamente cera para vender... Y era una noche lluviosa que se presentó a preguntarle si podía ir a dar las ocho. Como la noche estuvo fría y oscura pensó irse a dormir temprano ya que hasta se hallaba picado de gripe. Escuchad la orden que le dio: “Anda no más darás las ocho. Y como la noche esta lluviosa y fría, de una vez irás dando las nueve, las diez, las once y las doce, a fin de que la gente no salga en las horas que persiguen la tentación...” Orden que al sacristán le resultó con costas puesto que la Ronda Policial, mano a la pretina, por haberse burlado de esta manera de la ciudadanía, le condujo a los calabozos del cuartel donde tuvo que pasar la noche acosado por el frío entumecedor y sosteniendo cruento combate con las pulgas que, sin darle tiempo para nada, habían tomado violenta posesión de todo su cuerpo.

LA MAMA PACHI

Contrariando la vieja costumbre de los indios de Vinchoa, parcialidad de la ciudad de Guaranda, a la india que todos por ahí la llamaban la “Mama Pachi” se hallaban velándola ya dos días. Había muerto de parto, sin poder dar a luz, no obstante cuanto habían hecho para ver si en alguna forma las personas hábiles que vivían por ahí salvaban la vida tanto de la madre como del que estaba por nacer. Agua de canela, bien azucarada, le habían dado para que tome mucha fuerza y no desmaye en el alumbramiento: le habían dado desde cuando ella se había sentido con las dolencias precursoras del parto. Hubo introducción de manos para ver la forma de acomodar a la criatura a fin de que nazca de cabeza y no de pie como parecía iba a nacer. Se encendió una vela a la que se ató un mechón de pelo de la parturienta y se la colocó al pie de la imagen de un santo cuya cara casi no se la veía debido al humo que diariamente, desde el fogón de leña iba contra el cuadro y por cuya razón no se sabía de qué santo se trataba. Tanto se hizo y no obstante todo cuando obró la naturaleza con el pequeño aporte de ayuda de la partera que salió la criatura del vientre materno. Salió a la luz del día con el consabido primer lloro desesperado. Lloro que la gente indígena sabe interpretar “Viene al mundo sólo para sufrir...”. En tanto: la madre no respiraba, no se movía y por fin se había extendido de largo en largo, dando así señales inequívocas de fallecimiento.

El matrimonio formado con su José era de muchos teneres tanto en animales como en terrenos, amén del dinero que como producto de la venta de animales, y, algunos ahorros hechos, lo habían guardado entre los granos que se hallaban almacenados en los trojes. Para atender a cuanta gente iba llegando, sabedora de la desgracia ocurrida en la casa de José, éste ordenó a sus familiares despostaran una maltona, cuyas carnes las consumirían en esos días en que a más de la comilona había la hartada de aguardiente hasta llegar a la embriaguez, y entonces: unos llorando por la prematura muerte de la “Mama Pachi”, y otros, en veces dándose de trompadas, recordando agravios pasados, se hallaban en el patio de la casa del velorio, a toda intemperie, en la noche y en el día.

Era el tercer día que velaban el cadáver, y, no obstante no daba ninguna manifestación de descomposición como era de esperarse. La “Mama Pachi” se hallaba amortajada con la sábana santa y liada en la cintura con el cordón santo que aconseja la Iglesia Católica para estos casos. La cara no se hallaba cubierta. En tanto allá: el niño escapado de morir en el vientre de la madre, casi descuidado: durmiendo, llorando y en veces, acaso esperando de lactar a la madre, yacía por un rincón del cuarto que a la vez que dormitorio era al mismo tiempo cocina y despensa para guardar los granos y más comestibles, no sin servir de cuitiaco para la buena raza de macabeos.

Habíamos dicho al principio: “Contrariando la vieja costumbre... “Era porque no llegaba el ataúd que delegados del José habían ido a comprar en Guaranda. Y la razón para que no retornen pronto, porque el maestro especialista en estos trabajos se había ausentado de la ciudad. Había ido a Riobamba a adquirir material para los mismos trabajos, pues que tenía establecida una pequeña funeraria. Sólo al tercer día pudo entregar. En cuanto llegó a la casa, conducido por cuatro allegados, los mismos que con martillo en mano se apretaban para destaparlo primero y luego, puesto que el cadáver, asegurarlo con los respectivos clavos, al estarla levantando a la “Mama Pachi”, sorprendidos manifestaron que aún se hallaba abrigado, resistiéndose a guardarlo para siempre. Intervino el José, quien también poniendo la mano sobre el cuerpo de su difunta esposa, ordenó colocar a

un lado del ataúd y que el cadáver continuara velándose hasta cuando se hubiese enfriado completamente. Sólo así se lo podía irlo a sepultar. Un día más se lo veló y el cuerpo aquel conservaba su calor. Entre tanto, se iba agotando la comida para toda esa gente que día, más día se aumentaba, pues que venían de todas las cercanías. Lo propio pasaba con la bebida, puesto que se repartía a toda hora, sea en el día o en la noche, motivo por el cual, aunque sea abrigado, el cadáver iba a ser colocado en el ataúd, pues que hasta las moscas verdes comenzaron a revolotear por los alrededores. Y fue el momento en el cual, las señales de vida que daba el cuerpo de la “Mama Pachi” eran tales que se movió, abrió los ojos y luego, en frases entrecortadas y bañados los ojos en abundantes lágrimas, la desataron.

Los dolientes, incluso el marido y sus demás hijos estuvieron a punto de echarse a correr, llevados del susto y miedo: verla resucitar a quien había muerto hace cuatro días. Se detuvieron porque hubo mucha gente presenciado el acontecimiento que tuvo lugar en las horas del día. De ser en la noche, no quedaba uno... Desataron el cuerpo de tanta envoltura, y, al hallarse tendida sobre el rústico cahuito, habló así:

- Venimos porque San Pedrito diciendo: “Anda. A qué has venido. No es tiempo todavía. Por qué has dejado a la criaturita que *ashnando* está. Vuelve no más casa para que cuides del pobrecito”. Por eso venimos desde puertota, grandota de Cielo. Infierno también conocimos. Al ladito no más sido. Pero semejante porción diablos habido. Mentira que habiendo candela. Nada tan. Sólo diablos e diabras pecando todo día sabido vivir. Semejantes pecados cometiendo.... Eso no más. Ele, aura ca ya estamos aquí. Traigan no más mi guaguito que queriendo darle mamar”.

Efectivamente, le trajeron al niño y lo encontraron que ya había estado engusanándose, porque preocupados de la muerte de la madre, no le atendieron haciéndole bañar. Lo habían dejado tal cual salió del vientre de la madre: ensangrentado y descompuesto el cordón umbilical. Sólo hubo lactancia que alguna madre que se hallaba lactando a hijo tierno, movida por un sentimiento de humanidad, de cuando en vez le brindada el seno.

LAS GUARICHAS Y LOS HUAMBRAS

Estamos seguros que la mayor parte de nuestros lectores jóvenes querrán saber quiénes, qué personas, no sólo en Guaranda sino en cualquier otro lugar de nuestra República, recibían este tratamiento. Sí, querrá saber sobre todo esa juventud que en la actualidad, dada la poca o ninguna movilización de batallones del Ejército Ecuatoriano, este elemento femenino, poco o nada acostumbraba a moverse también. Eran pues las “guarichas” las concubinas del elemento de tropa del Ejército. Unas mujeres de pueblo y de segunda, tercera y cuantas manos más de uso que habían resuelto hacer vida marital con soldados, cabos, sargentos, siguiéndoles a donde vayan y por donde vayan, tanto que se iban a la guerra, allí iban estas mujeres que, cuantas veces, pasando material bélico, asidas también de una arma cualquiera tomaban parte activa en la batalla; y, no solamente esto sino que, hombro con hombro con su querido, al grito de VENCER O MORIR eran las primeras que se arrojaban contra el enemigo, sin consideración al número, al poder armamental de que disponía. Ellas, armadas de palos, piedras, machetes y en veces hasta de un fusil, francamente que se desconocían en el combate. Iban con la mirada adelante, siempre adelante porque no había para qué mirar atrás donde, agregaban “no quedan sino los cobardes”. Cobardes que no habían, no podían haber porque el valor que ellas infundían era tal que, por cobarde que sea un soldado, nunca podía quedar atrás, si ellas con los gritos de VENCER O MORIR entusiasmaban a todos para salir victoriosos en el combate.

Qué mujeres para desprendidas de todo, menos de su respectivo querido al que servían en toda forma y condición, cosa de hacer méritos para que jamás de los jamases osaran olvidarlas. Ellas en la paz como en la guerra siempre al servicio del marchante. Haciendo el aseo y aplanchado de ropa, preparando los mejores platos para su soldado, su clase, lo que sea. Era un orgullo sin nombre tener como a su querido al soldado tal, al cabo o sargento cual, sobre todo cuando se presentaban a la puerta del cuartel, en las noches que hacían guardia, llevándole los más exquisitos bocados como ser un caldo de gallina, un ají de cuyes, unos tamales, unas choclotandas. En una bandeja, brillando de limpia y cubierta con una servilleta tan blanca como la nieve, hacían pasar con el cabo de servicio, al soldado tal, al cabo o sargento cual. Y vaya no más, por un acaso el cabo de servicio a oponerse que entre el bocado sabroso, que ahí le soltaba la lengua larga la “guaricha” que también por esto recibió este nombre un tanto rechinante, un tanto pecaminoso, un tanto varonil.....

Descrita así la “guaricha”, la vamos a ver entrar en Guaranda, la ciudad donde venía a guarnecer un batallón tal, una compañía del batallón cual, ya que así convenía al Gobierno. Por correo de brujas o por qué, los huambras llegaban a saber que venía una guarnición a Guaranda. Sabían el día que harían su arribo a esta ciudad. De unos a otros se pasaban la voz para ir al encuentro, ya sea en el Puente de Guaranda, si venía de Riobamba, o ya en la Quinta del Cura; si venía de Ambato. En aquellos tiempos no había lo que hoy llamamos carreteras. No eran sino simples chaquiñanes. A lomo de mula se trasladaban quienes querían ir a esas ciudades o venir de ellas. La tropa siempre lo hacía a pie, y, en unos dos o tres días había vencido la distancia que separa de Guaranda. Se la esperaba pues el pronto arribo para verla llegar no formando un solo pelotón sino disgregada como que se tratara de un batallón en derrota. Desmayadas, sudorosas, empolvadas, casi siempre demostrando hallarse hambrientos y sedientos, portando el fusil al hombro y el morral a la espalda, avanzaban y avanzaban al lugar del destino. Los huambras, con cálculo astronómico fijaban la hora exacta que ya estarían agrupándose en uno de los antedichos puntos de entrada a la ciudad. Allí se encontraban

para ver a la tropa y a las "guarichas" en correcta formación, a los acordes del clarín o corneta y tambor hacer la entrada a la ciudad cuyos balcones, puertas y ventanas de las casas se hallaban repletas, de gente de uno y otro sexo. Naturalmente que los huambras no se dejarían ver sino a los costados de la tropa que gallardamente, ante los aplausos de la ciudadanía, desfilaría con la mirada escrutadora por los cuatro puntos cardinales, conociendo el lugar donde debía permanecer cortas o largas temporadas y en tanto dure la emergencia de carácter político o administrativo.

Concentrada la tropa en la entrada de la ciudad sólo se esperaba que lleguen las "guarichas" para con éstas colocadas a la retaguardia, emprender la marcha. Asomaban estas mujeres: unas descalzadas, otras calzadas, llevando el pañolón o macana, punta a la espalda. Unas con niño cargadas o llevándolo de la mano. Sudorosas, empolvadas y fatigadas no menos, cuando los huambras no demoraban en hacer su intervención gritando a una sola voz:

“Elé las “guarichas”.....”

Estas, no obstante el cansancio y fatiga que traían, reaccionando contra los "malcriados" que sin motivo alguno les habían tratado así, les lanzaban un verdadero rosario de improperios como estos:

“Las madres de ustedes, hijo e putas.....”

“Chagras desgraciados. Maricones.....”

“Más guarichas serán las madres de ustedes, puñeteros.....”

Los huambras no podían quedarse con tales insultos. Volvían a cargar con otros insultos de mayor calibre. Y entonces para tales ofensas contra sus madres, allá les iba estas otras que les hacían enardecer de furia descontrolada:

“Qué fieras estas “guarichas.....”

“Guarichas pata polvosas.....”

“Estopa de cañón.....”

“Traídas de los basureros.....”

“Todas han de ser de segunda y tercera mano.....”

“Guarichas que vienen abandonando a los maridos y a los hijos.....”

“Cholas putas, reputas, requeteputas.....”

“Indias podridas y arrastradas.....”

“Si de a peseta no más ande ser estas “guarichas”!!”

Insultos y ofensas que no dejaban de irritar los ánimos tanto de los unos como de las otras que querían hacerse de piedras para dispararlas, toque a quien tocare, y que no lo hacían porque lo impedía la marcha que también ellas tenían que seguir al son de la banda de guerra. Pero cosa rara, con el transcurso de los días todo habían olvidado porque en las casas de la mayor parte de los raposuelos habían arrendado alojamiento estas mujeres.

Recordamos de una "guaricha" llamada "Mama Lola" que decía era oriunda de Tulcán. Una mujer de unos 50 años de edad, alta, fornida, media azambada, simpática y que llegó a tener estrecha amistad, especialmente con los huambras a quienes conversaba que muchas veces combatió al lado de Don Eloy. Que ella con fusil al brazo estuvo junto a su esposo, un soldado que pereció en uno de los tantos combates librados para conquistar la libertad del pueblo ecuatoriano. Que muerto su esposo, queriendo continuar de "guaricha" que para ella no era un insulto, aceptó la propuesta de su actual querido que tiene el grado de sargento. Era tan popular esta "Mama. Lola" que acompañaba a los huambras a bañarse en el vado "El Pishca", donde también se bañaba

dando muestras maravillosas de ser una magnífica nadadora. "Mama Lola" vamos al baño", le invitaban los huambros. No se dejaba esperar mucho tiempo la invitación a la que iba con una buena canasta de naranjas y plátanos limeñas que en aquellos tiempos de grata memoria no costaban sino dos reales el ciento de cada fruta, para obsequiarlos.

Qué "guarichas" estas "guarichas" mal habladas y venidas de afuera. Y que huambros estos huambros guarandños, malcriados, que al fin o a la postre llegaban a hacer estrecha amistad con ellas.

SE LE CAYERON LOS PECADOS

Si la Madre Tierra no lo ha recobrado aún para reducirlo a polvo y que se confunda con ella, puede que en alguna parte esté viviendo este cristiano a toda prueba puesto que así llaman las gentes del pueblo a todo aquel que ha sido bautizado al pie de la pila de agua bendita que la Religión Católica conserva en todas y cada una de sus iglesias.

Pues, es el caso que este buen hombre acostumbraba a confesar y comulgar, por lo menos una vez al año. Y confesaba para comulgar en pleno olor de santidad. Era un magnífico estudiante del Colegio "Pedro Carbo" de Guaranda. El suceso tuvo lugar en los primeros años de estudio. No recordamos si en el segundo o tercer año. Para entonces, todos sus compañeros y contemporáneos: unos de mutuo propio y otros obligados por sus padres o representantes, debían cumplir con el mandato de la Iglesia: confesar y comulgar. La mayor parte había hecho su examen de conciencia y se hallaba lista para arrodillarse delante del confesor que debía confesarle. Los pecados que habían cometido habían recomendado a la memoria para decírselo al sacerdote. Otros, entre ellos este amigo que manifestaba que en cuanto se arrodillaba delante del confesor se olvidaba todo, resolvió, para mayor seguridad presentarlos por escrito. Así sí no le quedaría uno solo sin confesar. Pues, temía que le pase lo que un día había dicho en el Catecismo el señor cura, respecto del que callaba los pecados. El sacerdote había dicho una y muchas veces más que, a cierto penitente que no había querido confesar sus culpas al que en esos momentos representaba a Dios, quienes se encontraban un poco distantes en el templo, vieron que el penitente se hallaba incendiada todo él, y aún más: despedía un olor insoportable. Temiendo este peligro inminente, en el silencio de su pieza que tenía tomada en arriendo, dedicó el tiempo necesario para anotar todos sus pecados, así veniales como mortales y lo que es más, los capitales. En tres pliegos de papel ministro con raya, llenos de lado y lado se contenían los pecados del cristiano estudiante que llevado por los malos amigos y compañeros no había dejado, de ser contagiado por los malos ejemplos de todos y cada uno, así en los paseos por las orillas de los ríos, como por cantinas, lugares de diversión, etc., etc.

Inventariados así, ya que hasta los había colocado en orden alfabético, puesto que era un hombre de muy severas costumbres, los tres pliegos se los guardó en uno de los bolsillos interiores del saco, y, portando sus libros, materias de enseñanza, bajo el brazo se marchó al colegio. Iba tranquilo y en paz con su conciencia porque los había descargado de ella al anotarlos de uno en uno sin omitir alguno. Todos, absolutamente todos constaban en el papel que, no sabemos por qué circunstancias, al salir de la clase y buscárselo en los bolsillos no los encontró. Es de imaginarse el susto que se llevó por esta desaparición. Buscaba entre los libros, introducía por repetidas veces las manos en los bolsillos. No quedó bolsillo sin ser buscado y rebuscado. Aún fue a su pieza a buscarlo, en un por si se haya olvidado. Pero nada, nada, y nada. Y cómo averiguar a nadie el secreto que lo venía manteniendo. Se figuraba lo grave que sería lo haya encontrada alguien que, si bien es verdad, tales o cuales desmanes los habían cometido entre todos, también era cierto que entre esas faltas cometidas habían otras que las cometió él sólo. Ninguna tranquilidad para estudiar las lecciones que debía preparar para las clases que una tras otra se iban sucediendo. No atinaba qué hacer ni qué decir. Qué horror !Mas cual su sorpresa: momentos después avanzó a ver en el patio superior del plantel un buen grupo de estudiantes que chacoteaba, solicitando que desde lo alto de un tapial que existía cerca del calabozo donde se encerraba a los estudiantes indisciplinados, diera lectura a esos tres pliegos que no se sabía cómo llegaron a poder

de un estudiante que en ese año ya se graduaría de bachiller. Cuando con la energía del caso los reclamó sus papeles, no pudo conseguir puesto que le dijeron que era el Diablo quien lo había sacado del bolsillo y lo había ido a poner en el del estudiante que se aprestaba para dar lectura pública. Amenazó con un revolver que por viejo no disparaba. Se formó el corrillo más numeroso y se iba iniciar la lectura, momento en que intervinieron el Sr. Rector y Secretario del plantel, reclamando los pliegos que, de no ser por esas intervenciones, no sabemos qué habría pasado con este pecador, el estudiantado y sobre todo el que debía dar lectura.

A los pocos días se supo que también a una alumna de un plantel educacional le pasó lo propio. Pero en esta vez no se iba a dar lectura porque los papeles que contenían sus pecados sólo se le habían confundido en clase. Se presumía alguien le robó y posiblemente se los estaría leyendo entre compañeras. No se pudo descubrir. Pero la pecadora era capaz de estrangular a personas que presumía le robaron. Qué peccadotes habrá tenido la descuidada, puestos en esos pliegos? Para sí, pensaba y deseaba que ojalá más bien hayan ido a parar a manos de la superiora que era religiosa. Ella, por caridad no divulgaría a persona alguna.

EL PASTUSO.....

Quién otro en ese pueblo de la Provincia Bolívar podía ser sino el Pastuso.. el que, con toda valentía, con toda entereza y con todo cinismo, un día domingo le insultó al señor cura de la Parroquia, porque desde el púlpito se destapó contra los ateos, contra los enamorados, contra los escandalosos? Quién otro podía ser sino el Pastuso... el que, casi todas las noches se "amanecía de claro en claro", bien embriagado, lanzando pestes contra las beatas que anochecían en el templo y amanecían en él? Cuál otro sino el Pastuso... que aconsejaba a los campesinos no pagar diezmos y primicias a la Iglesia puesto que no era sino una terrible explotación que hacía el señor cura, de la candorosidad de la gente del campo para así poder sacar, por esta vía más, fuertes sumas de dinero que día a día le estaban tornando rico y poderoso? ¿Quién, pero quién otro en el lugar sino el Pastuso para difamar contra el señor cura que, en las noches oscuras, salía disfrazado de indio para entrar donde la beata, hija de María, que confesaba y comulgaba todas los días? No había otro más en ese pueblo sino el Pastuso... que habiendo estudiado en Escuela Laica aprendió a dudar de las cosas sagradas, riéndose de los decires del señor cura sobre la existencia del Cielo, del Purgatorio y del Infierno y hasta del Limbo? Quién sino este Pastuso... hijo predilecto del Demonio, para sostener reyertas, casi todas las noches con los esposos de guapas mujeres a quienes acortejaba para inducirlas a cometer adulterio? Quién sino el Pastuso... para saber toda clase de axcitativos para las mujeres a que pronta caigan en brazos de sus admiradores? No otro sino este Pastuso nacido sólo para practicar el mal: pues sabía la poción para suministrar a las mujeres prohibidas a fin de hacerlas arrojar en embrión, los hijos concebidos sin querer y a ocultas? No podía ser otro sino el Pastuso, para reírse a la salida del templo de todas las mujeres y hombres que oían misa con devoción, comulgaban diariamente y cumplían con todos los mandatos de la Iglesia.? Quién otro sino este mal cristiano de Pastuso para, hacer propaganda de las obras de Montalvo, Vargas Vila, Marx y otros autores que, según el mismo señor cura, han contribuido a destruir la moral buenas costumbres de aquel pueblo? Por todas partes no se escuchaba sino graves acusaciones contra este hombre malvado, encarnación del Demonio, que en mala hora había llegado por aquel pueblo y hasta había encontrado una mujer que le reciba por esposo, no obstante que sólo se había casado el Civil y no el Eclesiástico. No era otro sino el Pastuso quien había dicho que a la profesora de la Escuela de Niñas le nota no se qué con el señor cura a pretexto de ir todos los domingos por la tarde al Convento para hacer de catequista. Hasta el señor cura llegó a tener miedo de este hombre, tanto que al ir con el Viático a dar a los enfermos, evitaba pasar par su delante, pues no siquiera se sacaba el sombrero, peor arrodillarse como solían hacer los demás. En fin, era este Pastuso uno de aquellos hombres que nada debía y por consiguiente nada temía. Por lo mismo le importaba un "pito" la sociedad en que vivía.

Pero llegó el día en que este blasfemo, este ateo, este calumniador sintiéndose gravemente enfermo con enfermedad que muchos curanderos le dijeron "era incurable", recapacitó todo lo malo que había cometido y quiso acogerse a Dios. Echado a la cama, sin remedio que le siente bien, pidió a su esposa le colocara la imagen de algún santo a la cabecera, comprara una esperma, y se le pusiera a consumir encendida, suplicando le otorgara mejoría. Aún más: manifestó su deseo de confesar y comulgar, yendo a la iglesia. Nada le importaba el respeto humano que antes no lo había permitido practicar estos mandatos católicos. Sus deseos trascendieron a los habitantes de su pueblo. Todos ya lo sabían y se admiraban que el mal hablado se haya, convertido a la Religión Católica. Aún llegaron a descubrir el día que debía acercarse al templo a satisfacer sus

deseos. Todos se aprestaron para concurrir al acto y aunque sea a la distancia querían presenciar el acontecimiento. Pues que creían que esa confesión no duraría, una, media hora sino muchas horas, acaso toda una mañana: se trataba de un terrible pecador. Efectivamente, en el día y hora acordados le vieron que se arrodillaba delante del señor cura, cara a cara, frente a frente, como suelen confesarse los hombres. Uno de sus íntimos amigos que por suma curiosidad de saber qué se confesaba, se había ocultado tras del Altar Mayor, pudo escuchar el siguiente diálogo mantenido:

-Escucha -le llamó la atención el confesor- Verdad que en forma seria y como verdadero creyente en todos los misterios de nuestra Santa Religión Católica, estás dispuesto a confesarte conmigo que en estos instantes no soy un hombre como tú, sino un representante de Dios, Nuestro Señor, en la tierra?

- Sí, señor curita. Estoy dispuesto a ello y por eso he venido a postrarme de rodillas a sus plantas. Sé que representáis a Dios y por eso he venido humildemente a implorar perdón por mis grandes pecados cometidos durante toda mi vida anterior.

-Y sabes que, para que una persona haga una buena confesión es necesario que reúna tres condiciones?

- Enterado de todo estoy, señor curita.

- Entonces haz hecho examen de conciencia, propósito de enmienda y de boca vas a decir tus pecados. Pues, si estás enterado de todo esto, reza el Yo pecador me confieso.... Si acaso no lo sabes, sígueme esta portentosa oración que nos enseña Nuestra Madre Iglesia para alcanzar el perdón de los pecados, por graves que sean.

- Terminada la oración, el señor cura le ordenó que siga acusándose -agregó el amigo- Y esto, esto le oí que le dijo el Pastuso bandido: *"Acúseme padre que he practicado todas las maldades que existen en el mundo. Qué pecado no habré cometido. Lo único, lo único que sólo maricón no he sido, padrecito"*. Y el señor cura le absolvió. Le perdonó, sobre todo aquello, recordarán que le dijo en público, cuando le maldijo que ha de morir comiendo tierra, el bandido le contestó: *"Yo te maldigo, fraile desgraciado que haz de morir comiendo mierda"*. Ya lo saben todos ustedes, mis amigos que en el arrepentimiento está el perdón.

"Conque: todos a pecar", sonriendo gritaron a una sola voz todos los curiosos....

EL COBIJE DE CASA

En la yatita de terreno que la ha adquirido, sea por compra, herencia, lo que sea o como sea, la pareja de casados, con los últimos esfuerzos y sacrificios que ha hecho ha resuelto trabajar la casita propia. Ha resuelto construirla "para tener el huequito donde meterse y vivir aún sea desnudos, comidos o no comidos, juntamente con los hijos que, marido y mujer han adquirido con la bendición de Dios y la Virgen Santísima", según conversaban a todos los vecinos, a los compadres y a los familiares.

En cuanto ha circulado la noticia., todas "las conciencias" han principiado a ofrecer lo que a bien han tenido para que se logre la realidad de semejante aspiración. Unos han ofrecido el "acudi" para ir a llevar la tapialera desde donde el tapialero que sabe hacer buenos adobones para casa. De esos adobones de 7 u 8 golpes, cosa que al quererlos derribar saben hacer vibrar la barra. Otros han ofrecido hacer el "acudi" para traer las piedras del río cercano o lejano o de la carretera para con ellas hacer los cimientos cosa que guarden la humedad, sobre todo en invierno. Otros han ofrecido el "acudi" para tirar la madera necesaria para el armazón y otros traer la teja desde el galpón del tejero que sabe hacerlas tan fuertes y de tan buena calidad que, al golpearlas unas contra otras suenan como campanas de iglesia.

Ha pasado un mes de toda esta preparación y la casa ya está levantada, luciendo tapias nuevos, madera nueva y tejas "coloradotas", con la consabida cruz blanca en la parte de la cumba. Esa cruz sería el para rayo a la vez que el detente contra la mala suerte y la tentación que, al decir de "taita curita" no deja de amenazar y rondar por las casas nuevas, si acaso no se las hace bendecir pronto. Pero, qué es lo que se ha realizado para llegar a ese cobije de casa? Se ha realizado ante el silencio de los dueños, ante la indiferencia de los familiares, allegados, vecinos, etc., etc.? No; es costumbre del Indio hacerlo todo en cooperación de los unos y de los otros. De no hacerlo sería para romper de un golpe mortal la costumbre que viene manteniendo inalterable, desde sus antepasados y los antepasados de éstos. Por otra parte, sería motivo para grave censura y resentimiento aquello de hacerlo en silencio, y sin invitar a sus relaciones. También lo sería por el mucho orgullo que la pareja ya va a tener casa propia, o por miseria: "no querer brindar la copa, no querer despostar la maltona, pero siquiera una oveja". Tomando en cuenta estas murmuraciones, los desposados han invitado a sus familiares, vivan cerca o distante; han invitado a sus allegadas: compadres, comadres, ahijados; en fin, han invitado a cuantos han podido, tomando en cuenta que unos ya prestaron el "acudí" y otros aún no lo han hecho, quizá por ocupaciones, motivo por el cual tienen que venir al cobije, trayendo la botella, una suma de dinero, algo que sirva para lo que la fiesta requiera. Todos vendrán acompañados de sus mujeres, de sus hijos, todos los cuales a medida que van llegando entregarán el obsequio para tener derecho a tomar parte en el festejo. Reunidos los invitados, dan comienzo a subir la teja que lo hacen colocando una escalera, donde sentados en cada escalón, especialmente los longuitos de edad que pueden sostener una teja en la mano, levantando con ella los brazos hacia atrás, con el consabido "teja", "teja", el suelo lo han dejado vacío. Las dueños de la casa, en los breves momentos de descanso van brindando la copa de Aguardiente, aún a los longuitos para que aprendan desde pequeños a tomar la "copita" que, como a ellos sabrá dar fuerza y mucho valor para el trabajo.

Colocada toda la teja que bien calculada la cantidad que va a entrar se ha adquirido, se inicia la colocación de los canales y tapa, haciendo a los cuatro costados la mazma respectiva para terminar en la cumba, asegurado todo con cal para que desde lejos se vea que es casa nueva. Entre copa y copa que no falta en ningún momento puesto que, una botella vaciada se la remplaza con otra que se destapa, ocurrencias de los de abajo y de los de arriba, se ha concluido el cobide, siendo entonces que tanto al dueño como a la dueña de la casa, por riguroso turno van colgando en una viga del cuarto donde le ahuman con el humo que produce la combustión de una cantidad de tamo humedecido expresamente para ello. Las humean hasta que, quien dirige la ceremonia ordene que los descuelguen. El ahumado lloriqueando por el fuerte del humo es obligado a tomar unas cuantas copas para luego continuar de espectador del ahumamiento de todos los concurrentes. Bailes, comida, bebida, peleas por acusaciones que se hacen ya embriagados, diciendo verdades sobre los compadres, las comadres, los ahijados, cuantas de ellas relativas al honor de las comadres, porque a escondidas del marido andan con el "guayna" por las quebradas, etc., es el remate del cobije de casa que espera la bendición del "taita curita" que próximamente tendrá que venir a la ceremonia que ya no dará lugar a la bebida sino solamente a la entrega de unos cuantos huevos, una o dos gallinas al padrecito que desde ya se ha convertido en "abogado ante San Pedro para mandar al Cielo, cuando muera, el almita de cada, uno de ellos que ya han principiado a vivir cristianamente en su casita que aunque quiera el Demonio no podrá penetrar en ella" Con este objeto ha advertido a los dueños poner trincada al pilar la palma, romero y el laurel benditos solemnemente el Domingo de Ramos.

DALE PACHO A LA INDIA

Según cuentan los descendientes de esas buenas e ingenuas gentes del barrio, habitaba por ahí una, pareja de indios casados. El tenía la ocupación de albañil, de aquellos que en esos tiempos ganaban dos sucres diarios en sus trabajos de construir paredes de adobe o adobón sobre grandes piedras traídas del río. Por consiguiente, y dado el salario que percibía era considerado como un gran maestro o "maistro mayor". Había también otros albañiles que ganaban un sucre cincuenta centavos y hasta un sucre diario y les llamaban los chambones. Chambones porque la mayor parte de las construcciones que hacían resultaban descodadas, sin plomo, que mucho trabajo causaban a los carpinteros para construir las cubiertas. Ella era una india que hacía mucho tiempo había dejada el "anaco" para llevar el bolsicón, el rebozo, sostenido con el tupo, para cobijarse con la macana adquirida a, los guaneños. Su ocupación: lavandera de gente grande..., y en casa: quehaceres domésticos. Ambos "pata al suelo", y, lo que es raro en el Indio: no probaban licor de ninguna clase, a lo más, alguna vez, chicha de jora. En cambio tenían la mala fama que habían pegado a sus respectivos padres.

Durante los primeros años de vida matrimonial, matrimonio que no obstante no tener hijos, que es la aspiración de esta raza, lo pasaba en perfecta armonía, a tal punto que el domingo de cada semana, luego de "oír la santa misa", estos esposos salían a pasear por las afueras de la ciudad de Guaranda. Se iban fuera de la tiendita que la vivían alquilando. Comían algo que encontraban a la venta en el trayecto y retornaban ya en la tarde a la habitación para acostarse a dormir y así reparar las energías perdidas diariamente. Ni los compadrazgos, ni las parentelas podían inducirles a que llevaran vida de diversión, de borrachera como la llevaban sus congéneres. Ninguna tentación pudo vencerles. Y, desde el lunes a las seis de la mañana, puesto que para ellos no había "domingo chiquito", ambos también se hallaban dedicados a sus respectivas labores. Diariamente ella, dejando suspendido su trabajo, a cierta hora bien calculada por la marcha del sol en el cielo, iba a su casa a preparar el almuerzo o la merienda para su marido que llamaba Pacho. A ella no se la conocía sino por la India. El nombre de ella nadie lo sabía, peor el apellido de él y de ella. El Pacho y la India llegó a ser el trato que todos les daban sin que ellos llegaran a resentirse ni enojarse por ello....

"El trabajo de mi Pacho es agotador, y, para reparar sus energías perdidas con semejante esfuerzo, debo tener la comida lista para servirle en cuanto llegue cansado el pobrecito....", decía a sus compañeras de labor. Pues, la ración debía ser doble o triple, quizá más que de ella. Tomando en cuenta esta consideración preparaba lo suficiente, pero una sola comida de sal: en veces con carne y otras sin ella. No había la de dulce porque desde niños no habían tenido costumbre. Alguna vez, quizá un pequeño trozo de panela para "endulzar la boca..."

Nunca jamás después de la merienda que lo hacían temprano, apenas a las seis de la tarde, hora en que el Pacho, se alzaba del trabajo, pues que, en aquellos tiempos se, trabajaba de seis a seis, jamás salían a dar una vuelta, por las calles de la ciudad para que "les bajara la comida y dormir un solo sueño". Se acostaban a dormir tranquilos sobre un rústico catre. Y así se deslizaba esa vida, vida de esta pareja, trabajando diariamente y apenas gozando en los pocos días que no eran de trabajar. Pero llegó el día desde el cual, que no se sabe por qué fenómeno la India amanecía acostada en un

rincón del cuarto, bien dormida que, una o dos veces el Pacho le hizo despertar, riéndose a carcajadas. Ni él ni ella podían explicar a qué obedecía estos acontecimientos algo raros que, nunca más antes habían tenido durante la vida matrimonial. Mas, ante la continua repetición, se incendió en él la llama del celo más tremendo, a tal punto que ya no la despertaba con "el buen modo" sino a punta de puñetes y puntapiés que todas las mañanas se suscitaban los escándalos consiguientes y de los cuales estaban siendo testigos casi todos los vecinos. Eran de tal envergadura estos escándalos que obligaban, a grito herido, pedir auxilio, porque su marido, llevado de los celos era capaz de matarla. Una, dos y muchas mañanas más, estos escándalos no dejaron de causar disgusto a los vecinos que, ante la continuidad ya no llegaron a condolerse de la India que no obstante no se moderaba, y antes al contrario, dichos vecinos cogieron por tema, ya sea los que pasaban por delante de la tienda desde donde se solicitaba auxilio, o los que estaban escuchando, le siga dando palo, con esta cantinela: "Dale Pacho a la India..." Por fin, el escándalo que daban a los vecinos llegó a oídos de las autoridades, las que llegaron a averiguar exhaustivamente a qué se debía semejante procedimiento de él y ella. Él, tenaz en maltratarla y ella tenaz en seguir cometiendo cosas que a él disgustaban. Individualmente y en departamentos separados se realizaron las investigaciones del caso, llegando a la única conclusión que, ella no se daba cuenta a la hora que se levantaba del catre donde dormía junto a su esposo, y éste tampoco la sentía levantarse, no obstante que hacía todo lo posible para permanecer en vigilancia. Como medida de seguridad indicaron a él, en la puerta, pusiera candado por dentro, indicándole además, sea él quien conserve la llave. Sin embargo el fenómeno se sucedía. Intervino el Señor Cura. Conjuró la tienda. La misma situación: nada se conseguía y ella continuaba amaneciendo dormida en el mismo rincón del cuarto. Profundamente dormida para no despertarse sino en medio de golpes de puño y puntapiés que le propinaba su marido...

Súplicas, gritos, bulla, escándalo en el barrio y el consabido "Dale Pacho a la India", era la secuela diaria hasta que en una cruda noche de invierno ya no se escuchó el menor rumor dentro del cuarto. "La paz, por fin ha entrado en este hogar de los indios", repetían los vecinos. Amaneció: la puerta de la tienda continuaba cerrada, uno, dos, tres días, hasta que, preocupados los vecinos llamaron a la autoridad para que intervenga. Esta tuvo que forzar la puerta para entrar. Encontró que se hallaba puesta candado por dentro y no había nadie habitando ahí. Los pocos trastos, incluso el catre y vestimenta, en los mismos sitios que ellos tenían colocados. El nerviosismo consiguiente invadió a todos los curiosos que habían entrado con la autoridad, viendo lo que había sucedido. Volaron los comentarios, todos desfavorables a la India. El Pacho siempre, decían, tiene razón. Pero, desde aquel día, en las noches posteriores seguía escuchando voces de auxilio en medio de un escándalo infernal que se producía adentro. Nadie, desde entonces podía pasar por delante de esa tienda, sin erizarle los pelos de todo el cuerpo, presa de miedo.

La tienda en mención no hubo quien la ocupe hasta que fue destruida la casa por vieja y abandonada. Los muchachos, generalmente, tenían mucho miedo pasar por delante del sitio en el que actualmente se halla construido un grandioso instituto de beneficencia. Entre tanto: hasta hoy nadie sabe el fin que tuvo esta pareja de indios que llevaban el nombre de Pacho e India.

EL TOPA RODILLAS

Para viajar de Guaranda a Caluma, ambos lugares de la Provincia Bolívar, antiguamente existía un solo camino de hechura, llamado "San Antonio". Camino casi intransitable en invierno como en verano, tanto a pie como a caballo. Pero que no obstante había que transitar por él dada la necesidad imperante de llegar a uno u otro lugar donde se tenía la familia, los trabajos, etc. Qué camino este camino de montaña: peligroso bajo todo punto de vista, pues que, de uno a otro momento, por cualquier descuido, podía uno irse al abismo con todo animal en que se cabalgaba. Camino, todo él lleno de lodazal, sobre todo en el punto denominado "Yana Ashpa" y más abajo en el "Bermejál", antes de llegar a "Chorimpongo". Enmarañado, solitario, obscuro. Se agrega a todo esto, lo estrecho que se presentaba en todo su largo trayecto. De caer el caballo en que una persona montaba había el peligro de ser destrozada por la bestia que se iba sobre ella y perder la vida. Y era en el punto conocido con el primer nombre que quiere decir "tierra negra", así mismo solitario y un tanto fúnebre, donde habitaba al borde, un campesino conocido con el apodo de "El Topa Rodillas". Su cuerpo, más o menos delgado, cara ancha, con color característico de esa gente que vive en el trópico, es decir, pálido por la pobreza de glóbulos rojos en la sangre. Su andar era lento dada la contextura de su cuerpo: sus dos piernas arqueadas hacia adentro, por cuyo motivo, al dar el paso, se topaban una con otra rodilla, de ahí, seguramente, el apodo tan bien puesto. A la simple vista, un hombre bueno que no daba motivo a nadie y capaz de fiarse de él para cualquier empresa. Pero escuchad lo que se decía de él y lo que se les decía a cuantas personas que se sabía iban a viajar por este camino:....

"Oiga, mi amigo: no se exponga a viajar solo por ese camino. Si no le coge el "Huarapamushca come senos", más allá no más cae en manos del "Topa Rodillas". Escuche el consejo. Vaya acompañado y entonces sí llegará al lugar de su destino."

"Mucho se cuenta de este "Topa Rodillas". Se sabe que el momento menos pensado, desde alguna rama de un árbol, donde sabe estar en espía de pasajeros, cuando alguien viaja solo, se desprende con machete en mano para, reducirlo a pedazos al infeliz mortal..."

No viaje solo, sobre todo cuando la Valdivia está apurando con su canto de *hueco va*.... Parece que esta ave de rapiña y fatal, con su lúgubre canto le impulsa a cometer asaltos que, unas veces por el placer de matar, y otras por el amor al dinero no repara que la víctima sea un padre de familia que va en busca de trabajo para ganarse un medio a fin de mantenerse y mantener a los suyos..... "

"Nó. ¡Nó, por Dios, no vaya solo! Ni en el día ni en la noche vaya solo. Si necesario es viajar: en el punto "Verde-Pamba, si está de ida, o en punto "Corimpongo", si está de venida espere a otros pasajeros para pasar estos lugares de mucho peligro...."

"Aseguran de este "Topa Rodillas" que tras de la casa tiene un cercado, cuyo suelo siempre se halla removido. Es el cementerio que tiene para enterrar ahí a todas sus víctimas. Pues, afirman que este desgraciado tiene hecho pacto con el Diablo, y que la Valdivia es el mismo Demonio que le incita a cometer asaltos...."

Estas y muchas más expresiones se escuchaban al rededor del hombre de nuestra relación. Unos creían, otros no. Siendo estos últimos los que desaparecían para siempre y no se volvía a saber nada más de ellos. Alguno que otro vecino del lugar, cuando era averiguado si le vio pasar por ahí al fulano, prefería guardar silencio antes que decir: "si ha estado solo no lo averigüe que debe haber caído en manos de cualesquiera de estos dos bandidos...." Si por un acaso, quienes no le conocían le averiguaban a él, no le faltaba su salida: "Puede haber ido por otro camino. Por qué no van a averiguar en la Costa: quien sabe si él estará tranquilo trabajando en alguna hacienda. Y volvía a entrar en su habitación donde vivía sólo con su mujer. Habitación en la, que, por vida, solía tener una esperma encendida delante del Santo de su devoción. Ambos: marido y mujer pasaban de tener unas cuarenta años.

- Qué es, no han traído, en un por sí acaso una espermita para poner al santito para que les favorezca en la busca- les interrogaba a los buscadores, demostrando siempre tranquilidad de ánimo y en cierto modo, hasta compasión.....

Muchas, muchísimas personas habían desaparecido en ese sector, pero, tanto sus familiares, como las autoridades no habían tomado cartas definitivas en la averiguación, cosa de poder dar siquiera con los restos del desaparecido, de quien solía decir: "por estas montañas abunda el tigre y el oso. De creerse es que puede haber sido devorado por estos animales feroces...."

Pero este hombre de escalofriantes historietas, cada cual más trágica que otras, llegó a enfermar un día con enfermedad desconocida. Sus síntomas: a eso de la media noche despertábase gritando desesperadamente y abrazándose de su mujer, como que le pidiera protección ante algo que le perseguía amenazante. Su mujer le condujo al Hospital de Guaranda porque los tantos remedios -caseros que había dado ninguno le hubo sentado bien. El agua de rabo de mono con la patita de la cucaracha bien hervidos que le habían aconsejado para curar el espanto, no le dio resultado favorable alguno. Quería que le atendiera, un médico. El le sanaría y entonces tornarían nuevamente a la casa que, debido a su enfermedad, la dejaron abandonada. Todo inútil. Día a día iba agravándose, al extremo que la Madre Gabriela, Superiora de esa Casa de la Caridad le aconsejó se confesara para que luego reciba la comunión y recibiera los Santos Oleos, recursos extremos para el viaje a la eternidad. Mucha resistencia prestó a preparar la conciencia, como la había aconsejado la Superiora. Al contrario: los mismos gritos desesperados que, desde días antes los tuvo en su casa, se le habían presentado, sobre todo en las noches. Y, es en esta parte que hemos juzgado conveniente cederle la palabra a la mentada Madre Gabriela que, personalmente, la hubo atendido hasta cuando su paciente hubo de despedirse de la vida...

Aquí todo de cuanto ella fue testigo: "Este hombre, que Dios le haya perdonado, se desesperaba gritando que le perseguían unos esqueletos humanos. Se cubría los ojos con ambas manos, con las frazadas para así no verles porque, dizque, trataban de acometerle, según aseguraba con palabras que las pronunciaba entrecortadas. Agregaba que las calaveras de esos esqueletos abrían la boca como queriendo decir algo, al mismo tiempo que hacia él extendían sus manos descarnadas. Se abrazaba de mí pidiéndome la cubriera con mi hábito y Rosario que cargo a la cintura. Eran tales las demostraciones de angustia, de desesperación, los gritos que lanzaba, el temblor de todo el cuerpo que yo me ponía nerviosa. Llegué a tenerle miedo. Me parecía un loco, pero no; se trataba de un hombre que seguramente la conciencia la tenía cargada quien sabe de qué culpas... De ahí los remordimientos, de ahí las visiones que las pintaba en su imaginación. Hubo un momento que llamó al confesor porque aseguraba que esos

esqueletos le estaban apretando la garganta. En efecto, sus gritos eran guturales que se iban apagando momento tras momento hasta que al fin sin poder defenderse con sus dos manos la presión que al parecer le hacían en el cuello, exhaló el último suspiro. De inmediato se amorató su cara como que hubiese muerto asfixiado. Su mujer lloraba desesperada viendo los estertores de la agonía de su esposo que murió presa de terror. Su cadáver colocado en el ataúd fue conducido a la Sala de Velación. Nadie acompañó a la viuda aquella noche que se velaba ese cadáver. Y aquí un acontecimiento raro que ella misma, derramando abundantes lágrimas, me narró: se había dormido profundamente para despertarse sobresaltada por lo que vio entre sueños. "Llegaron unos cuantos esqueletos humanos que rodearon el ataúd donde reposaba para siempre su esposo. Levantaron la tapa, sacaron el cadáver, volvieron a colocarlo, lo taparon y desaparecieron. Despierta ella se sorprendió encontrar sangre regada en el suelo. Tratando saber a qué obedecía esa sangre regada, destapó el ataúd, encontrando que al cadáver de su esposo le faltaba la cabeza y las dos manos que cortadas habían desaparecido". Se averiguó, se buscó por todas partes. No se las encontró. En el ataúd sólo quedó el cadáver que se hallaba convertido como en un trozo de carbón, por lo negro, y, al que se lo dio santa sepultura....."

— * —

Cuentan los vecinos del lugar donde vivía el "Topa Rodillas" que, cuando llegó la viuda, en el lugar cercado que tenía junto a la casa a flor de tierra se encontraron algunos esqueletos humanos, y junto a ellos la cabeza, las manos y un machete ensangrentado, todo de propiedad del fatal "Topa Rodillas".

LA CONCUBINA DEL DIABLO

"Les oigo no más decir a ciertas personas ignorantes, que el Diablo en la tierra no puede tener mujer..." nos decía el anciano Juan Patricio, oriundo de la Parroquia San Lorenzo de la Provincia Bolívar. Agregaba: "Hubiera querido que oigan conversar a mis abuelos para que vean que sí lo tuvo. Claro que no era una mujer del centro del pueblo sino del campo. Era una campesina que de la noche a la mañana se tornó guapa, agraciada, muy bien vestida, elegante. Tanto que la deseaban los casados, los solteros, le deseaban los jóvenes, los viejos y hasta los viudos. Por donde iba que no sea admirada y codiciada por todos, basta es decir que, tanto la autoridad civil como la eclesiástica no dejaban de mirarla de reojo, quizá con miradas apetitosas y que por no satisfechas, en tanto gobernaron dicha parroquia, adolecieron de *mal de orina* que curaban una temporada para, que se reproduzca en otra con sólo la presencia de ella. Es que no era para menos verla pasar por las calles del pueblo, haciendo gala intencionada de su andar donairoso y provocativo con su cuerpo de formas esculturales, sus vestidos tomando las formas de su cuerpo ni alto ni mediano. De regular tamaño para que una mujer sea admirada. Sus ojos redondos, negros y sus miradas profundamente cautivadoras y atractivas. En fin: toda una belleza que más antes no la tuvo sino desde cuando se decía, se venía diciendo, con insistencia, que por el lugar había hecho su aparición un joven de color moreno, elegantemente vestido, y al parecer, dada su presentación exterior, de muy buenos recursos económicos. Algo más se decía, que por lo regular a las seis de la noche todos los días entraba a la casa donde vivía ella juntamente con sus padres, sin volverle a ver que salga de ahí sino al siguiente día. Ella era la única hija, y, con quién más podía pasar la noche sino con ella?. No podía llegar por los padres sino y únicamente por ella. Mas, en cambio se admiraban que no obstante los tratos que podía tener con ella, no había el producto delator: el hijo...."

"La vida de la pareja, con los comentarios favorables y desfavorables al mismo tiempo continuaba su curso, sin dejar por eso de seguir llamando la atención de todos los vecinos, aquella tolerancia de los padres: permitiendo que entre y salga el joven cuyo origen y condiciones no se sabía...."

"Pero mal natural de algunas mujeres: esta mujer aprovechando una ausencia más o menos larga del joven, aceptando unas frases de amor que bien dichas, al salir de la iglesia, le lanzara otro joven, principió por darle entrada a su casa, hasta que una noche de aquellas se quedó a dormir con ella".

"No se sabe por qué resortes, su primer amante llegó a tener conocimiento que le estaba traicionando con otro, su querida, la misma que, no obstante haber asegurado bien la puerta, para que nadie interrumpa sus nuevos amores y manifestaciones consiguientes, al ser encontrada inflagranti, pues que se había introducido por el hueco de la llave de la puerta, porque se tornó en lo que realmente era: el Diablo, le propinó a ésta una senda paliza que, a más de los estropeos en todo el cuerpo, la transformó de inmediato en lo que había sido antes: fea, contrahecha y sin ningún halago ni atracción. En cambio, a su nuevo querido, tomándolo del cuello lo exprimió tanto que, de inmediato lo hizo pronunciar un bocio gigantesco que día a día se le iba desarrollando y haciéndose más grande aún que su cabeza. Y fue sólo en este momento que ambos se dieron cuenta que era el Demonio en persona....,"

"Desde entonces, al parecer, ella se hallaba abandonada por su primer querido. Respecto del segundo, ni para qué hablar puesto que éste, dada la deformación de la cara no salió más de su casa en donde día a día iba consumiéndose hasta llegar al descanso eterno que le vino en corto tiempo".

"Ella se lamentaba haber perdido todas esas extraordinarias cualidades físicas con las que le había adornado el Guapo que nada le importaba sea el Demonio personificado. Pero, una noche asomó delante de ella, en momentos que se aprestaba para acostarse a dormir. Ella no le reparó en nada esa presencia. Al contrario, fue aceptado. Él le arrancó una promesa. Para evitar los díceres y directes de la gente. Ella comulgaría, pero la Hostia no se la tragaría sino que, en forma disimulada, para que nadie la sorprenda la guardaría en un cofre con llave que le entregó. Así fue: comulgó y la Hostia se la guardó, no en el cofre cuya llave se había confundido, sino en el zapato. Desde ese momento sintió ella que los pies no los podía afirmar en el suelo. Regresó, desde la iglesia a su casa, caminando en el aire, la que le notaron algunas personas que le seguían los pasos a esta mujer. Quedaron abismadas del fenómeno que se hizo público a los pocos momentos. El Guapo que le esperaba lo recibió sonriendo, para enseguida decirle:"

"- Yo ya sabía que debías venir sin pisar en el suelo. La Hostia la guardaste en el zapato. Entrégame. Ponla tú mismo en el cofre que se halla abierto."

"Entregada que fue se lo guardó en el bolsillo de la leva que llevaba puesta aquel día. Luego sonrió, terminando por expresarse así:"

"- Esto es lo que quería tener en mis manos para decirte que, hoy sí tienes que serme fiel; pues, de hacer lo que me hiciste en días anteriores, esta Hostia la llevaré a entregar al Señor Cura para que vea de qué cosas son capaces algunas mujeres que rezando y comulgando todos los días, simulan santidad para no caer dizque en tentación".

SIGA SU CAMINO SIN MIRAR ATRAS

Todos los componentes de la familia que había formado N. Verdezoto, campesino del caserío Amapolas, entre las parroquias San Simón y San Lorenzo de la Provincia Bolívar, desde el día anterior se habían pasado preparando para hacer la trilla de la parvota de trigo que se hallaba en la era. Trigo que en ese año como en ninguno otro había producido el terreno de su propiedad. Se consiguieron los caballos necesarios para, él pisoteo de las espigas a fin de que se desprenda el grano. Un muchacho, el de mayor entusiasmo, acicatearía a los animales que, haciendo escuadra unidos por una sogá al pescuezo terminaba en un eje al rededor del cual darían la vuelta sobre los montones de gavillas que con un tridente de madera serían removidas constantemente.

A más de los familiares no faltarían los ayudantes que por el interés de la ración que se acostumbra a dar en grano vendrían a prestar la mano en todos los menesteres de la trilla. Para todos a la hora de almuerzo y merienda tampoco faltaría la comida abundante, porque a más del calabazo que se asaba allá distante de la era, prepararían en la olla del N° O, galonera adquirida en el comercio de la ciudad de Guaranda, para casos como estos. Todo, todo era preciso alistar para que tenga éxito completo la operación de la trilla anual.

Llegado el día, a las cinco de la madrugada, previo el brindis de la copa de trago para *matar el frío*, se tumbó la parva y se dio comienzo a la labor. Todo era entusiasmo, cantos, silbos, risotadas de los unos y de los otros por las bromas que iban vertiéndose a medida que aclaraba más el día. En fin, para todos se perfilaba un día de verdadero contento y alegría. Todos, menos el Torcuato habían llegado y se hallaban en la era que la había localizado en la parte más alta de la propiedad para así tener el concurso del viento que, entre sus alas, debe llevar la raspa y el tamo para que no quede sino solamente el dorado no que irá a los trojes del soberado.

Un tanto atrasado llegó quien faltaba o sea el Torcuato. Lo hizo *cariacontecido*, fatigado y sudoroso, dando lugar a que alguien le inquiriera la razón para llegar así y no haberlo hecho pronto para que también tome con ellos la copa de la *buena tumbada* de la parva. Reposando un tanto y luego de tomar la copa, como que remojando la garganta ya podía articular palabra, con marcada nerviosidad y preocupación que no le desaparecían por completo, limpiándose la boca y la frente, con la manga del saco, pudo expresarse así:

- Casi me muero de susto con lo que me ha sucedido hace unos momentos. No me van a creer: en el chaquiñán que cruza al camino de Amapolas, me ha encontrado la Muerte, es decir el esqueleto. Con un andar muy lento y llevando la guadaña en una mano, parece se en caminaba por acá.....

Todos se vieron las caras y sonrieron como que se burlaban de la ocurrencia. Comprendió él y seguidamente continuó:

- Con estos ojos que un día se han de hacer tierra, la he visto. Con estos oídos la he escuchado que, con voz gangosa y profunda, mientras me quedé como un tronco sin movimiento, me dijo: "Siga su camino sin mirar atrás..." Tomé valor y me encaminé a asegurar mis animales en el potrerillo. Desde ahí me vengo para contarles lo que les

cuento. Es tan cierto lo acontecido que, por esta cruz, no miento al mismo tiempo que la besaba la que hizo con la mano derecha y arrodillándose en el suelo.

Unos creyeron, y, la mayor parte, con indiferencia a lo contado, decidió continuar la trilla que momento a momento estaba confirmando la promesa de ser estupenda la producción del precioso grano. La labor continuaba con el mismo entusiasmo que al principio. No había pasado mucho tiempo, quizá y apenas unos 10 minutos que, el momento menos dado, los perritos que husmeaban por allí, algo para comer, elevando al cielo sus miradas, lo propio que las trompetillas de sus hocicos, lanzaron al aire un prolongado aullido tristemente desconcertante de ánimos serenos, en tanto brincaban para arriba y echaban a correr asustados unos gallos, gallinas y pollos escarbando el suelo, instantes antes no más, encontraban uno que otro gusanillo o grano para alimentarse. Tal manifestación de estos animales no dejó de preocupar a la concurrencia que, momentos después vio que como fulminado por un rayo, se desplomaba sin vida el Jefe de ese hogar que, dicha sea la verdad, hasta ese momento gozaba de perfecto estado de salud....

YO LE MATE

Hasta hace unos 60 años, poco más o menos a esta fecha: 1973, toda persona que debía trasladarse de Guaranda a Chimbo y viceversa, tenía que hacerlo a pie o a caballo, por una sección del camino de Llacán. Camino conocido con este nombre porque cruzaba por el centro de ese caserío. Qué camino, para mejor decir, este chaquiñán: angosto, solitario, enmarañado por chilcales, cabuyales, marcos, lecheros y uno que otro árbol de capulí y aliso, en los que colgaban de sus ramas gran cantidad de aya purpuros. Sendero malo, pésimo por lo intransitable que se presentaba en verano, y, qué decir en invierno. Pero, mal que nos pese, había que ocuparlo por no existir otro establecido para la comunicación.

Por ese mismo tiempo este camino llegó a tener mala fama, dados los continuos asaltos que se hacían a los pasajeros que viajaban solos por ahí. Pues, se les mataba y se les robaba las pertenencias que portaban. Viajero que iba solo por ahí no regresaba sino cadáver a su casa. Eso cuando se podía encontrar el cadáver. Todos desaparecían y no se volvía a saber más de ellos: ni vivos ni muertos. Nadie daba razón del paradero, como que les había tragado el "santo suelo", que así hasta hoy el campesino llama a la tierra, le proporcione o no fruto alguno.

En aquel entonces existía cierta familia en Guaranda, que la integraba el padre, la madre y tres hijos. Los padres tenían por ocupación la compra-venta de géneros que no dejaba de proporcionarles una buena utilidad económica, haciendo feria en Chimbo. El hijo mayor o sea el primero, por haberles acompañado desde pequeño, entró también en afición de aquellas transacciones comerciales. Lo haría por su cuenta y riesgo, con la pequeña ayuda que le den sus padres, en la misma feria de Chimbo. Uno, dos y cuantos viajes realizó. La suerte le fue propicia. Hizo capital propio y lo iba incrementando en tal forma que la mercadería, ya no la portaba cargada a la espalda sino al lomo de un asnito que, a precio módico, lo adquirió en la plaza de venta de animales en Chimbo. Iba los viernes en la madrugada. Hacía la feria los sábados, y, los domingos regresaba a su casa. En una de esas semanas no volvió a su casa donde sus padres y hermanitos le esperaban como siempre. Sumamente preocupados por esta falta, decidieron salir en su búsqueda, eso sí, luego de haber puesto espermas a los santos de sus devociones, no sin dejar de ir donde el adivino que les dijo: "Ya muchacho grande como era, y con trabajo propio, seguramente se ha ido sacando a la enamorada que tenía en Chimbo y la ha llevado a la Costa". Dudaron los padres e iniciaron la peregrinación: en un lugar, en otro lugar, por todas partes, con lágrimas a los ojos, averiguaban al uno y al otro. Nadie daba razón en donde podía estar. No lo habían visto ni haciendo feria en esa semana. Continuaron la busca hasta que una mañana de aquellas, al recorrer por cierto lugar retirado del camino alcanzaron a divisar a un perrito blanco que se encaminaba hacia una quebrada. Gente sencilla como eran los padres, de inmediato interpretaron que el almita del Antonio, que así se llamaba, les quería guiar a donde se hallaba su cadáver. Rara coincidencia: siguieron al perrito y encontraron el cadáver entre unos matorrales. Había estado siendo agradable banquete de éste y otros perros.

"Quién le habrá dado muerte y robado su mercadería?" era la pregunta que se hacían todos.

"No es otro sino el salteador del Luna", concluían para sí, casi todos los moradores del caserío.....

"Con razón no le hemos visto al gran bandido, todos estos días", comentaban otros, en secreto, como temiendo la venganza del criminal.

"Que no haya un plomo desperdiciado a un machete fijo para que den cuenta de este criminal cebado en matar y robar. Cuánta gente se ha comido este miserable", agregaban otros, temiendo que el de más allá sepa lo que dijo el de más acá. Y todo quedó en el misterio. La Intendencia de Policía instruyó el sumario por esta muerte y no volvió a acordarse más del proceso que, desde su iniciación tuvo por destino: archivar para eternas memorias....

Pero, no habiendo en este mundo: *Plazo que no se cumpla. Deuda que no se pague. Mal que dure cien años*, parece que para Luna se le iban acercando a pasos gigantescos el día y la hora en que, por fin, debía saldar todas sus cuentas.... Por fortuna para ese pueblo, un día de aquellos, dos jóvenes guarandinos que, de regreso de Chimbo a Guaranda, les cubrió las sombras de la noche, al ser advertidos el peligro que entrañaba viajar a esas horas por ese camino, resolvieron pasarla en una cantina que nunca falta en cada pueblo.. Se pusieron a libar aguardiente. De resultados de "toma unita", "toma otrita", "la del estribo", llegaron a embriagarse, momentos en los cuales entró a la misma cantina un hombre que en el acto fue identificado por "el Luna", de parte del cantinero. Ellos que mucho habían oído hablar mal de este hombre: *pan, pan, vino, vino*, le reprocharon por sus fechorías cometidas, entre ellas la reciente... Luna no respondió media palabra. y salió.....

Los dos jóvenes, a los primeros resplandores de la madrugada resolvieron tomar camino para el retorno a sus casas. Comentando las horas pasadas en Chimbo, riendo y sin preocuparse que Luna bien podía haberles ido a esperar en algún recodo del camino temido, seguían ganando distancia. Con la misma serenidad continuaron al paso tardo de sus caballos mal comidos. Los mismos que en cierto momento pararon las orejas y resoplándose dieron paso atrás. Señal inequívoca que algo de extraño habían divisado a la distancia. Efectivamente: se trataba de un bulto que venía en sentido contrario del que llevaban. Era un hombre que en pocos instantes más lo identificaron "el Luna" que portaba un machete a la mano. Temiendo algo y recordando aquello de *hombre prevenido vale por ciento*, clavaron fuerte la espuela a los caballos y se fueron contra él, atropellándole a mansalva, en condiciones de no darle tiempo para nada, y, con el mismo machete se encargaron de victimarle. Víctima ya y sin vida, recordó uno de ellos lo que cuantas veces había oído decir a gente sin escrúpulos: "Quien mata a un conocido criminal, tiene premio...".

Como para asentar el éxito de la obra realizada, de la cantimplora que la portaban y la hicieron llenar en la cantina, cantimplora que ellos llamaban "la caminera", a boca de botella tomaron unos cuantos tragos más. El valor que infundió el estado etílico en que se encontraban, hizo que uno de ellos, tomando el machete, de cuando en vez infiriera uno que otro tajo más al cadáver. Momento preciso en que les sorprendió la escolta que recién se pudo percatar que eran dos señoritos de la ciudad quienes se hallaban frente a la víctima....

- Quién le mató? –averiguó el oficial

- Yo le maté –respondió uno de ellos, levantando el machete que se hallaba ensangrentado hasta el cabo.

Es de creerse que esperaba que el oficial diga: “Es entonces Ud. el que tiene derecho al premio...”

Pero, por ahí saltó alguien, y acercándose al oído, le aconsejó:

- No sea pendejo, señor ¡Lárguese en el acto y antes que le tomen preso para juzgarle.

Bien mandado: aprovechando que todos se hallaban ocupados en alistar el cadáver para llevarlo en una "chacana" a Guaranda donde se instituiría el sumario de ley para descubrir autores, cómplices y encubridores del asesinato, tomó el camino para recluirse en su casa donde se pasó oculto por el tiempo de diez años. Tiempo dentro del cual se dedicó a la bebida. Pues, afirmaba que sólo cuando se hallaba embriagado desaparecía de su imaginación la sombra siniestra del cadáver de Luna que día y noche le acusaba su conciencia ser el autor de la muerte. Las autoridades sabían donde se encontraba este señorito muy bien.... pero, por ser tal, la Justicia se despojó la venda que lleva en sus ojos y una vez más permitió que el proceso duerma 10 años. Tiempo dentro del cual prescribe la acción del crimen cometido.

Años más tarde sufrió enajenación mental. Su tema constante era: *Ver volando por el aire una mano ensangrentada que tenía empuñado un machete presto a caer implacable sobre la cabeza de un hombre. Acaso sobre la de ese señorito... que hoy ya es fallecido?*

EL PRIMICIERO

Cabalgando en yegua leda
por ahí viene el primiciero,
mirando a derecha, izquierda
que el campo está bien granero.

Sus carnes amaratadas,
su ropa sucia y rotosa
por el viento flageladas
dan impresión dolorosa....

Su sombrero no es sombrero,
es un capacho seboso
peor que de un limosnero
que apesta cual un leproso...

Lleva su rostro abatido,
silba triste una tonada
que es fiel remedo al balido
de una oveja abandonada....

Atrás en la gurupera
porta su árguena vacía,
donde pone lo que quiera....
le da el labriego ese día.

Sin tomar ni el desayuno
ni saber a donde va....,
sólo su olfato perruno
le dice: "Vamos allá..."

Arda el sol o sople el viento
siempre camina adelante,
concentrando el pensamiento
en la cosecha abundante....

Por donde quiera,
que irá va en pos del granopreciado.
Mas, que vergüenza le da
digan: "Ya viene el hambreado"

Su concurrencia a la era
es algo que le da pena,
ver que la cosecha entera
no es suya. Ella es ajena...

Y tras tan dura jornada,
mirando al sol que agoniza,
con su yegüita cansada

torna a su casa pajiza
donde los suyos le esperan
ansiosos y con ternura
al que quiso que no mueran
presas de hambre y de amargura....

Y éste no es un pordiosero.
Es hombre digno: ha comprado
derechos de primiciero
que le vendió el tonsurado...

LA MALDICION DEL PADRE

Bernabé llamaba este indio que pasan los ciento cincuenta años, más o menos, habitó en los páramos de Salinas, Parroquia, hoy del Cantón Guaranda. De ese Salinas que en la época aborigen era conocido por Tomavela. Tierra que, para quienes ahí viven y los de afuera la visitan, les exhibe los más bellos y atrayentes paisajes que existen en la tierra.

Bernabé era padre de muy poca familia: dos hijos solamente. Si a este número agregamos a la mujer, eran cuatro con él. Sus hijos: un barón y una mujer. Rico en teneres materiales, así en tierras como en animales. El y su mujer iban por el camino de la vida con la carga de unos ochenta años de edad, poco más o menos. Sin embargo todos labraban la tierra e igualmente se prestaban para cuidar a los animales que, en los extensos potreros y pajonales les pacían sin mayor preocupación puesto que por aquellos tiempos no se conocía a esos indeseables elementos que como hoy gustan vivir de lo ajeno y sin trabajar jamás.

No se ha podido saber si debido a la edad avanzada o qué, cierto día, sin mayor pretexto cayó dolorido de todo el cuerpo cosa de no poder levantarse para nada de la cama. Quedando por consiguiente todos los quehaceres a cargo de su mujer y sus hijos. Su estado de salud era de tal especie que, en vez de mejorar con los pocos remedios que le suministraban, iban agravándose día más día. Y es entonces que, sintiéndose de gravedad y queriendo arreglar sus bienes a favor de sus hijos para así marchar tranquilo a la eternidad que veía se le acercaba momento a momento, ordenó a su mujer presentarse con ellos, delante de su lecho de dolor, a fin de que todos escuchen su mandato que, previo juramento, por las cenizas de sus mayores, debía cumplirse después de su muerte. Efectivamente, dando cumplimiento a lo ordenado, su mujer fue a llamar a sus hijos que en aquellos momentos se hallaban sumamente ocupados en armar el cielo del horno que tras de la casa o trabajaban. Obra esta que no podían interrumpir, so peligro que todo el trabajo se eche a perder. Dijeron a su madre que, "terminado el trabajo irían enseguida..." Bernabé que gustaba que lo que él ordenaba se cumpla de inmediato, extremadamente indignado por tal desobediencia, al saber la obra que trabajaban sin su conocimiento ni consentimiento, ordenó se suspenda de inmediato y por dos razones: primera, porque el horno, en las noches se convertía en guarida del Duende; y, segunda, porque aprovechando su enfermedad, sin siquiera haberlo hecho saber, peor haberle pedido su consentimiento, lo habían estado construyendo. Además: él no habría mismo consentido por la primera razón. Sumamente indignado manifestó a su mujer: "Pues, para que vean estos desobedientes, el tal horno aunque se lo termine nunca asará pan ni nada..." Esto lo repitió delante de sus hijos que, terminada la armazón, concurrieron a la cita. Escucharon y sin decir palabra alguna, se retiraron para no acordarse más de esa especie de sentencia que había dado el autor de sus días...

Apenas sobrevivió un mes a la fecha que pronunció su sentencia. Había fallecido sin revocarla. Su mujer y sus hijos, caso mayor no hicieron de aquellas palabras pronunciadas con resentimiento e indignación como nunca más antes lo había hecho. Parece que hasta olvidaron de ello. Pues, que no le dieron gravedad alguna. Con el objeto de atender a cuanta gente que concurrió al velorio del Bernabé, solicitando auxilio a sus allegados, resolvieron hacer el pan para que se sirva con el café de la noche y de la madrugada. Efectivamente, previa preparación de la masa y quema del horno, se

elaboraba el pan para asarlo. Todo se hallaba listo, pues que hasta, había leudado el pan trabajado con el medio quintal de harina. Llevaron al horno que al ser limpiado con la escoba de marco se enfrió por completo. Personas entendidas en la materia dedujeron que era debido a la leña de mala calidad que la hubieron quemado. Volvieron a quemar mayor cantidad de leña. El mismo cuenta: tras la limpia del horno, éste se hallaba frío que parecía no haber quemado un solo palo. Es entonces que, para que no se dañe el pan, resolvieron asarlo como se acostumbraba, desde la antigüedad, hacer con los cuyes pelados, esto es colocar un tiesto en el fogón, poner el pan y luego tapanlo con otro tiesto, quemando paja por debajo y por encima. En esta, forma se pudo salvar el pan, que se había preparado para tan grande concurrencia que al servirse con sorbos de café bien endulzado, apenas sentía el agrio que produjo el haberse pasado el leudo.

Pasados algunos días, tanto la viuda como los hijos creyeron que bien podía ser debido a que olvidaron poner debajo de los ladrillos del suelo del horno, carbón molido y sal, como era de costumbre entre los mayores. Revisado esto, se encontró que nada faltaba de lo que habían creído. Nuevo amasijo. Nueva quema del horno, pero en esta vez la leña que se quemó no era de la misma calidad que la anterior. Era nada menos que de la que hicieron del árbol de la quebrada. Árbol que se le conocía como de propiedad del Diablo puesto que en sus ramas acostumbraba dormir un gallinazo que, al decir de la gente se transformaba en esta ave de rapiña. Nuevo fracaso. Pero en esta vez no porque se enfrió sino que, al contrario, se hallaba tan caldeado que en cuanto se puso el pan, éste se convirtió en trozos de carbón. Y fue entonces que se acordaron de la sentencia que en trance de muerte la pronunció el Bernabé. "Pues, para que vean estos desobedientes, el tal horno aunque se lo termine nunca asará pan ni nada...."

Los vecinos, cuando llegaron a saber el nuevo fracaso, comentaron: "Nosotros, hasta suplicamos cuando estaban yendo a derribar el árbol: no lo hagan porque era de propiedad del Diablo que en esta forma de gallinazo dormía entre sus ramas. Les advertimos que él sabrá vengarse por echarle al suelo, y lo peor para hacerlo leña. Se ha vengado en debida forma".

Unos, más, otros menos, atribuían este último fracaso a la venganza del Diablo. No sabían, porque a nadie se hizo saber, que se estaba cumpliendo con la sentencia que pronunció el Bernabé. Sólo sus deudos lo sabían y entonces, aunque tarde, trataron derruirlo puesto que no servía para el fin que se propusieron. El hijo iba a descargar el primer golpe con la barra, cuando en el acto se presentó el Duende bailando en su interior. Más muertos, que vivos rodaron por el suelo, echando espuma por la boca. Creyendo era una simple alucinación, intentaron otra vez, todos a un tiempo, armados de barras, destruirlo, no sin previamente aspergiar agua y quemar ramos benditos. Para terminar la demolición inmediata, convocaron a algunos vecinos para que les favorecieran ayuda, y ahí se hallaban también armados de sus herramientas. Mas, el Duende con los ojos como carbones encendidos, enseñando sus colmillos de una cuarta de largo, amenazante se les apareció. No quedó uno solo de los acompañantes que juntamente con la viuda y sus hijos emprendieron en insostenible carrera. Los hombres lo hacían llevando humedecidos los pantalones.

La novedad cundió por todo el caserío. Sus habitantes ni en la noche ni en el día podían pasar por ahí. Los mismos propietarios del horno y casa tuvieron que abandonar para que el tiempo que todo lo destruye y aniquila sea el que termine con esa guarida....

Hoy, el lugar en donde se levantaba la casa y el horno sólo es habitado por quienes tienen mucha necesidad hacerlo por ahí. Existe mucho temor de la gente. Los animales paran las orejas y resoplándose tratan regresar a todo correr. El viento se arremolina gimiendo fúnebremente. Y nunca el pasajero que camina por ahí deja, de ser precabeza. Y hasta la bruma helada, presurosa y casi esquiva de mareos que producen fuerte dolor de estómago y de va de esos sitios va a refugiarse en las solitarias hondonadas del Truguinal pétreo y majestuoso, fortaleza que obsequiara Huanguliquín a Huayna-Cápac, como solicitado amparo y protección al miedo que se acurruca entre las breñas del Capadia, viejo vecino del padre Chimborazo.

ORIGEN DEL CARNAVAL DE GUARANDA

Como bien se sabe, el Cacique Huaranga y su pueblo ya tenían la música que a los oídos de la Carna y del Valerio, entre sueños, los llegó modulada por el susurrar de la brisa juguetona entre las ramas de los árboles; el cantar del agua en la corriente de los ríos, el gorjeo de las aves en la espesura de los bosques de nuestras montañas, y, el gemido prolongado, lastimero y distante de nuestra puna andina: EL CARNAVAL DE HUARANGA que complacidos lo escucharon un día.

La entrega se realizó en la forma más solemne y grandiosa cual exigía el alto respeto, consideración y aprecio que siempre se le había guardado al Gobernante. Era una música no producto del ingenio o inspiración humanos. Quizá, más bien, era algo que Pachacámac, desde lo alto de su cielo siempre azul y sereno había ordenado que las voces de la Naturaleza empleando su tierno lenguaje, el más elocuente para llegar a lo íntimo del corazón humano, impresionara alegremente triste sus notas a los oídos de esa pareja de enamorados. CARNAVAL DE HUARANGA, música especial que no era posible, según el decir del Cacique y de sus consejeros, se la emplee en una fiesta cualquiera. Era algo que venía desde lo alto, y, en algo que tenga altura, mucha altura y significación la emplearían. Y fue así que al recorrer la brillante trayectoria de la vida del Asiento, encontraron una la de más significación y que, sin consideraciones de clases sociales, edades, sexos y condiciones físicas y morales, la celebraban. Celebración en que todos, absolutamente todos gozaban por igual. Durante tres días completos, en la segunda luna de cada año: bailaban, jugaban, bebían y comían donde y por donde les brindaban los bocados más exquisitos y abundantes, incluso la única bebida de que disponían en aquellas tiempos: la bien sazónada chicha de jora. La emplearían en esa celebración en que Gobernante y gobernados olvidando los duros sufrimientos de la vida que, no siempre sabe brindar camino de rosas, se dedicaban exclusivamente a desbordar de alegría la existencia. Era una celebración que desde tiempos atrás venían haciéndola en homenaje al Cacique por su natalicio. Se hacían grandes preparativos para regocijos populares, como para servicio de viandas. Especiales viandas para tal acontecimiento que se iniciaba con una concentración de grandes grupos de hombres y mujeres venidos desde lugares cercanos y aún lejanos del Asiento.

Llegado el día, éste se inició con un número que, fuera de programa, se hubo improvisado.... *Allá distante se dejó escuchar el clamoroso tañido de una bocina que momento a momento iba acercándose. Gobernante y gobernados no se dieron cuenta de qué se trataba, hasta que asomó un numeroso grupo humano integrado por viejos, jóvenes y niños de ambas sexos: pintarrajeados el rostro, vistiendo trajes típicos y de llamativos colores, al mismo tiempo que hacían su entrada al lugar de concentración: bailando y arrojando a toda la concurrencia harina de maíz, flores y agua perfumada, resultado ésta de la cocción de vegetales aromáticos. Lo hacían al son de tamboras, rondadores y pingullos que, conjuntos bien amaestrados en el arte musical los presidían entonando EL CARNAVAL DE HUARANGA.*

La concurrencia contagiada por semejante demostración de algarabía y contento que ensordecían el espacio, tuvo que de inmediato sumarse también, para luego, así mismo: bailando, cantando y jugando por calles y caminos, realizar al paso invasiones de buena voluntad a cuantas casas cuyos moradores por tal o cual circunstancia no habían podido concurrir. Invasiones de buena y muy amable voluntad, siempre a los acordes de esa música propia, de esa bella y única música: EL CARNAVAL DE HUARANGA.

Este fue el origen de nuestra fiesta que hasta hoy la venimos celebrando y continuaremos sin imitar a nadie porque no tenemos por qué... Seguimos y seguiremos la que nos legaron nuestros mayores quienes hacía en forma culta, civilizada y fraternal, y, a la gustosos y complacidos se adaptaron los conquistadores españoles porque la encontraron buena, porque la encontraron sana y porque respondía a una verdadera explosión de alegría multitudinaria de todo un pueblo que siquiera una vez al año sabía demostrar que la vida se hizo también para gozar.....

Y no se nos venga conque nuestros antepasados aborígenes al celebrar esta fiesta imitaron a las "Saturnales Romanas" No; Sus celebraciones jamás degeneraban en desenfundadas bacanales, en desconcertantes orgías que ensombrecían la moral y el orden público.

Afirmamos lo anterior porque desde nuestra niñez, valiéndonos de los conocimientos de nuestros ancianos aborígenes, realizamos investigaciones relativas a esta materia. Nos decían lo que a ellos refirieron sus mayores, y, a esos mayores los mayores de tales mayores. Prestadles atención a sus relatos: *"Tres días en cada año les agradaba bailar y cantar. Transformaban sus rostros con pinturas. Vestían sus cuerpos con pieles de animales. Les agradaba beber mucha chicha, comer bien en sus casas o en las de los vecinos, parientes o amigos. Pues, había para todos porque todos se preparaban para la fiesta.".....*

Y entonces preguntamos. Por qué se cree que nuestros antepasados no hayan tenido sus buenas costumbres y que todo lo hayan imitado a los de afuera?. ¿Acaso los conquistadores no encontraron mucha civilización y costumbres propias en los nuestros?. La tuvieron numerosas y la que les dio para no envidiar a ninguno de los países de la tierra.

EL GALLO COMPADRE

Como bien lo sabemos todos los bolivarenses, el día Martes de Carnaval a las 12 de la noche se termina la fiesta de Carnestolendas en todas partes. Sin embargo en el campo se inicia recién. Lo celebran los campesinos: chagras e indios luego de recibir la Ceniza que propina la Iglesia Católica a todos sus seguidores.

Añorando las horas felices pasadas durante los tres días, con el fin de despojarse de la tristeza consiguiente que dejaba tan grata recordación, toda la gente que tomó parte en la fiesta busca salir al campo, mejor dicho fuera de la ciudad. Sabe a donde ir porque a eso de las diez de la mañana del día Miércoles de Ceniza comienzan a llegar grupos de campesinos a caballo, portando una bandera, calados guitarras y tambores, bien empolvados y medios ebrios cantando el Carnaval donde hacen gala de las más decididas y picantes estrofas compuestas por ellos. Lo propio grupos de indios disfrazados, así mismo blanqueados, pintados sus rostros con anilinas, medio embriagados, portando un acial al brazo o a la espalda, cantando también el Carnaval al son del pingullo, una tambora o un bombo. Unos y otros recorren la ciudad, como invitando a la gente concurrir al caserío donde pertenecen.

Por lo regular, después de haber tomado el almuerzo, inúmeros grupos de toda condición y clase se encaminan al lugar donde se sabe habrá Gallo Compadre. Vinchoa, Casipamba, Pircapamba, Shunguna, Chalata, la Loma del Cacique son lugares conocidos donde se realiza este juego que propiamente no es que sean indios los protagonistas. Son los chagras que, por una parte quieren hacer negocio vendiendo aguardiente, cosas de comer a la gran concurrencia, y, por otra brindar el espectáculo a sus familiares, allegados, visitantes, etc., etc. A fin de que se tenga conocimiento preciso del lugar en donde se realizará este juego han plantado una bandera en la parte más elevada, buscando eso sí que tenga una parte plana para la realización del programa. Es entonces que, viendo que hay gran concurrencia, asoman a caballo unos cuantos campesinos portando su respectivo gallo encintado y bajo el brazo. Cualesquiera de ellos ofrece el acto a la concurrencia que ha llegado a formar un círculo cerrado en rededor. Cava el suelo y entierra al gallo dejándole a flor de tierra sólo el cuello y la cabeza. Seguidamente invita a la persona que tenga simpatía, afecto, lo que sea, para venderle los ojos y así decapite a su gallo, advirtiéndolo que de no hacerlo a los tres machetazos tiene que pagar una botella de aguardiente. Aceptada que ha sido la propuesta, con un pañuelo grande venda los ojos. En pasos, antes de ser vendado, le hacen medir la distancia que hay desde donde se halla parado a donde está el gallo. Le hacen dar tres vueltas en condiciones que queda frente al gallo. Le entregan un machete bien afilado. Hacen abrir a la concurrencia y le ordenan actuar de inmediato. Si el vendado, al dar las vueltas no se ha desorientado, se encamina hacia el gallo ,y descarga uno, dos, tres golpes tratando decapitarlo. La emoción de la concurrencia que grita entusiasmada es el termómetro para que sepa el vendado si cortó o no la cabeza. De haberlo cortado, el mismo se despoja de la venda. Saca al gallo que aún patalea con los estertores de la muerte. Cae la concurrencia: despedaza al gallo y con las presas ensangrentadas, con la expresión de "Gallo Compadre", descargan suaves golpes sobre quienes no alcanzaran a tomar una presa. Viene el premio: una copa doble o a boca de botella le hacen tomar un trago. Suena la música que no es otra que la del Carnaval y se rompe el baile, para luego de terminado, otro dueño de gallo enterrar al suyo para la misma operación que debe continuar hasta que se terminen los gallos que nunca bajan de unos diez. De no haber cortado la cabeza

del gallo a los tres machetazos, lo despojan de la venda y le hacen pagar la botella de aguardiente que por ahí no más se halla vendiendo el cantinero. Luego, nuevo baile, donde al inútil que no pudo acertar el machetazo le cantan versos un tanto picantes que para tal fin los promotores de la fiesta tienen bien recomendados a la memoria.

Todo lo anterior en lo que se relaciona con los referidos caseríos. En cambio en el de Chaccha de la Parroquia de Santa Fé, tenemos el entierro del Carnaval que se lo hace el domingo. Y son los chaccheños los que habiendo celebrado la fiesta el Miércoles de Ceniza, el jueves, viernes, sábado, el domingo lo destinan a la celebración del entierro de "Taita Carnaval". Para representarlo se han conseguido a unos de esos tantos elementos que el pueblo los suele llamar "Tontos Vivos" y que no faltan en todas partes. Son nada menos que unos individuos algo contrechos, chaupi lengua en el hablado o sea que no articulan bien las palabras, pero que como enamorados son una verdadera lanza para querer y penetrar en cualquier corazón, sea de solteras, casadas o viudas. Ven pasar una mujer, y, sin más ni menos se dejan escuchar: *"Uté, monamosha. Yo quelo a uté. Yo queliendo casá con uté, vigencita..."* En la parte más elevada de sus tantas colinas plantan una bandera. Al rededor de ella se agrupa mucha gente que de uno a otro momento espera el arribo de "Taita Carnaval". En efecto, llega en medio de la gritería, empujones, burlas, silbatinas, risotadas de los huambras. Llega ataviado con vestidos de distintos colores, guitarra a la mano, botella al cinto, polveado la cara y gorro de payaso. Se entona el Carnaval, cantan en coro, bailan a su derredor. También lo hacen bailar hasta que cae rendido al suelo. Vienen los empujones por todo lado haciéndole rodar. Brindan una copa. Nuevo canto, baile, empujones, rodadas. Hay un momento que cae como muerto y es cuando le cubren con brazadas de tamo seco, cosa de ocultarlo completamente. Todos los deudos rodean el montón de tamo, dejando una especie de puerta de escape. Cubiertos con las manos los ojos; los deudos, simulando llorar, cantan en coro esta estrofa:

Ya de acaba el Carnaval,
muchachos a trabajar....
En el año venidero
para tener que gastar....
Adiós. Adiós, Carnaval.

Prenden fuego al tamo que en pocos minutos se ha consumido. Personas extrañas que han concurrido a espectar por primera vez la fiesta, han demostrado angustia porque creen que "Taita Carnaval" está siendo consumido por el fuego, que en vez de todos se preocupan de atizarlo. No hay tal: el momento que todos se taparon los ojos, por la puerta de escape. Dejando sólo la ropa del revestimiento se mandó a cambiar... Por eso hemos dicho que estos elementos son los "Tontos vivos"
.....

— * —

NOTA DEL AUTOR

No se sabe el origen de este juego. Tampoco su significado. Se ha dicho por ahí que en este juego el Indio demuestra su venganza contra el Blanco que tanto le atormentó en la Colonia y hasta hoy. No obstante, no hemos visto que el Indio patrocine tal juego.

EL TURCO LOCO

Hace unos 50 o 60 años arribó a Guaranda un hombre tipo árabe. Llegó montado a lomo de mula. No se sabía si vino de Babahoyo, Riobamba o Ambato. A todos llamó la atención que, no obstante haber realizado un viaje más o menos largo y penoso, dada la calidad de los caminos, lo había hecho sin calzar polainas y poncho. Sólo cubría su cabeza sombrero de mocora, falda angosta. Arribó a la ciudad e inmediatamente, trincando a su mular en un poste de una de las calles, se encaminó al centro a buscar un local para poner en él su mercadería: telas que iba a traer. Es decir, venía a instalar su almacén. Alguien allá, seguramente le ponderó de lo buena que era esta plaza para tal negocio. Conseguido el local en la parte más central, el mismo día tomó "el camino por donde había venido".

Todo el pueblo esperaba el nuevo almacén donde se luciría el gran surtido de telas finas y ordinarias, caras y baratas. Así fue: a los pocos días llegó una cantidad de bultos que los abrió de inmediato, y por consiguiente todo su contenido colocó en las perchas donde se hallaban a la orden de quienes las deseen. No faltaron algunos comerciantes de la plaza que vieron mal este nuevo almacén que quizá les venía a hacer mucha competencia por la calidad de la mercadería como por el precio. Efectivamente, en el día y en noche el almacén se lo encontraba repleto de clientes que concurrían a la novedad que *el gringo casi, casi estaba regalando la mercadería*. Como buen judío había traído mercadería que él se imaginaba no podía haber en los almacenes de los demás comerciantes. Esto por una parte. Por otra, había marcado precios con un 50 % más de lo que le costaba. El, no obstante, decía que por hacerse a clientela las vendía lo más barato y apenas con una utilidad miserable de diez o veinte centavos en vara. La vara de *bobelina*, decía costarle a él dos sures. La entregaba a dos sures veinte centavos, siendo que la realidad era otra: le había costado un sucre. Y así por este orden vendía toda la mercadería. En poco tiempo más estaba renovándolas en su almacén. Y este mismo local ya no era ocupado para en él también dormir, sino que buscó un departamento para ello y para recibir a sus amistades que no le faltaron de inmediato. Luego se compró un caballo. Le agradaba mucho salir de paseo en los días domingos. Iba por uno y otro lugar, siempre con su sombrero de mocora. Cuando ejercitaba este deporte tenía una rara costumbre que causaba mucha hilaridad a cuantos le veían. Corría el caballo, acicateado por las espuelas que calzaba el jinete, éste enredaba la rienda en la cabezada de la montura, perdía los estribos, y, con la una mano se sostenía de dicha cabezada y con la otra se cogía de la retranca o gurupera. Si por un acaso encontraba en el trayecto a alguno de sus deudores morosos, ya que también se dio en vender a crédito, se apeaba del caballo para reclamarle lo que le estaba debiendo. De no cancelarle en el acto: si era hombre le despojaba del sombrero, y si era mujer le arrancaba el pañolón como prenda hasta cuando le cancele. Cuantas veces se le vio llegar al almacén con una buena cantidad de sombreros y pañolones usados.

Soltero como se presentó, el problema alimentación lo resolvía en una fonda a donde concurría al desayuno, almuerzo y merienda. Antes del desayuno acostumbraba a ir al pequeño mercado que había en uno de los barrios de la ciudad. Ahí gustaba ir a *apuntalarse*, como él solía decir. En tiempo de aguacates, compraba unos seis y se los servía con pan, no sin dejar de picar un poco de ají rocoto con todo pepas. Luego se servía unos dos vasos de chicha de jora, bebida, deliciosa que mejor no había encontrado en otros lugares. Agotado todo este preparado que, entre nosotros era para que se

servan unas dos o tres personas, iba, a la fonda donde todo se servía doble, pues que así le anticipó al fondero.

Como religión tenía la Católica, Apostólica y Romana. Con esta creencia, un día entre los tantos amigos que adquirió, llegó a concertar un paseo, mejor, dicho, una romería a Chaccha. Hasta él llegó la fama del oratorio que en dicho caserío tenía el Patojo Jiménez, y donde se rendía culto a un Crucifijo muy milagroso. Pues, fue allá a colocar una esperma, implorando un favor que acaso necesitaba. La jornada fue corta: Guaranda, Santa Fé, Chaccha. Apenas unos cinco kilómetros. Llegada a este caserío se dirigió inmediatamente al oratorio. Penetró ahí con la reverencia que acostumbraba hacerlo en el templo. Sorpresa terrible la que recibió al encontrar un Crucifijo de regular tamaño; cuya cabeza inclinada hacia abajo no se hallaba en el cuello. No tenía cuello ese cuerpo. Se hallaba colocada en medio pecho. Los hombros eran como dos alas. Color de todo el cuerpo más verde que negro. Una escultura completamente imperfecta. En vez de infundir respeto, veneración, infundía miedo, temor porque era un verdadero fenómeno, algo raro que jamás había visto. Lo miró largo rato para luego resolver no colocar la esperma, en tanto sus amigos si lo hacían. Les llamó la atención a sus amigos y otras personas que encontró ahí. Alguien le interrogó la razón para que no haya, colocado su esperma.

- Yo, no ponemos la esperma a este Crucifijo -contestó. Salió con la esperma y sin dar la razón por la que no ponía se encaminó a tomar su caballo para regresar a Guaranda, donde en la noche, decía había soñado que el Crucifijo le interrogó: "Por qué no me pusiste la esperma que la destinaste a mí?" A lo que guardó silencio. Pero la preocupación fue grave porque se pasó este día, dando y cavando sobre su repugnancia en colocar la esperma. A los ocho días repitió la romería. Los mismos resultados: no colocó la esperma y tornó a la ciudad acompañado de sus amigos que inquiríanle a cada momento sobre las causas que tenía para no colocarla esperma por segunda vez. Desde entonces al saber tan estrafalarios procedimientos de este hombre, le motejaron con el de *turco loco*. Para que se afirme más esta aseveración, llegó al extremo que un día salió cabalgando, vestido con solo el terno de dormir, es decir, en paños menores.....

"El loco. El turco loco" solían pasarle gritando los huambros que iban a la escuela. Y sabéis lo que hacía para castigar en debida forma la malacrianza de estos escolares?. Les arrojaba un sucre en monedas de a cinco centavos. El momento que las recogían, les caía con un arial que lo tenía colgado de un clavo junto a la puerta.

Por fin: una mañana, sin que nadie se de cuenta lo que podía haber hecho la noche, amaneció desocupado el almacén y su dueño no aparecía por lugar alguno. Nadie sabía lo que se hicieron él y su mercadería. Sólo las beatas que siempre saben madrugar a misa de cinco y que llegaron a tener conocimiento de lo acontecido con la esperma, al tener conocimiento de tal desaparición, interpretaron que, "obedecía a que el *turco loco* no había sido ningún humano sino el misma Diablo que había venido, en mala hora a escandalizar a la ciudad, negándose a colocar la esperma". Agregaban: "Esa tienda vacía apesta a pólvora quemada y donde los chugshis, en las noches, han hecho su guarida, mientras a las doce se escuchan ayes y gemidos lastimeros. Seguramente del alma en penas de ese *turco loco*, conocido con el nombre de Francisco Abdo Basú"....

LOS ZAPATOS DEL DIABLO

Contaba don Rufino, el viejecito que en aquel entonces podía tener unos 90 años de edad. Decía que él siempre, desde su niñez anduvo descalzo o que es lo mismo, *pata al suelo* en su lenguaje. Que de andar así, mucho se estropeaban sus pies. Tropezones cosa le volarse las uñas, recibir heridas que le causaban los clavos, las espinas, los vidrios regadas por el suelo. En fin, muchas molestias y contrariedades, amén de los chichacos y niguas consiguientes. Que siempre había anhelado comprarse un par de zapatos. No lo podía porque, primeramente tenía que asegurarse para la comida de los suyos que eran numerosos y ninguno producía aún. En veces se había propuesto ir a la casa de algún rico a solicitar le obsequiara un par de sus usados y que a él ya no le servía. Mas, su dignidad de hombre no le permitía pedir caridad. No se hallaba en tales condiciones puesto que se había resuelto trabajar hasta que ya no mismo pueda y tenga que declararse vencido por los años. Conforme con su *perra suerte*, un día salió por el campo, internándose en un bosque muy tupido que al fondo tenía una quebrada donde el agua bajaba cantarina y rápida. Era profunda y no obstante, acosado por sed devoradora por la fatiga que le causó haber andado tanto, bajó allá a hartarse del precioso líquido. Al inclinarse para servirse alcanzó a divisar un gallinazo grande que levantaba el vuelo y notó enseguida, en el mismo lugar se hallaba un par de zapatos de medio uso. Miró un momento a la prenda que tanto había deseado tener. Luego dirigió la mirada por todas partes y no encontró persona alguna que podía ser dueña. Resolvió apropiárselas, mucho más cuando se hubo calzado, y encontró que le quedaban como que se los hubiese mandado a trabajar sobre medida para sus pies. Calzado ya, resolvió salir de la quebrada, llamándole la atención aquello de, en quebrada tan solitaria y poca frecuentada alguien haya dejado abandonados esos zapatos que despedían un olor a azufre quemado. Tras largo pensar le vino la idea que bien podía ser cosa del Diablo que pueda que habite por ahí. Este ser maligno que se anda por todas partes, bien puede ser que los haya colocado como seguro cebo para conquistar su alma y lo esperaba que de uno a otro, momento se lo presente para hacerle la propuesta. Mas, no aparecía por ninguna parte ni sentía su ser y su cuerpo manifestación alguna de su presencia oculta. Seguía el camino y, cosa rara: caminaba, caminaba y no se rendía como le pasaba siempre, lo haga ligero o le haga despacio, no obstante el largo trayecto que tuvo que caminar.

En días posteriores la misma facilidad para viajar de un lugar a otro. No se produjeron los tropezones, lastimaduras, cansancio, nada en lo absoluto de cuanto le había molestado en otros tiempos cuando anduvo descalzo como lo había hecho desde niño. Algo sí que le preocupó, ver que cuando entraba a su casa o pasaba por casas donde habían gallinas, perros, gatos y otros animales, éstos echaban a correr asustados. No sabía a qué atribuir. Pero pasaba.....

El Taita Rufino se sentía feliz porque en su vejez y cuando más lo necesitaba se haya presentado y por obra de la casualidad esta facilidad para sus caminatas que en verdad, más antes, las venía realizando con dificultades de todo género. Y es por esto que, con el fin de conservarlos cosa que le duren por vida y hasta dejarlos de herencia a los suyos, optó por aceitarlos con enjundia de gallina, luego, eso si de limpiarlos el lodo o polvo que embadurnaban en su largas o cortas jornadas que hacía por el caserío. Si alguna vez notaba iban a destaquilarse, los reparaba de inmediato. *En fin, los cuidaba como a la niña de sus ojos.*

Pero, sucede que una mañana que por un ligero resfrío no pudo levantarse temprano de la cama donde dormía, vio por la ventana, de la pieza que un gallinazo levantó el vuelo. Trató levantarse de inmediato con el fin de averiguar a qué había obedecido la presencia de tal ave en su casa. Buscó los zapatos para calzarse. No los encontró en ninguna parte. Averiguó a los suyos. No le pudieron dar razón. Los zapatos habían desaparecido como por encanto. Recordó entonces como asomaron en forma misteriosa y cuando un gallinazo levantó el vuelo en la quebrada. "Posiblemente debe ser el mismo que hoy los recuperaba" "Pero por qué? se interrogó. No podía darse una razón de peso. La única; *el Diablo le dio. El Diablo se lo llevó*. Nuevamente se interrogó: "Pero por qué?" Recordaba entonces que un domingo prestó esta prenda a uno de sus hijos, sólo hasta que vuelva de oír misa. Coligiendo entonces que no le agradó al Demonio. Que por eso se la llevó.... "En veces me hace pensar -nos afirmaba- que el mismo Diablo que tiene poder para todo, los convirtió en esa máquina infernal, llamada automóvil, que un día asomó por nuestra ciudad, llevando adentro mucha gente" (1)

(1) Se refería al primer automóvil que por primera vez hizo su entrada a Guaranda, el año 1919. Y a Rufino le causó mucho susto verle bajando y ascendiendo cuestras sin rendirse en forma alguna.

EL BARÓN POZO

Genuino guarandeño e hijo de padres dignos y honorables este Barón Pozo, nacido el 11 de abril de 1889. Su talla menos que mediana. Ayer y hoy vistiendo muy bien, es decir, elegante. De muy buena presentación. De carácter amable, comunicativo con todos. Simpático para quienes le ven en la casa, en la calle, y mucho más si le llegan a tratar que no es difícil. "Muy manualito es este Barón Pozo", saben comentar quienes le tratan.

Ayer, hace muchos años fue cadete de la Escuela Militar "Eloy Alfaro", para que sepan ustedes. Dejó de serlo y solicitó la baja porque siendo cadete, el 28 de enero de 1912, presencié el arrastre del Viejo Luchador. Dice que entre los arrastradores alcanzó a divisar a algunos elementos de tropa, seguramente del Batallón "Marañón", y se decepcionó de continuar los estudios en dicho establecimiento. Entonces vino a su tierra y aquí ha vivido y continúa viviendo todavía. No sabe darse mala vida. Al contrario, tiene vida moderada: come bien, viste bien, no deja pasar un Carnaval sin divertirse en debida forma. Por todo esto cree que vivirá muchos años más. Tal vez los 100. Entre sus amigos sabe decir: "Así como me ven con mis ochenta y tantos años de edad, no me faltan salud, dinero y amor"

Hasta hace unos 40 años a esta fecha, quién que haya llegado a Guaranda no habrá conocido y tratado a Barón Pozo. Y quién que hoy llegue a Chimbo donde unió su destino al de virtuosa dama chimbeña, no conocerá a Barón Pozo? En uno y otro lugar, propios y extraños le conocen por Barón Pozo, el hombre especializado en encontrar consonante para toda palabra. En sus charlas callejeras con amigos, en reuniones sociales, siempre empleando el consonante a cuanto le dicen o se tertulia. Recordamos que cierto día un amigo le encontró en la calle, y, al interrogarle:

- Y qué se dice, Barón? - Este, estrechándole la mano y sonriendo, le contestó:
- Digo, querido Procopio, que ochenta años de Barón, y ni uno de nombre propio, enferman mi corazón....

El interrogante, algo preocupado, le advirtió:

- No te resientas, mi amigo....

Acto seguido así mismo sonriendo y dando una palmada en hombro, contestó.

- Es lo mismo que yo digo....

Con otra palmada en el hombro de Barón se despidió el amigo, con estas palabras:

- Ah Barón para bandido....

- Y de tu hermana querido.... - le soltó Barón, retirándose a su casa, sin darle tiempo para nada.....

Y hablando de la facilidad que tiene Barón para de inmediato encontrar consonante, vamos a referir lo que, cuando aún éramos niños, presenciábamos. Cierta amiga le apostó que no le sería fácil encontrar consonante para una palabra que le daría en un verso...

- Dame -le dijo-, que yo hallaré sin ningún esfuerzo

- Allá te va, Barón que hoy sí te voy a ganar la apuesta. Escucha y vete la plata de inmediato.....

- Hazme ya, querido ñato.....

- Tu aliento es prenda querida, esencia de floripondio.....

Barón llevó la mano derecha a la frente, como pidiendo inspiración a su musa, y, concluyó:

- Y de tu muela podrida
es repugnante y hediondo.... -Ganaba la apuesta, prorrumpió alborozado, y, a paso ligero tomó camino a la casa de sus padres que le tenían en una preciosa quinta a pocas cuadras de la ciudad.

— * —

Barón Pozo, en el campo de los amores, una verdadera lanza brava para querer prenderse en el corazón de cualquier muchacha que encontraba en el camino, y, no ellas, sin dejar de permitir se las clavara porque llegó a tener fama, bien ganada, que sabía galantear en verso. No era mentira: había que escuchar el galanteo de Barón, quien siempre sabía repetir a sus relaciones que "salud, dinero y amor nunca le faltaban..." Y al respecto, vean ustedes lo que le hubo sucedido una noche que con otros amigos daba una serenata a la dueña de su corazón. Dicha serenata se había terminado a la una de la mañana. Todos se retiraron a sus casas, entre ellos Barón que también debía ir a la suya, pasando por el camino que queda a corta distancia de la quebrada sobre la que existe la leyenda de la Paila de Siete Orejas. La noche y madrugada eran oscuras, el camino solitario y silencioso. Por todo esto, Barón iba un tanto nervioso y llevando acurrucada el miedo en todo su cuerpo. Al pasar por ahí escuchó como que se tratara de unos sonos metálicos. Sonos que parecían el resultado de golpes que se daban sobre una paila de bronce y que antes, nunca había escuchado. Se le pusieron de punta los pelos de todo el cuerpo, la lengua amortiguada le llenó la boca. De nada le valieron las medallas que cargaba al pecho, peor la invocación que hizo a todos los santos y almas benditas del Purgatorio. Y es cuando, nuestro héroe, cayendo y levantando, más muerto que vivo llegó a su casa donde, al decir de una de sus sirvientas tuvo que rezar el *yo pecador me confieso*. Ella creía que de uno a otro momento iba a morir su patrón querido. No obstante, y, en semejantes trances, a Barón no le faltó el consonante a las preguntas que le hizo:

- Qué le pasa, niño Barón?
- Que allá está la tentación....
- Diga Jesús, niñito mío....
- Abrígame que siento frío...
- Y por qué causa ha humedecido el pantalón?
- Porque en casos iguales a cualquiera le destila pitón....
- contestó y se tendió a la cama.

Un verdadero poeta nuestro Barón.... Verdad...?

— * —

Alguien de nuestros lectores querrá saber a qué obedecía el mote de Barón con el que sólo se le ha conocido y conoce, no sirviendo sus nombres y apellidos propios sino para que consten como Comisario, Teniente Político, Miembro de Juntas Electorales, únicos cargos que ha desempeñado durante toda su vida. Lo vamos a hacer saber. Aquí lo tiene. Es algo que nos ha referido el mismo Barón y dice: "Mi padre fue muy amigo del Dr. Ángel Polibio Chaves. De continuo iba a visitarlo en la ciudad. El Dr. Chaves, preocupado de la enfermedad de mi madre que se hallaba encinta, un día le preguntó si ya había dado a luz. Contestándole que sí. Que la cigüeña le había traído un. barón. Emocionado el referido Dr., lanzó esta exclamación: "Oh; Un barón!! Quiero irlo a conocer al barón". Llegado a la casa de mis padres, conoció al barón que era, yo. Viéndome robusto y sonriente, volvió a exclamar: "Un barón más para la Patria. Barón,

Barón. Precioso Barón”. Desde entonces: en mi casa, en casa del Dr. Chaves y de todos los relacionados de ambas familias no se me conocía, por mi nombre con el que se me había hecho inscribir en la Oficina de Registro Civil sino con el de Barón... Barón, bien fajado el pantalón...."

Para terminar, réstanos presentarle a nuestro Barón batallando en los campos del Poder Judicial, reclamando justicia. Miradlo de cuerpo entero: en uno de los juzgados de Guaranda tiene un juicio. Su trámite le dura cerca de treinta años. Naturalmente que cada uno o dos años se acuerda de solicitar su continuación. Hasta tanto, lleva gastados unos cuarenta mil sucres para reclamar unos derechos y acciones en una casa en Chimbo que a lo más le pueden valer unos cinco mil sucres. Todo el proceso se halla en 1.500 hojas útiles e inútiles. Juicio que sólo puede terminarse cuando alguien apele a la cuarta y última instancia o tenga Barón Pozo que imponerse como verdadero barón ante sus contendores.

“DE LEJANOS DÍAS”

Tradiciones,

estampas

y

leyendas

Augusto César Saltos

Guaranda – Ecuador

1973 a 1975

LA EXISTENCIA DEL CACIQUE HUARANGA NO ES CUENTO

Debe haber sido allá por el año 1910, que para entonces nosotros ya teníamos 10 años de edad. Edad en que una persona sabía darse perfecta cuenta de sus actos, que los ejecuta bien o mal. Lo sabemos aquilatar por sus resultados, y, por consiguiente, acaso esperamos se pronuncie el juicio de los demás, desde luego que vivimos en sociedad. En esta edad o siendo de esta edad, que es lo mismo, cierto día nos encaminamos a la choza bajo cuya cubierta de paja habitaba Juan Quille, indio del caserío de Vinchoa del Cantón Guaranda, Provincia Bolívar y que para entonces le calculaban todos sus conocidos, tener unos noventa y más años de edad. Vivía solo, puesto que, unos veinte años atrás, había fallecido su mujer y sus dos únicos hijos, muy mayores también. Por consiguiente Juan Quille se hacía la vida solo, y no obstante su vejez el mismo labraba la tierra en un solar que tenía de su propiedad. El mismo hacía la recolección de los frutos. El mismo cocinaba para comer. Lavaba su ropa. La remendaba cuando era menester. En una palabra: se bastaba y se sobraba solo en todos sus quehaceres o necesidades. Nunca supimos, ya en tal edad, si iba a la ciudad de Guaranda, pero ni en busca de curación puesto que nunca enfermaba.

Pues bien, este era Juan Quille el que nos recibía, no una sino algunas veces en el pequeño corredor de su choza, en camino de llegar por fin, dada su vejez a la destrucción definitiva. Corría paralela con la existencia de su dueño. Nos hacía sentar a su lado y luego iba contestando a cuantas preguntas le íbamos formulando con sencillez, sin ninguna mala intención, que es cuando, comprendiéndole el indio sabe guardar silencio: no agrada responder a nada y hasta le llega a tener desconfianza para depositarle un secreto, algo que le han aconsejado sus mayores, llevárselo hasta la tumba sin descubrirselo a nadie por nada de la vida. Una de tantas pregunta era ésta que nos interesaba sobremanera por la importancia que tenía para saber algo de nuestra historia como pueblo organizado y culto. Formulábamos la pregunta porque en la escuela, en las tertulias del barrio, en las consejas de nuestros viejecitos, nunca jamás habíamos escuchado algo sobre el Jefe o Cacique de este Asiento que ya se decía, se venía diciendo que había sido, nada menos que el Huaranga, viejo patriarca de la gran comunidad que habitaba este suelo cuyo centro de actividades administrativas comprendía la localización de la actual ciudad de Guaranda. Se insistía en este decir y había que averiguarlo, investigarlo a una persona de muchos años de existencia que aún conserva la vida con toda lucidez de sus facultades mentales. Pero no a una persona blanca que, dado el poco o ningún interés que siempre ha demostrado por todo aquello que se refiere al Indio, nada podía aportar a la investigación que convenía hacer para desentrañar ese algo que todos debemos saber, los bolivarenses, para encontrar el verdadero punto de partida de nuestra nacionalidad y como entes de derechos y obligaciones en el concierto nacional.

No poseíamos documentación alguna para afianzar en ellas nuestras afirmaciones que podíamos hacer en relación al tema. Ante tal dificultad de encontrar algo tomamos este camino: el de la tradición, esto es, lo que se ha dicho, lo que se ha venido diciendo desde antaño o sea desde los tiempos de nuestros antecesores, los aborígenes que poblaron el Asiento.

Luego de inquirir por su estado de salud y más pormenores de su vida que mucho nos interesaba como un medio de nuestro alcance para averiguaciones que tanto nos

sojuzgaba desde entonces, le planteábamos a quemarropa la siguiente pregunta, es decir una pregunta más que se sumaba a la cantidad que ya le habíamos presentado en otras ocasiones. Pregunta a la que también teníamos seguridad nos la iba a contestar así como hubo contestado satisfactoriamente a otras que le habíamos hecho varias veces:

- Taita Juan, qué nos quiere contar del Cacique Huaranga que dicen por ahí que gobernaba a lo que es hoy Guaranda, en época de nuestros antepasados?

Previa palmada que nos daba en el hombro, escuchad lo que contaba:

- *“Verás: vamos contarle lo que me contaban mis taitas, y a mis taitas los taitas de esos taitas que todos viviendo semejantes largos años. Ya viejito como yo miso viviendo ca, muriendo no más. Aura ca, almas benditas siendo dijunticos. Lo que voy contarte: si queriendo creer, creeme. No queriendo creer ca, no creas. Yo ca, ni ganando ni perdiendo. Sólo haciendo juavor sepas porque curiosidad tuya obligando cuente... Nada más...”*
- Siga, siga, taita Juan – agregamos, pidiéndole continuar...
- *“Toditico este lomas, ese quebradas, ese cerros, desde bien madrugadito ca, dizque caminaba el Taita Huaranga puesto poncho de lana de borrego, shevando bordoncito en mano para asegurando cuerpo de mayor, no vayan a caer resbalando o tropezando de repente y muera el Taita... Viejito, viejito como yo miso, dizque siendo este Taita Gobernancia. Entrando un casa, otro casa, averiguaba dizque toditicos, dando consejos, visitando a enjuermos, haciendo juavor cuando necesitando algún prójimo. Bueno, bueno dizque siendo este Taita, por eso todos dizque queriendo mucho. Y sabrás: día que murió el Taita Huaranga, contaban así miso que, toditico día no salió sol. Por eso haciendo mucho frío y obscuridad que naides querían trabajar porque mucho, mucho sufrimiento que hizo shorar toditicos. Giguando, giguando dizque contaban tanto juavores hicieron en vida el Taita Gobernancia que no mos podido saber quienes mismo serían taita e mama”.*
- Algo más, Taita Juan?
- *“Ah! Ya viejitos siendo ca, estamos olvidando contarte estico más: A ese loma altota, altota que levantando en cabecera de Guaranda, también contaban que acostumbraba subir, para con vista no más recorrer toditicos rededores de tierra que gobernaba en últimos años vivió. Ele: esto no más sabiendo. No pudiendo contar más porque sólo esto acordando. Queriendo contar algo más ca, cabeza de viejo no vaya a mentir. Taitas míos ca, siempre aconsejaban nunca mentir porque mintiendo ca, lengua de meteroso cayendo de vara en vara, e meserecordia, me lengua no queriendo caiga, Taitamito”.*

Con un agradecimiento muy tierno, y, ofreciendo volver otro día a visitarlo, nos retirábamos del amigo indio, Juan Quille de grata recordación.

Guaranda, 27 de julio de 1974.

LOS MULEROS

Hasta hace unos sesenta años atrás, contados desde hoy, 26 de noviembre de 1974, solíase llamar así a aquellas personas que tenían por única ocupación, especialmente en los pueblos de la Sierra, conducir a lomo de mula productos u objetos de la Sierra a la Costa o de ésta a aquella. A lomo de mula, porque por esos tiempos no había otro medio que éste, descontando el guando que se lo hacía a espaldas de la persona, por lo regular del indio. A lomo de mula desde luego que por aquel entonces nuestros caminos de herradura no se prestaban para que por ellos pasen automotores o siquiera carretas tiradas por animales. Decir caminos de herradura en nuestra zona tan accidentadas, crispamiento de nervios recordar siquiera cómo eran esos senderos, más apropiados para que por ellos desfilen chivos y animales feroces. “*Qué caminos tan infernales*” solían decir quienes, cual si hubiesen conocido los del Infierno, aseguraban ser así tales caminos....

Decir mulero, arriero o recuante que es lo mismo, era decir hombre temerario. Hombre que no temía a los miles de peligros que ofrecían estos caminos, por aquellos tiempos que se han ido par siempre. Decir mulero, era decir, en una palabra: hombre que desafiaba a la muerte. Y quien sabe desafiar a la muerte es persona que no teme a nada....

Que hombres esos muleros. Hombres que por lo regular eran del campo. No indios sino chagras. Chagras blancos vistiendo pantalón de casinete, cotona de lienzo o de franela bien remendados: parches por aquí, parches por allá y de diversos colores que daban el aspecto de estar vistiendo la capa del pobre. Sus pies calzando alpargates, no oshotas como dicen en otras provincias. Aquí en la Provincia Bolívar se llaman alpargates y por alpargates conoce todo el mundo a esta prenda. Para probarlo: vaya usted a una tienda donde se expende este artículo a preguntar si tiene oshotas. Le dirán que no tienen. Mas, si averigua por alpargates, le pondrán a la vista de inmediato. Su cabeza cubría sombrero de lana, de aquellos que usan los indios. Pero ni más ni menos, dado el estado de vejez, que los que acostumbran los payasos en los circos. Bufanda de lana al cuello, no precisamente para defenderse del polvo, del páramo o del viento, sino para vendar los ojos del mular, un tanto chúcaro, a que se deje quieto cargar o descargar los bultos. Acial terciado a la espalda o portándolo a la mano. Qué acial cuyo látigo lo había curado tanto para que abra brecha en el anca del animal cuando le azotaba para que aligere el paso, y más que todo para foetear a los perros del camino, que cuantas veces atacaban por las patas a los mulares, haciéndoles corcovear y echando la carga por el suelo. El machetillo tan filo como navaja de raspar la barba, envainado, pendiente de la cintura, empleaba para cuando el mular se hallaba en peligro de despeñarse con todo carga al abismo. En casos tales y como último recurso cortaba de un tajo el garabato que también era una seda de suave, puesto que lo había curado con orinas, aguacate y cebo de res.

Vistiendo toda esta indumentaria, hechos adelantar a sus mulares bien cargados hasta que caminen jipando por el peso de los encontraba, de ida o vuelta, en uno de los mulares iba el costalillo de cucahui para el camino. Costalillo que era más conocido con el nombre de soberna. Contenía en su interior: pinol, tostado frito, fritada, y, envuelto en hoja de guaño iba el ají frito. Por lo regular llevaban dos costalillos: el uno para encargarlo en el tambo a donde tenían que irremediamente llegar de regreso, y el otro lo llevaban hasta el término del viaje de ida. Regresarían al tambo en referencia, donde

además tendrían el alfalfa asegurada para que coman sus animales. Alfalfa con riego para que coman bien. Cómo iban recomendando a los dueños del tambo, tengan lista, para tal día, tantas cargas de alfalfa para sus mulares. Comida para ellos no había para qué desde luego que ocuparían el cucahui que dejaron encargando, y, además no les era posible gastar un solo centavo de cuanto les debía pagar por la conducción de bultos para los comerciantes de Guaranda, Riobamba, Ambato, Latacunga, Quito y algunas provincias del Norte de la República.

Se habían despedido de los dueños del tambo, anunciándoles que tal día estarían de regreso. Efectivamente retornaban el día que habían ofrecido hacerlo. Por lo regular su arribo al tambo donde acostumbraban su primera estación lo realizaban en horas de la tarde. Sus mulares, instintivamente paraban delante del tambo que sus amos siempre hospedaban. Descargados los bultos y las huanshas que traían para sus familiares, eran colocados en el corredor en condiciones que formaban un verdadero apartamento para así defenderse del frío de la noche. Junto a estos muros de bultos colocados simétricamente, iban los aparejos, sudaderos y más implementos para la carga. Mular que iba siendo descargado, antes que buscar comida y agua para saciar su hambre y sed, se echaba a revolcar a derecha e izquierda con el fin de recobrar las energías desgastadas en tan largo como penoso viaje. Por fin: se les proveía de agua y alfalfa necesarios, cosa que se hallen bien comidos para continuar la jornada que les llevaría al destino. Tendían un poncho a pleno suelo que encerraba los bultos, y, solicitando la soberna encargada, la abrían para servirse la merienda. Eran tan obsequiosos que, jamás se servían solos. Solicitando unos dos platos vacíos, obsequiaban a la tambera, tostados con fritada y pinos, recibiendo en correspondencia unos cuantos platos de comida, especialmente caldo. Terminada la merienda, no antes de servirse el famoso batido de pinol que lo hacían en agua o chicha de jora, y, desocupados de sus demás necesidades corporales, se tendían de largo a descansar y quizá a dormir. Pero antes, si acaso no se hallaban demasiado rendidos, previa invitación de los unos a los otros, agradaba tertuliar un tanto a fin de más tarde poder conciliar el sueño. Y así: tamberos como paisanos que también así llamaban los muleros, a la luz mortecina de un mechero se dedicaban a contar una serie de anécdotas, los hombres, uno que otro fumando su papelillo. Escuchad pues algunas de ellas:

Contaba un mulero, ya entrado en años: *“Una madrugada que traté adelantar el viaje para que no me coja el páramo en la altura, al ir a traer mi mula del corral, me di cuenta que no estaba ahí. Era mi mula costosa por fuerte y moza. Antes de hacer el escándalo entre mis compañeros resolví seguir las pisadas que había dejado. Valiéndome del mechero que me prestó la tambera seguí esas huellas, las mismas que fueron a dar hasta la entrada al convento del señor Cura que por ahí no más tenía su quinta donde acostumbraba ir a dormir las noches. No atinaba qué hacer, si golpear la puerta para entrar a averiguar o permanecer ahí hasta que abran sus empleados. Cual mi sorpresa que, al mismo tiempo que cantó el gallo la puerta se abrió de por sí, y vi con estos ojos que se han de hacer tierra, mi mula salió relinchando, para encaminarse de inmediato al corral donde estaban las otras. Este suceso me preocupó mucho, razón por la que tuve que venderla de inmediato. Y saben quien me la compró esa mula? El mismo Cura que había ido tras ella a la tierra donde vivo yo....”*

“Y yo lo que vi al Diablo montado en un gallinazo volando por el cielo”, pronunció otro mulero, continuando así: “Era una noche de Viernes Santo que casi nadie se dio cuenta porque la mayoría de la gente de mi tierra se hallaba metida en la iglesia, rezando las estaciones. Pues, no me van a creer: había momentos que pasaba casi

rozándose en mi cabeza hasta que fue a estrellarse contra la torre del templo. Era precisamente el momento que se realizaba la ceremonia del descendimiento del Señor. Todo el pueblo quedó en tinieblas, menos la iglesia que brillaba como el sol al medio día. De este suceso no pasaría una media hora que ya se supo: en todas las casas de quienes no habían confesado, se escuchaban quejidos lastimeros lanzado, seguramente por el Diablo herido debido al choque.... No quedó ahí no más la cosa. Al siguiente día que el sacristán trató repicar las campanas de esa torre, en demostración que resucitaban, no pudo hacerlo dado que el Demonio bandido se había buscado modos para, matando al gallinazo, con las tripas de éste dejarlos bien trincados los Badajoz.....”.

Intervino el dueño del tambo para relatar lo siguiente: *“Que me trague en este instante la Madre Tierra si miento.... La verdad es que dormí una noche entera con el Diablo. El caso sucedió así: siendo yo aún soltero y no encontrado en mi pueblo con quien dar un sereno a mi enamorada, salí solo con la guitarra bajo el brazo y una botella de buen puro al bolsillo. La noche se presentó muy oscura: no había luna, luceros ni siquiera una pequeña luz que portara persona alguna para que alumbre tanta oscuridad. Frente a frente a la casa donde vivía mi huambra me puse a cantar al son de la música que arrancaba a mi guitarra. Antes, como para templar bien mis nervios, un tanto alterados, tomé un abre boca. De pronto vi asomarse, muy cerca, un joven muy elegante. Se vino a mí y me dio la mano que la noté bien abrigada y un tanto áspera. Expresándose así: “Mira, cholito. A fin de que enamorada salga a la ventana y escuchando cantar se apasione más de ti, yo voy a cantar una canción que la llamo ABISMAL.... “Me convenció y le acepté la propuesta tan bondadosa que me hizo sin más ni más. Cantó tan bonito, tan triste y conmovedor que la huambra se asomó e inmediato a la ventana. Les aseguro que nunca en mi vida he oído cantar así... Tomamos otra copa y, terminado el sereno, por habérmelo solicitado lo llevé a mi casa puesto que me aseguró no tener donde ir a dormir. Al entrar, los perros aullaron tristemente, los gallos y gallinas cayeron desde sus gallineros construidos entre las ramas de los árboles. Lo sucedido no me llamó mayor atención. Entramos al cuarto, y, sin que nadie los tocara cayeron al suelo los cuadros de los santos que yo acostumbraba tenerlos pendientes de la pared. Tampoco me preocupó esto. Me propuso que sea yo quien primero se acueste. Que luego se acostará él. Que tenía recelo acostarse con luz encendida: le daba mucha vergüenza le vea llevaba puesta ropa interior muy vieja. Lo hice así. Se acostó a mi lado, cuidándose no apegar su cuerpo al mío. No obstante, a los pocos momentos sentí un calor insoportable. Creí que se trataba de la reacción que produce en el organismo el aguardiente ingerido. Con todo: nos habíamos dormido profundamente. Como roncaba mucho, cosa de hacerme despertar, traté moverle la cabeza para que despertando, se acomode bien y deje de roncar. Momento en que me topé con algo puntiagudo que localizaba en una de sus sienas. Sin mayor preocupación volví a quedarme dormido para entonces despertarme fastidiado por el olor pungente de brea y azufre quemados que ya no podía resistir, y que al irse sin darse a sentir había dejado contaminado todo mi cuarto, cuya puerta continuaba aldabada tal cual le habíamos dejado horas antes.*

No concluya aquí la cosa. Ahora les voy a contar las consecuencias que sobrevinieron a mi huambra por haberse levantado a escuchar la preciosa serenata. Amaneció enferma: los ojos llenos de lagañas. Me decía ella que esa noche vio un bulto muy negro a mi lado. Que le espeluznaron los cabellos. Que el canto era algo jamás escuchado: melodioso, tan dulce al mismo tiempo que triste que verdaderamente hacía

apasionar más al corazón enamorado. Así me pasó con este carajo Disculpe señora por la palabrota que acabo de lanzar.....”

Cuentan quienes escucharon este relato que, por rara coincidencia, sintieron al mismo tiempo un fuerte movimiento de tierra. Aquí fue Troya, tambero....

“ No, por Dios. No es verdad que yo haya dormido con el Diablo. Fue solo un sueño muy pesado que tuve aquella noche. Nada más....” agregó, santiguándose y cayendo de rodillas al suelo.

Guaranda, 25 de noviembre de 1.974

LOS FANFARRONES

Estamos seguros, segurísimos que estos elementos conocidos en todas partes con la denominación del título que antecede pululan como moscas por doquiera en nuestras provincias. Estamos por creer que no existe una sola que se pueda decir es la excepción. Unas más, otras menos, todas son poseedoras de este elemento jactancioso que diariamente sabe regalar al vivir provinciano momentos de sana alegría como para hacer olvidar las acritudes de esta existencia tan complicada diariamente a causa de corrientes de civilización y de cultura que le agitan por doquiera. En veces proporcionan también momentos de verdaderamente indignación, sobre todo cuando quienes les escuchan, en tales horas han caído bajo las influencias de Marte, que los griegos le solían llamar el Dios de la guerra y del mal humor. Cólera, mucha cólera al escucharles lanzar, fuera de todo cálculo dimensional, expresiones alejadas de toda realidad, dada su condición misma de pobres diablos que, caros son para ser considerados como simples ciudadanos....

Por donde que hemos ido nos habremos encontrado a estos elementos pintorescos que en verdad entretienen a quienes que por casualidad o que se han topado en calles, parques, caminos o avenidas. Pues que, generalmente son vagos sin oficio ni beneficio alguno. Andan diariamente de arriba para abajo fuera de sus casas si acaso tienen propia. Por nada de la vida les agrada estar reclusos en ellas por que ahí no encuentran campo apropiado para ejercitar sus actuaciones que les están dando personalidad inconfundible de hazmerreír por todo cuanto conversan, sin ton ni son, a quien o a quienes han logrado hacer interrumpen el paso en el camino que llevaban.

No sabemos cómo ni dónde tienen recursos económicos para vestir siempre elegantes. Ternos bien armados y a la moda, la última moda. Zapatos bien lustrados, sean negros o cafés. Lo que si, camisa y corbata, que nos perdonen estos amigos; la primera, habiendo sido blanca, tornada a medio crema, la corbata, escapada de algún calzonhuatana de cualquier niño bien, descendiente de familia rica en pergaminos y más títulos de nobleza criolla. Corbata de lazo que de puro andar componiéndose en la calle a que el nudo esté recto en el cuello. La tienen lustrosa o tornasolada. Pañuelo al bolsillo del pecho. Cómo le iba a faltar esta prenda que relieves la elegancia del que lo porta, aunque la parte central no soporte una sonada más de la nariz. Y, por fin: si de perfume se trata, de los mejores y por consiguiente de los más caros, no les puede faltar para así andar derramando olor agradable a su paso....y así elegantes.... Modelos que establecen la moda masculina en la ciudad natal, los encontramos siendo los primeros en brindar atento saludo al forastero, ante quien aseguran haber sido amigos desde hace muchos años, dejando así sin palabra que contestar al viejo conocido, aunque sean pocas horas o días, si es extranjero que por primera vez haya visitado el lugar. Son los primeros también que ofrecen sus servicios, caso de necesitar alguno, pues que son íntimos amigos del Sr. Gobernador, del Sr. Gerente del Banco, del Sr. Intendente de Policía, de los señores rectores de cualesquiera de los colegios, y, hasta del Sr. Obispo, del cual es su consultor, sin cuyo consejo no puede hacer nada en la diócesis que administra; pero ni una simple fiesta de las hijas de María. Según estos elementos, todas las autoridades, así del orden civil como militar y eclesiástico, a una simple petición que ellos hagan están para atender favorablemente y de inmediato. Débese esto a que aseguran pertenecer a la florinnata de la sociedad. Son descendientes de héroes de la Independencia, parientes de tal estatua o de tal busto, si no hay en la ciudad, aunque sea de las que hay en Quito o Guayaquil. Todo esto si acaso no les liga lazos estrechos de

parentesco con los fundadores de la Provincia: pues que son parientes por consanguinidad o siquiera por afinidad, y a quienes, sus papacitos o mamacitas les enseñaron a decir, cuando aún eran niños, “*ser hermanos de pila*”, puesto que como ellos fueron bautizados en la misma iglesia donde se conserva aún el mismo depósito para dicha ceremonia.

En el campo de los amores!. Toda ponderación es nada de cuanto dicen ser y hacer al mismo tiempo. Quienes como ellos para ser correspondidos por las mejores muchachas de la ciudad. Con ellas estuvieron en bailes, cumplidos sociales que tuvieron lugar por tal o cual motivo. Como las cartas de amor que ellos escriben, nadie ni los mismos literatos especializados en tan delicada materia que se contiene en el libro “Secretario de los amantes”. Y al respecto vamos a referir lo que sucedió a un pájaro de alto vuelo de estos.... Cierta día, una muchacha le había solicitado obsequiara a ella una novela de amor. Nuestro don Juan fue a una librería y adquirió de la misma colección que se había editado su “Secretario de los amantes” que poseía y lo anduvo a cargar. Puso al bolsillo y se encaminó a entregar a la chica que esperaba leer con marcadas manifestaciones de ansiedad. Por rara coincidencia, el ejemplar lo había puesto en el mismo bolsillo que guardaba el Secretario en referencia. Se encontró manos a boca con ella, y, turbado por no se qué acontecimiento que tuvo lugar cerca, metió la mano al bolsillo, sacó un ejemplar y entregó de inmediato, ejemplar que acto seguido guardó en la cartera. Ya en su casa la muchacha, al hojear con avidez la obra, se encontró con el título “Secretario de los amantes”, donde halló, apenas con algunos cambios de palabras, copiadas todas las cartas que hubo recibido durante todo el tiempo que mantuvo amores con él. Era tarde cuando el fanfarrón se hubo dado cuenta del cambio sufrido al hacer la entrega. Listo como era, no le faltó su inventiva: decirla a ella que la obra era editada por él como autor. Que no llevaba su nombre sino su pseudónimo que era nada menos que el que ostentaba el libro.

Ricos, buenos mozos, nobles, inteligentes, sociables, necesarios, elegantes que, como ellos nadie viste, todo, todo son menos normales estos anormales llamados fanfarrones que, si metidos en política, porque no quieren no aceptan ministerios, gobernaciones, gerencias de bancos, cargos públicos bien remunerados.. “*Qué – dicen – estar de subalternos de una cáfila de chapetones, tontos, esbirros que sirven a todo gobierno, sea liberal o conservador. Comunista no, porque ese partido no ha de venir porque sabremos oponernos a que venga a redimir al indio, al cholo, al mestizo que nacieron para servirnos siempre.....*”

Guaranda, 27 de noviembre de 1974

GOBERNANDO MI CASA

Cuadro dramático provinciano en un solo acto

Augusto César Saltos
Guaranda - 1974

PERSONAL QUE INTERVIENE

Juan	50 años de edad (Padre)	
Jaime	18 años	} Hermanos hijos de Juan
María	17 años	
Inés	16 años	
Marieta	15 años	
Carmen	14 años	

ESCENA 1

Inés, Carmen y Marieta visten muy elegantes. Cada cual se arregla. Se pintan ojeras, labios. María sentada en una silla lee una revista. Lleva vestido de dentro de casa.

- Inés.- Apuren hermanitas que nos hacemos tarde.
Carmen.- En realidad: en casa de Cuquita ya deben estar todos los invitados.
Marieta.- Según dicen, el cumpleaños de nuestra amiga va a celebrarse con mucha pompa.
Inés.- Bueno: tú, María, no nos acompañas?
María.- Yo aún no puedo decir nada porque no he solicitado permiso a papá.
Inés.- Eso no mas faltaba que nos responda esta anticuada. Permiso de papá! Como si en la actualidad hubiera tiempo para estar solicitando permiso...
Marieta.- Hemos ofrecido ir, y, con el tal permiso o sin él que, desde luego no hay para qué, tenemos que cumplir con nuestra palabra que dimos...
Inés.- Por manera que, según nuestra obsoleta hermana, si nuestro papi no nos concede el permiso, no vamos....
María.- Ese es mi parecer, hermanitas de la nueva ola....
Marieta.- Entonces ni para qué hablar a nuestro hermanito Jaime, solicitando nos acompañe.
Carmen.- Para qué. Semejante santurrón introvertido. Seguramente que él dirá: "Sin la venia del papá no se puede dar un paso fuera de casa".
Inés.- No! No hay para qué pasar por momentos tan desagradables. Nos iremos las tres y punto final....
Marieta.- Vamos... (*Preparándose para salir a la calle*).

ESCENA 2

Las mismas, más Juan y Jaime que entran

- Juan.- Y para dónde están de viaje, mis hijitas? Tan guapas, tan elegantes, tan bonitas?
Inés.- Papito: vamos al cumpleaños de Cuquita....
Carmen.- Nuestra entrañable amiga nos ha invitado....
Marieta.- ... y hemos aceptado ir a la fiesta....

Juan.- Qué bueno... Así que, se van al cumpleaños de Cuquita.... Pero antes que salgan quiero preguntarles algo de mucha importancia: mis hijas... Tienen ustedes, padre?

Inés.- Sí, papito. El cielo aún nos depara esa felicidad: conservarlo con vida.

Juan.- Entonces, me dirán ustedes, cuando aún se tiene padre a quién es necesario solicitar permiso para salir a la calle y mucho más cuando se trata de ir a fiestas?.....

María.- Eso he dicho yo, mi papá. Por eso verá que no estoy arreglada como ellas.

Juan.- Es lo racional. Lo que manda el cumplimiento del deber que tienen las hijas respecto de sus padres.

Inés.- Eso es así, papito. Pero hay circunstancias en la vida, como en la presente, que ese permiso lo hemos dado por concedido.

Carmen.- Por concedido ya que a nada malo vamos...

Juan.- De manera que, sólo cuando se va a algo malo hay que solicitar permiso.

Marieta.- No queremos decir eso, papito. Lo que, lo que queremos decir es que, nada tiene de malo que vayamos al cumpleaños de nuestra amiga Cuquita que tan buena se porta con todas nosotras.....

Juan.- Algo más: suponiendo que se hubiesen ido sin mi permiso, con qué representante de esta casa se iban tres niñas solas?

Marieta.- Solas que mal acompañadas...

Jaime.- (Exaltado) Se fija, papá el cinismo de estas nuevas oleras!... Bien dicen por ahí que está muy cerca el día del Juicio.....

Inés.- Quién te invitó que hables!... Bueno: nos estamos atrasando de llegar. Con perdón, papito, que nos vamos.... (Tratando salir)

Carmen.- Si, papito...

Marieta.- Nos vamos, papito. Con su perdón....

Juan.- (Sumamente disgustado) He dicho que nadie se mueve hoy de aquí, sin mi permiso....!

Inés.- Nos vamos, papito...

Carmen.- Le estamos solicitando permiso, papito. Nos vamos.

Jaime.- Exijo respeto y consideración para nuestro papá....

Juan.- No hay necesidad de tal exigencia, mi hijito. Solo soy suficiente para hacer respetar mi autoridad de padre. He dicho que nadie se va y hemos terminado...

Marieta.- No es posible, mi papito que quedemos mal después de haberla ofrecido ir.

Carmen.- Con seguridad que a estas horas nos están esperando.

Inés.- Tenemos que ir. Nuestra sociedad, nuestras amistades, nuestra palabra nos obligan, papito.....

Juan.- Y mi autoridad de padre, me ordena que no! No se irán....!

Marieta.- Pues, si no nos permite que vayamos y nos hace quedar mal, en tal caso nos veremos en condiciones de optar por cierta resolución que le hará llorar toda la vida....

Carmen.- En verdad: todas optaremos por ello y se quedarán tranquilos.

Inés.- Qué vergüenza no ir cuando todos nos esperan. Pues, realizaremos lo que ha dicho Marieta.

Juan.- Pueden hacer lo que les convenga, pero no irán. Y, de resolver lo que piensan y ya me imagino, esos cadáveres desnudos serán arrojados al basurero para que les devoren los perros. Eso si no les hago colgar,

también desnudos, en los árboles para pasto de las aves de rapiña. Ya saben: esa es mi resolución... (Saliendo).

ESCENA 3

Todos, menos Juan.

Jaime.- Pero, hermanitas....
Marieta.- Ya.... Te callas tú....!
María.- Hay que ser razonables, hermanitas....
Carmen.- (Interrumpiéndola) También te callas tú....
Inés.- Y mejor sería que nos dejen solas.... Hijos ejemplares....
Jaime.- Vamos, María. Hagan lo que les convenga, nuevas oleras..... (Saliendo)

ESCENA 4

Todas, menos Jaime y María.

Marieta.- Pero oyeron lo que dijo el papi?
Carmen.- Es capaz de realizar lo que dijo....
Inés.- Ya me imagino: nuestros cadáveres arrojados en la quebrada o colgados en los árboles, y, lo peor: desnudos!!!!
Marieta.- Qué vergüenza, hermanitas: exhibiéndonos así las tres hermanas.
Carmen.- Sería un espectáculo macabro, vergonzoso y ejemplarizador...
Marieta.- No. No. Ni para pensar en ello....
Carmen.- Después de todo, yo creo hermanitas que estamos completamente equivocadas al haber tomado una actitud tan descabellada como ésta. Me parece que debemos rectificar nuestro procedimiento que no es de gente culta y educada. Bien dice nuestro papi: tenemos un deber para con él: reconocer su autoridad....
Inés.- Pero, de veras. De puro gusto a quizá capricho, haciéndonos un problema irresoluble solo por no haber tenido un poco de tino.
Marieta.- Así es. Nuestro papi no es el intransigente que nos está negando porque sí. El sabe hacerse respetar como autoridad de la casa. De otra manera, cómo sería la organización de esta casa? Sobre todo hoy que los hijos, descarriados del verdadero camino a seguir, quieren hacer lo que a bien lo desean.... Nada perdemos con dar un paso atrás.
Carmen.- No hay para qué continuar con estas discusiones. Ahora, lo importante es que vayamos donde nuestro papi, le pidamos que nos disculpe nuestro proceder que hemos tenido, y

Inés.- Nos perdona nuestro descabellado proceder y nos manda a todos al compromiso....
Marieta.- Debemos ir siempre con su autorización. Entonces irá también Jaime y María, que resultan ser los que mejor piensan que nosotras....
Todas.- Sí... sí... Vamos pronto para no llegar tan tarde.... (Saliendo)

CAE EL TELÓN....

EL VATE

¿Quién, pero quién, siendo guarandeño no conocerá al Vate en Guaranda?. Lo conoce el viejo, lo conoce el joven, lo conoce el niño. Todos le conocen aunque no quieran conocerlo porque así somos de egoístas.

Pero cómo no van a conocer a este personaje tan simpático y por consiguiente tan querido y considerado, en todas partes por donde ha ido. Qué guarandeño, fuera de la tierra natal, podrá no acordarse alguna vez de este ciudadano que, aunque quiera olvidar, sus amigos que los tiene y muy distinguidos en la mayor parte de las provincias del Ecuador, no lo permitirán nunca. Amigos de importancia los tuvo y los tiene por todas partes. Entre los que tuvo: Miguel Costales Salvador, Luis Alberto Falconí, Julio H. Endara, Miguel Ángel León, Félix Valencia y tantos otros que no recordamos. Todos estos han fallecido. Pues estos amigos cuando se encontraban en Quito con algún guarandeño, lo que primero preguntaban era: “*Qué es del Vate*”. Todos estos amigos y colegas porque al igual eran periodistas y literatos, cuando venían a Guaranda averiguaban del Vate puesto que con él la visita les sería más halagadora, más entretenida, las horas les parecerían cortas, tan cortas que serían capaces a querer detener la marcha del tiempo. El Vate se iba a Quito. En cuanto llegaban a tener conocimiento, sus amigos le cernían buscando por todas partes, principalmente en los hoteles hasta dar con él. Y saben ustedes las señales que daban a los empleados para que lo identifiquen?. Al dar los nombres y apellidos paterno y materno que acostumbra llevar con mucho orgullo, agregaban: “Es un señor bien presentado, alto, elegante, prosa caballeresca en el andar y todo un señor de capa y espada”. El empleado no demoraba mucho tiempo para contestar: “Aquí hospedó este señor”. Efectivamente salía Vate a saludar con sus amigos que lo esperaban para de inmediato encaminarse a un salón donde **trasegando**, como ellos solían decir, hacer renovaciones de estrecha y eterna amistad... Siendo Vate quien, desde esos momentos piloteaba al grupo. Escuchad la palabra de Vate que, en cierta ocasión tuvimos oportunidad de oírle llevar a sus caros amigos: “*Camaradas en el arte del buen vivir – elevando en lo alto su diestra que sostenía una copa de licor – Vengo desde lejanas tierras semitropicales que por muy poco no besan las aguas del caudaloso Guayas. Vengo desde esa zona templada donde surge enhiesta la caña de castilla que milagrosamente, nuestro viejo montubio, hace destilar esta sustancia gris sin la cual el cerebro del hombre que no la tome, nunca puede producir ideas.*

Vengo para estar con vosotros que formáis conmigo el sostén político, económico y artístico de esta Patria plagada de chapetones y bellacos que no pueden comprendernos lo que en realidad somos y cuanto valemos los que a diario, renegados por esa incomprensión, ingerimos para adormecer tanto dolor y tanta angustia, esta sustancia gris, néctarpreciado de los dioses....”.

Y tratándose de política, no podemos decir que Vate no haya estado formando parte de algún partido en el Ecuador. Como hombre inteligente y culto, por lo menos, tenía que militar en el Liberal. Como tal: un día cuando arribó a Guaranda el Dr. Velasco Ibarra, no obstante que no era su partido, embalconado también se hallaba, casi junto al Presidente que vino a visitar la ciudad. A todos llamó la atención que él se encuentre allí junto a los velasquistas. Se dieron los saludos al Magistrado. Vate trató dar su discurso leído. Sonó la silbatina de los velasquistas que se encontraban en la calle y no se le permitió que hablara. No lo permitieron esos aspirantes al Presupuesto. Creyeron iba a solicitar participación. Todo lo contrario deseaba Vate. Quería **sacar los cueros al sol** de cuantos neo-velasquistas que hasta llegaron a creer que el viejo destructor de la unidad nacional debía ya proclamarse emperador.... Vate indignado por semejante

silbatina, tan sin razón, paseando caballerescamente, decía a sus amigos: “*Quise poner los puntos en las ies. Mi lengua no tiene hueso. Traté decir verdades, pese a quien pesare, pero no me dejó esa partida de bellacos y chapetones..... Pues, diré por la prensa. Soy periodista de combate. Para ello, desde antes he fundado tres periódicos, semanarios: El 15 de Mayo, La Unión, y, Unión y Progreso*”. Y efectivamente, al cabo de algunos días se publicaba ese discurso en uno de los diarios de Guayaquil, cuya lectura hizo decir al Lic. Leopoldo Benítez Vinuesa. “He leído un discurso escrito en buen castellano”.

Y este calificativo de Vate me diréis a qué obedece. El os va a satisfacer: “*Cuando yo estudiante en el Colegio Mejía de Quito, este Colegio convocó a un concurso de poesía entre estudiantes de Sexto Año. Tomé parte con un poema dedicado al 2 de noviembre. También lo hicieron mis compañeros: Guillermo Burbano Rueda, Félix Valencia y otros que no recuerdo. El tribunal lo integraron: Abelardo Moncayo, como Rector, Alejandro Andrade Coello, Primitivo Yela y Tomás Russó. Dictado el veredicto, en el Teatro Sucre recitamos los tres, cada cual su poema, pues hubo medalla de oro para tres triunfadores. Al recitar el mío, toda la concurrencia, de bote a bote llena del local, prorrumpió a una sola voz: ESTE SI ES VATE. No hubo más: desde aquel día, yo no sé hasta cuando se me continuará llamando el Vate. Vate que con el pseudónimo de AMAS que responde a Angel Miguel Arregui Saltos, durante muchos años sirvió en Guaranda como corresponsal de “El Día” de Quito, mi querido amigo. Esto fue ayer. Hoy triste y atormentado con esta vejez que la llevo a cuestras, deseo que me escuche algo que me ha quedado de mi juventud que tanto añoro se me haya ido para siempre. Entonaba al piano un pasillo que lo había compuesto él. Lo ejecutaba como un verdadero maestro en el arte. Desde la edad de cinco años – agregaba – he venido tocando, tanto que, el Viejo Luchador, Eloy Alfaro, cuando Presidente de la República, viéndome en esa edad tocar, le había ofrecido una beca a mi madre, la misma que, luego de agradecerle, no aceptó porque no quería que yo me ausente de su lado*”.

EL INDIO PUNCHES

Los huambros de aquellos tiempos, lejanos hoy, ya habíamos oído hablar del Indio Punches que en realidad no era indio, pero que por antipatía, no sabemos por qué, la mayor parte de la gente lo llamaba así. Y queríamos conocerle porque nos habían ponderado de su valentía: *“Es hombre que no teme a nadie en la vida, ni aún a la muerte misma en el campo de batalla. Con un fusil o con un machete en sus manos siempre sabe colocarse a la vanguardia de las fuerzas de combate. Para los puñetes, cuando se ofrece, no es ponderación, él solo se vate con cuantos se presenten a pelear con él. Este indio cuando saca el revólver no es para amenazar solamente sino para disparar y lo dispara al bulto de quien le provoca, pues que no obstante su valentía, sin embargo nunca busca pelea a nadie. Para él siempre la defensiva, característica de los valientes. Pero defensiva hasta vencer a morir, por haberle buscado. Se le ha visto muchas veces, de un solo puñete soñarle al contrincante que lo ha aventado tres o cuatro metros distantes. Quienes le conocen desde muchacho, aseguran que se **cuelga tres bien rayados**. Todo un hombre este indio. No es de creer, pero nos consta que en las haciendas ganaderas, cuando está él, los dueños no tienen necesidad de muchos peones para marcar al ganado. Los toma de los cuernos y ganado al suelo hasta poner el fierro. Por todo esto creen las beatas que se halla compactado con el Diablo. Y cara de Diablo tiene el indio bandido.... No obstante es católico, curuchupa y brazo derecho de los conservadores que quieren arrancar el Poder a los liberales. Arrancar el Poder con oraciones y papeletas, lo que no agrada a Punches que aconseja **hacerlo a sangre y fuego porque esto reconforta la moral del combatiente**. Y por lo mismo que es valiente, desalmado, es de temerle que se ponga en contacto con los indios piojosos de algunas haciendas y les abra los ojos con sus prédicas de redentor de su raza. Puede levantarles cualquier día, reclamando las tierras que él sabe decir **les robaron los españoles de la conquista a los aborígenes**. Es capaz de todo este indio que tiene un cuero tan duro que la bala no le puede perforar, cual si se tratara de una roca....”*

Y un día y muchos días más vino llamado la atención de los vecinos del barrio donde él vivía, ver el entrar y salir en su casa de los indios de la Hacienda Cazaiche. Indios e indias portando comedimientos como ser gallinas, huevos, queso y algunas veces hasta un borrego, por todo cuanto se murmuraba entre los vecinos:

“Con seguridad que este indio bandido ya se ha hecho Jefe de los Verdugos como él. Qué estará planeando con tanto indio perteneciente a la Hacienda del pobre Manco. Hacer unos días, entre copa y copa que tomaba con los indios, le oí que se expresaba así”:

“La tierra no es de tal dueño de la Hacienda. La tierra es de ustedes, queridos compañeros. Este Manco que se dice ser dueño es otro de los ladrones como los huiracuchas españoles que les robaron este santo suelo a nuestros antepasados. Tenemos que, por la razón o la fuerza hacer que vuelva a nuestro poder... Ya saben, carajo! Todos ustedes espero que se pongan de acuerdo para una reunión, por la noche, en el páramo donde nadie pueda darse cuenta. Ahí iré yo para hacerles ver la forma como ponerlos de acuerdo a fin de tomarnos toda la Hacienda que no tiene por qué estar en otras manos que no sean las de nosotros. Debemos despojarles a estos tales patrones que sin trabajar se aprovechan de los productos del trabajo nuestro....”

Aquí si cabe aquel decir: *“Dime con quien andas y te diré quien eres”*. El indio ha logrado la confianza de los moscas empleando un lenguaje especial para hacerse entender. Yo le escuché que les decía: *“Sólo el que tenga los lulunes bien colgados y sepa fajarse bien el calzón debe venir. Aquí no necesitamos maricones sino hombres*

valientes que no tengan miedo matar o morir en el combate. Ya saben ustedes que, quien se mete conmigo, pedazo de cojudos, tiene que acompañarme hasta el final, es decir para celebrar el triunfo, carajo!!!” Y a todo cuanto: “Triunfo. Triunfo. Triunfo”, coreaban los verdugos..... Probado pues que el indio les ha pervertido a los conciertos del Manco.

Si es de oírle las proclamas que se lanza el indio a los colegas, indios como él. “Camaradas de lucha – les dice – quiero que sepan ustedes que, estas tierras que hoy estamos pisando fueron de nuestros antepasados a quienes les robaron los barbudos que luego asesinaron a nuestro Emperador Atahualpa. Nuestra obligación es, por tanto, hacerlas que vuelvan a nuestro poder, y por los medios que podamos. Si es posible, matándoles a estos desgraciados, caso de resistirse a entregarnos. Todos a la acción: hombres y mujeres, con las armas que podamos conseguir. A vencer en todo caso, y, a morir si acaso Dios no nos ayuda. Es preferible morir combatiendo que morir de rodillas y muertos de hambre. No hemos nacido para esclavos. Que sepan bien estos cojudos de mierda, carajo!!!!”.

.....
Y así fue que un día, dando cumplimiento a lo acordado de antemano, todos los indios de la hacienda Cazaiche y sus alrededores, incitados por el clamoroso tañer de unas cuantas bocinas: machete en mano, garrotes, piedras, vetas, y, uno que otro portando armas de fuego, bajaron desde las alturas al grito de TIERRA Y REDENCIÓN PARA EL INDIO. Invadieron la casa de Hacienda que la encontraron sin nadie. Tomaron un rebozo color rojo que portaba una india y lo izaron en lo alto del edificio, cantando en coro:

*Esto era nuestro y nuestro sigue siendo,
pues nunca más esos ladrones blancos
podrán gozar de esto que les robaron
a quienes fueron nuestros antepasados.*

Por unas cuantas horas, pero menos de doce permanecieron posesionados de la casa de Hacienda, ejercitando también actos de dominio en sus tierras. Celebrando el triunfo tomando una que otra copa de aguardiente y muchos mates de chicha que, sumamente contentas brindaban las huarmis a los vencedores. Punches no dejaba, por un instante, con su oratoria aguardentosa de levantar el ánimo combativo y encender el entusiasmo de la indiada que siquiera en parte ya se creía redimida....

.....
Mientras tanto en Guaranda la ciudadanía se hallaba preocupada por los decires que circulaban por todas partes, cada cual de ellos completamente alejados de la realidad, pero que estaban influyendo poderosamente ante las autoridades y gente pudiente, más en contra de los indios que del dueño de la Hacienda y familiares. Aquí algunos de los decires que había traído el Correo de Brujas:

“Cierto. Ciertísima que al Manco le han castrado los indios. Le han puesto sal en la herida y le han arrojado en un chiquero a que le devore una gran partida de puercos que ha tenido de engorde....”

“Los indios encabezados por el famoso Punches dizque han vaciado no más, la casa. Luego le han ahorcado colgándole en una de las vigas. Algo espantoso lo que el Indio ha obligado a cometer a los indios conciertos de la Hacienda”.

“Yo de Gobernador – decía un viejo curuchupa dueño de hacienda – le cogiera al verdugo del Punches y le hiciera cortar los tres ovoides....” “Los tres huevos querrá decir, señor” – Le interrumpió una monjita de la Caridad que a tiempo pasaba por ahí-. “He dicho ovoides porque pecado es decir como lo ha dicho usted, madrecita”.

“Pero qué indios para criminales. Bien dicen que el indio siempre es enemigo del blanco y como tal, cuando se le ofrece comete atrocidades contra éste. Aseguran que han dado muerte terrible a la mujer, a los sirvientes. Luego han despedazado los muebles, han regado gasolina y prendiendo fuego han arrojado ahí los cadáveres...”

“No hablen pendejadas de puro gusto... A los pobres indios, el Manco bandido les vivía explotando toda la vida y ya cansados de soportar tanta ignominia han tenido que levantarse, y, claro está: lo han hecho capitaneados por el gran Punches que nada y ni a nadie teme. Ojalá todos nosotros nos convirtiéramos en Punches para liberarnos también de quienes nos oprimen. Lo único que han hecho es entrar a la Hacienda, tomar posesión de ella. En cambio, él hacía de marcarles en las nalgas a los indios, con el fierro de la Hacienda”.

“Si aseguran que el Punches trata proclamarse emperador de los indios que ciegamente le están siguiendo. Tontos que están arriesgando la vida porque la Policía dizque va a ir para a punta de bala obligarles a que respeten la ley y el orden impuesto por la Civilización Cristiana...”

“Yo de Punches, antes que vayan los chapas muertos de hambre a robar y a matar, al Manco explotador le atara de pies y manos y le arrojara así por la noche en medio páramo a ver qué le parece lo que él siempre hace con los pobres indios: desnuditos, tras una fuerte paliza, les hace amanecer trincados a un poste, en pleno tiempo de nevada”.

“Queridos hermanos en nuestro Señor Jesucristo – decía desde el púlpito un santo sacerdote – Ábrase visto que unos indios encabezados por ese famoso bandido de Punches, que bien le dicen ABORTO DEL INFIERNO, ENGENDRO DEL LIBERALISMO, haya ido a asaltar la Hacienda Cazaiche, propiedad de ese virtuoso hombre protector infatigable de nuestra Santa Madre Iglesia Católica? Y por qué no nos levantamos en masa todos los católicos para pedir al Gobierno esa cabeza maldita de este mal cristiano que está abriendo los ojos y los oídos de quienes antes han venido trabajando humildemente la tierra?. Sepan ustedes que si no nos movemos a tiempo para respaldar a los dueños legítimos de la tierra, ya lo verán como este mal ejemplo van a continuar los demás indios que no para otra cosa sirven en la vida sino para trabajar la tierra y hacerla producir para atender a nuestras necesidades... Qué estuvo para suceder, Señor, Señor Dios de los Ejércitos Celestiales, envía por piedad Vuestra Legión de Ángeles para que extermine a tiempo tanta maldad. Elevemos una oración a Dios para que ilumine al Gobierno mandar un destacamento de Policía para que liquide a estos verdugos malvados que han sembrado el terror en la Hacienda. Todos de rodillas pidamos que sobre Punches y toda su indiada se ciernan toditos los males del Infierno...”

El Jefe de Policía, un borrachín consuetudinario que la noche anterior había amanecido jugando la pinta y hasta había empeñado el machetillo con que hacía la guardia, para pagar la pérdida en el juego, antes de partir al lugar, impartió a la escolta las siguientes instrucciones: Ninguna consideración para estos verdugos. Hombre y mujeres, sean de la edad que fueren, exterminarles a punta de bayoneta o bala. Esta es la orden superior, mejor dicho que ha dado mi Comandante. Castigo ejemplar cosa que para mañana no haya imitadores. Al indio del Punches, si es posible respetarle la vida, pero darle palo hasta inutilizarlo en sus actuaciones. Lo queremos vivo para en la cárcel ver qué hay que hacer con este bandido. Ya saben ustedes: hay que cumplir la orden. En lo demás....., dejo a la voluntad de ustedes para que procedan como mejor les parezca....

.....
“Toma puñetero...”

“Toma verduga gramputa....”

“Maten no más a esos longos para que mañana no sea como los taitas: asaltadores y levantiscos...”

“No importa que esté herida la verduga. Remátale a bayonetazos para que sirva de escarmiento...”

“Toma Jefecito! Toma soliviantador de indios: indio ladrón. Traigan la veta para trincarlo y llevarlo vivo a Guaranda. Allí le exhibiremos como a animal raro al hombronazo de tres huevos...”

.....
Por el viejo camino de herradura que conducía de Cazaiche a Guaranda, dirección a la ciudad, atado a la cola del caballo en que montaba uno de los agentes de policía, bien amarrado los brazos hacia atrás, semidesnudo iba Punches, hecho un guiñapo de carne humana ensangrentada. Paso a paso y soportando callado los golpes de puño o puntapiés que le propinaban de cuando en vez los policías avanzaba a la ciudad donde la gente esperaba ver al “bandido”. Avanzaba en medio de comentarios que eran festejados con sarcásticas risotadas:

“Bueno, compañeros: la verdad es que yo no desperdiicé un solo disparo...”

“Yo tampoco: de los diez que me entregaron, todos fueron bien empleados. Cayeron heridos y muertos, indios, indias y longos...”

“A una india que cargaba a la espalda un guagua longo, cuando corría al escape, le alcancé con el disparo que ambos cayeron para siempre...”

“A una india que me pedía de rodillas que no le mate, le hundí la bayoneta en todo el pecho”.

“Yo – decía otro policía a su compañero, acercándose bien a la oreja – me comí a una linda longa que la encontré escondida en uno de los cuartos de la casa de Hacienda. Le perdoné la vida...”

“Y ahora sí, mi Jefecito: por esta comisión tan bien cumplida por todos nosotros, bien merecemos un ascenso... Toditicos no hemos desperdiciado un solo cartucho...”

Indio alguno que sea conducido preso aquel día no hubo. Sólo Punches era el que, ante las miradas agresivas y condolidas a veces de los espectadores apostados en las aceras de las calles, cojeando un tanto, pero con la cabeza levantada ingresaba al Cuartel de Policía. Una minoría de la concurrencia, también apostada en los balcones aplaudía a la escolta que orgullosa y sonriendo contestaba a los aplausos. Eran nada menos que hacendados y propietarios de tierras que tenían, quién sabe cómo...

Al siguiente día y en los subsiguientes hubo intenso movimiento del Manco en la Gobernación, en la Intendencia, en el estudio de conocido abogado auspiciador de defensa alejadas de la justicia. Unos días más y toda la ciudadanía sabía que en el Cuartel de Policía se hacía una gran fiesta donde se servían las autoridades del orden administrativo y el cuerpo de Policía, una maltona obsequiada con el Manco.

Sorpresa causó a la ciudadanía, un día tal y a los pocos del acontecimiento en Cazaiche, verle a Punches solo encaminarse al Hospital en busca de atención médica. Comentándose entonces que, por gestiones del mismo Manco, fue puesto en libertad incondicional ya que toda la indiada de la Hacienda se había negado a continuar trabajando, ni aún bien pagada, sin dejar de advertirle que, caso de no ponerle en inmediata libertad al Jefe Punches, el momento menos dado atacarían la Hacienda, la incendiarían y no dejarían piedra sobre piedra como recuerdo de lo que fue....

- Carajo – decía Punches, unos años después, paseando con algunos amigos – que sepan estos pendejos de los gamonales explotadores que, mañana o pasado, la sangre derramada de más de veinte indios compañeros míos es la semilla de redención que hemos regado en esta Provincia. Semilla que fructificará pronto porque no es posible

que tanta ignominia de los pudientes continúe cerniéndose sobre la vida del indio que es el único que trabaja, que es el único que come el pan con el sudor de la frente, el único que no respeta soles, lluvia, vientos, heladas y cuantas otras pendejadas que diariamente atormentan al trabajador del campo. Yo ya estoy viejo, achacoso, no puedo trabajar en mi oficio y por consiguiente estoy pobre. No obstante, no pido caridad para vivir. El día que algo tengo, el día que no tengo un centavo para nada, me paso ayunando. No me humillaré jamás ante ningún pendejo. Quizá solo ante mi Dios que parece se ha olvidado de mí... Llevo mi frente en lo alto y la llevo muy limpia y pura como la nieve de nuestro Chimborazo que fue frío e indiferente testigo de los acontecimientos de Cazaiche. Lo será también del derrumbe final y definitivo de la injusticia y de la explotación en nombre de Dios y de una Ley que le ampara la fuerza... Maldito sea el tiempo que ha vencido a mi organismo hecho para combatir y al fin triunfar....

Hoy, Punches reposa para siempre en el Cementerio de Guaranda, pero vive eternamente en el recuerdo grato de todos los explotados....

LA LIMPIADORA

Tal el título de esta estampa. La Limpiadora tiene que ser y es una mujer. No hemos sabido que haya hombres que tengan esta ocupación. Tiene que ser mujer. La razón para ello no sabemos. Se nos disculpará que no hayamos tratado de averiguarlo mayor cosa. Acaso, nos figuramos obedezca a que esta ocupación es más de carácter femenino porque la mujer siempre está en casa, tiene suavidad, delicadeza, ternura para tratar al niño que es quien más interviene. El hombre, no, porque su carácter mismo no le permite: es fuerte, no tiene la dulzura de la mujer, tampoco la ternura, y, no es fácil encontrarlo en la casa a la hora que se le necesita. Hay tantas características que hacen que se la busque a la mujer para esta ocupación y no al hombre. Y esta mujer limpiadora por lo regular habita en el interior de casa destinada por el propietario a hacerse producir la renta. La pieza que ocupa está localizada en el primer piso, cerca de los servicios higiénicos, por allá en un sitio medio húmedo, obscuro y respirando ese mal olor que brinda la humedad y la falta de circulación de aire puro. Qué decir que siquiera sean empañetadas sus paredes: de adobe limpio, cual dejó el albañil. Que tenga entablado el piso. A suelo limpio y quizá únicamente teniendo una estera de totora hecha harapos de pura vieja. La arrienda en la módica suma de veinte sucres mensuales que unas veces paga mes llegado, otras con atraso de dos o tres meses. Lo hace por pequeñas cuotas y a medida que produce su profesión, habilidad, **don de Dios**, según el decir de los aldeanos.

“Qué habilidad la de la viejita para con una sola limpieza quitar el ojeado, la tzalicpa, el mal aire que producen a su paso los amancebados, esas mujeres de vida aireada, esos cochinos que hacen de mujeres, más conocidos por huarmushas, maricones, amujerados”, se expresa el que menos, ponderando las limpiezas que hace la Mana Rosa, Viejita Rosa que siempre, siempre sabe salvar la vida de los niños, lo que no lo hace el mejor de los médicos. Que aún salva la vida de personas mayores afectadas del terrible mal que no hace durar sino pocos momentos. Qué males, que producen dolor de cabeza, náusea y vómito consiguientes, eso si no se ha suelto en diarrea incontenibles, amén de cubrirse los ojos de lagaña espesa.

Una, dos, tres y muchas veces se escucha sonar diariamente, suaves o fuertes golpes en la puerta de calle para ver si se halla ahí la viejita limpiadora. Si se le ha encontrado en su cuarto, lo que es una fortuna, porque su ocupación siempre la tiene fuera y, ha convenido ir a tal hora a limpiar, recomienda tener listo: flores de toda clase, unas ramitas de manchari, hojas y unos dos cartuchos de flor de guántug blanco, llamado floripondio. De no tener flores de Santa María, llevará ella que con mucho cuidado conserva sembradas en bacinillas, tarros viejos, o cualquier otro trasto inservible como ser ollas, jarras, lavacaros, etc., etc. Para señalar el día, toma muy en cuenta que sea lunes, miércoles y viernes, días que según ella las puertas del Infierno se encuentran abiertas para que la Tentación que es la que más influye a que se desarrolle estos males, pueda entrar de sopetón a los abismos infernales, cuando ella, mediante sus poderes que le ha dado Dios, las expulse del cuerpiño del niño, del cuerpo del mayor y aún de los animales, pues que todos son víctimas del Maligno que orgulloso y siniestro supo revelarse contra el Rey de la Creación. Sólo de ser el caso grave, según su entender, irá a limpiar en otros días. Para casos de estos, tiene procedimientos que le han dado sus tantos años de experiencia.

En el día y hora convenidos, tirada a la mano un canastito que nunca lo desampara se la ve encaminarse al lugar donde se la ha citado. Ella conoce de una en una todas las casas de la ciudad. Es que en todas si no hay niños, lo que es raro, hay mayores que, por lo menos en uno de ellos ha tenido que intervenir. Ahí deben estarlo esperando ansiosos para que haga su humanitaria intervención: limpiar a la persona enferma....

La entrada de la viejecita a la casa del enfermo, es para decir: *“Dónde te pongo Santo”*. Todos absolutamente, le reciben con marcadas manifestaciones de aprecio y consideración. Abrazos, palmoteos, brindada de asiento, y, lo que es más, de encontrarse almorzando o merendando, no faltará para obsequiarle, por lo menos una taza de café con pan de a cinco reales, pero luego de la intervención. No puede entretenerse en otra cosa que no sea la limpia. Reclama un tiesto caliente para abrigar las flores y las hiervas que seguramente están frías, pues que así empleándolas puede traer al enfermo congestión pulmonar o qué ya que la limpia a la persona afectada tiene que hacer un pellejo vivo, mejor dicho, en traje de Adán. Ella pide que le ponga como la madre le parió. Recomienda guardar silencio y solamente observa lo que hace: Toma con ambas manos manojos de flores y hierbas que con el tiempo ha aspergiado agua bendita. Eleva en lo alto, pronunciando estas palabras que son sacramentales a toda intervención de esta clase: *“Señor, espero tu protección y ayuda para que el enfermo recobre su salud. Ampárame, Señor Dios de los Ejércitos Celestiales y haz que el Maligno al escuchar estas mis palabras salga de este cuerpo al que se ha introducido en un descuido Vuestro. Que se hunda para siempre en los abismos infernales...”*

De arriba para abajo y viceversa le frota todo el cuerpo con los montes, demostrando que ella se sofoca. Momentos en que debe dársele una copa de aguardiente, vino, cualquier licor que parece sopla al aire, manifestando que se ha esfumado, pero que no hay tal: lo ha ingerido agradablemente . Se han agotado los montes. Nuevamente eleva las manos al cielo, momentos en que se le escucha pronunciar con toda energía: *“Shugshe Cuco. Shugshe Cuco!... Quién te mandó venir a esta casa santa, a esta casa en que se adora a Dios. Retírate a tus abismos infernales: maldito de mi Padre...!”* – Agregando que, el enfermo está curado. Que lo acuesten abrigándole mucho. Que no le levanten sino al siguiente día, algo arropado. Que en una de las prendas de vestir de la que se le despojó para la limpia, se recoja los montes que se debe arrojar en alguna quebrada solitaria, so peligro que, de no hacerlo así, lo puede coger a quien pasa por cerca, el mismo mal que ha terminado de sacar. Y debe hacerlo mirando siempre para atrás.

Cobra su honorario: cinco suces y se retira, canasto en mano a su húmeda, oscura y casi destartalada habitación.

LOS NACIMIENTOS

En todo el mundo cristiano, desde cuando se sucedió el Nacimiento de Jesús allá en Belén, con marcadas demostraciones de alegría se ha venido celebrando este acontecimiento que marca el punto de partida de una nueva civilización en la tierra. Para celebrarlo se ha tomado en cuenta que, a las 12 de la noche del 24 de diciembre de cada año se debe recordar este suceso. Es una festividad fija que llama la Iglesia Católica. La llama así porque no puede ser en otro día y noche. Bueno: esto es cuestión de historia que nosotros no tenemos para qué entrar a realizar estudios ni cosa que se parezca... No, nosotros solamente vamos a recordar, cómo en tiempos pasados, de que podemos dar cuenta, se preparaban los habitantes de este suelo para celebrar el acontecimiento histórico que ha venido transmitiéndose de generación en generación: la Navidad. Y es el indio y es el campesino, de una manera especial que, son consultar no al almanaque, ni al calendario sabía que se acercaba esta fiesta por los días de verano que hacía no obstante la estación de invierno que se había declarado a principios de este mes. A estos pocos días que cesaba de llover porque en cambio brillaba el sol, lo llamaban el Veranillo del Niño. La Iglesia que es la que lleva cuenta exacta y detallada de sus fiestas, colaboraba en estos cálculos populares y también anunciaba la proximidad de su celebración que la gente no demoraba en acoger para entonces formular sus programas a realizar.

En primer lugar el nombramiento de sacerdotes con el fin de que en forma digna y productiva se rinda homenaje al Niño Jesús. La Misa del Gallo que antiguamente no era tan fácil conseguir de la superioridad eclesiástica autorizará su celebración, no obstante que era un verdadero triunfo para la Iglesia eso que la feligresía, con tanta devoción celebre esta fiesta. Mas, se tomaba en cuenta que estas celebraciones traían como secuela una serie de descatos, pues que, los trasnochadores que no faltan en todo acontecimiento, más en éste que todo el mundo se cree con derecho a ingerir mucho aguardiente, nunca no podían no entrar al templo, y, a los acordes de la música: san juanes, cachullapis y los conocidos villancicos, **convertir a la Casa de Dios** en sala de baile y diversión, amén de la tocata escandalosa y desconcertante de cornetines, pitos y esos silbadores trabajados con carrizo, por los muchachos que no tenían cinco centavos para adquirir un extranjero. Como complemento de todo esto teníamos los nacimientos que, una o dos personas devotas tenían por costumbre invertir fuertes sumas de dinero en adquirir todo lo habido y por haber para presentar su compostura con los mejores atractivos para que sea visitado por la gente curiosa...

Había en la ciudad de Guaranda una señora de apellido Larrea de Carvajal, distinguida matrona de nuestra sociedad. Matrona por el adorno de múltiples virtudes: su carácter afable, llano, sincero y social como no había otro mejor, era la que con unos dos o tres meses de anticipación a la fiesta, se dedicaba con sus bellas y encantadoras hijitas a la labor de componer el nacimiento. Una gran sala que en la parte más alta localizaba el Pesebre donde se hallaba acostado el Niño Jesús en medio de San José y la Virgen, a sus lados y un tanto más bajo una vaca y una mula que con su resuello abrigaban al recién nacido a que no atormente el frío del invierno. Más bajo ciudades, pueblos, caseríos, campos, montañas, etc., etc. Las ciudades con todos los adelantos de la ciencia. Recordaos que en el año en que se suscitó la Primera Guerra Mundial se hablaba de aeroplanos, submarinos. Ahí también en el nacimiento estaban aeroplanos suspendidos y lanzando bombas desde el cielo sobre algunas naciones. Principalmente teníamos en el, las presentaciones folklóricas de cada provincia del Ecuador, sin que pueda faltar lo clásico de la ciudad de Guaranda, la celebración del Carnaval. Las infaltables cochas,

las bandejas llenas de diminutos cascarones, serpentinas, papel picado y por fin las reuniones en casa donde estaban bien imitados comedores, salas repletas de gente, así mismo con diminutas guitarras que sostenían muñecas y muñecos. Lo que más llamaba la atención, especialmente de los niños era el Volcán Sangay lanzando humo intermitente por su cráter. Había de todo, pues, invento que aparecía, ahí estaba bien imitado. La concurrencia en las noches era tal que calle, patio, corredores estaban repletos de gente curiosa que por riguroso turno iba entrando a admirar tanta novedad que se le había ocurrido poner a la señora. Era tan la concurrencia de gente a ver el nacimiento que, podemos asegurar es en Guaranda donde por primera vez antes que en cualquiera otra provincia quedó establecido eso de **hacer cola** para entrar a lugares que tienen que ofrecer tan o cual servicio a la comunidad.

Hoy si se compone algún nacimiento, no es ni para comparar lo que era éste de grata recordación. Algo compuesto con gusto, con arte y con singular deseo de hacer ver a gente extraña a Guaranda, la sincera devoción de la señora para rendir grande y verdadero homenaje al Niño Dios que **tanto se merecía por haber venido a redimir del mal al mundo**, según lo expresaba.

LA MUDITA PURA

Francamente tenemos que decir que no comprendemos la razón o motivo por los cuales se la trataba así a esta mujer cuyo nombre no hemos podido saber hasta hoy cual haya sido. Le decían la mudita Pura, no obstante que sí sabía hablar. Puede que acaso sea porque al pronunciar algunas palabras, trastrabillaba sobre todo cuando se tomaba *“unita, otrita y la del estribo”* que, más o menos le confortaban para entonces defenderse de las acusaciones de orden amoroso que le hacían sus relacionados, más para reír un poco que otra cosa, que, precisamente Cupido, con toda indiferencia, nunca orientó hacia ella su mirada *“tumbadora”*, como solía decir.

Iba a una casa, a otra casa, a muchas casas a visitar puesto que con toda la sociedad guarandea se llevaba muy bien. Y en todas esas casas la recibían con marcadas demostraciones de afecto. Cuando no se tomaba **la unita, la otrita que amortiguan los sufrimientos, y la del estribo que le llevaba derecho al catre...**, era una mujer servicial en extremo. Ella para los mandados de calle; para quedar al cuidado de la casa cuando los dueños se ausentaban por unos días fuera de Guaranda. Ella la que, si no había venido la cocinera, prestaba sus servicios como tal, cocinando unos ricos timbushcas con garrón de choncho, hasta que venga la *“chola voluminosa”*, según su decir. Ella la que acompañaba a las cosechas a las familias hacendadas para seguir tras de los deshojantes de maíz a que no se roben las mejores mazorcas y dejen a los cavadores enterradas las papas para que se lleven las cholidoras; la que iba al río a traer la hierba buena para poner en el yahuar loco y la sangre, cuando se despostaba borrego en casa de sus amistades. Ella la que castraba al perro para que deje de salir, abandonando la casa, a sus recorridos por las noches, en busca de perras que se le brindarían llevadas del instinto de conservación de la especie; la que iba jalada el balde a traer el agua de la pila para los menesteres domésticos. La que insultaba al *“chapa caca, muerto de hambre”* porque se hallaba conquistando a la cocinera de su amistad. La que daba despostando al choncho, en los días de Carnaval, hacía la fritada, embutía los chorizos, la longaniza, pelaba el mote y las papas, preparaba los tamales y los chigüiles, las patas emborrajadas, asaba los cuyes y repartía la comida para la primera, para la segunda, para la tercera y cuartas mesas podía haber en aquellos días. Ella la que decía no le agradaba confesarse y comulgar en Semana Santa porque sabía que, luego de la comunión continuaría pecando. *“Me compensaré y comulgaré – agregaba – cuanto resuelva enmentarme para siempre. Te otra manera, practicar estos sacramentos no es sino encañar a Tios. Y yo no estoy para esto...”*. Ella la que montaba como hombre y a pelo en caballo para ir a entregar recados urgentes a personas que vivían en el campo. La que a los borrachos mal hablados, de un puñete les arrojaba al suelo y les fregaba ají rocoto en la boca para que dejen de hablar bascosidades... Ella la que a los huambros malcriados, cuando se le burlaban les decía: *“Hico e puta, tescraciato. No corras si sois hombre. Maricón. Si te cojo te tasco hasta los cuepos para que no seas patán...”*. Ella la que, cuando a sus señoritas daba sereno alguien que era despreciado por la familia, salía por la ventana y le arrojaba la bacinilla llena de orinas. Ella, la que luego que el General Alfaro entró triunfante a Guaranda, delante de todos le dijo, tras saludarle cuadrándose como soldado: *“Venca mi Vieco le aprazo. Yo no quiero empleo para mi ni mis familiares. Lo que pito es trapaco en el campo, las pápricas, los tacheres. Esto traerá pelicitat para todos amigos y enemigos. Por eto he peleado a su lato hasta rentirles a esos moquicatos curuchupas que creen que porque mucho retan y quemar espermas a los santos, están más cerca te Taita Tios. Yo ca ya me queto en mi tierra para no permitir que los curuchupas pretentan huntirnos*

nuepamente en la oscuritá. El liperalismo ca es luz. Chau, mi Queneral. Continúe atelante...”

Entonces recién se supo la causa por la que se había ausentado de Guaranda, sin hacer saber a nadie. De la noche a la mañana desapareció de la ciudad. No se sabía qué se había hecho. Pues, lo dicho al General Alfaro, nos hace ver que se había ido a enrolar a las tropas que combatía con el Viejo Luchador.

Ella, en fin, la mudita Pura que seguramente llamaba Purificación, la que tomada unas cuantas copitas de aguardiente, y faltándole apenas tres días para morir, con una guitarra en la mano, a medio entonar, añorando recuerdos de días lejanos, cantaba así:

*“Cantanto me te morir,
cantanto me han de enterrar
y cantanto he te chegar
al pie tel Eterno Padre”.*

Y se murió, nomás como una palomita que llora desconsolada de su orfandad, sentada en el árbol pensativo y abatido por el viento helado de la noche.

Pocos, muy pocos recordarán de esta mujer que vivió en Guaranda, hace muchísimos años. Fue conocida por todos los guarandeños de aquellos tiempo. Mujer amiga de todos, enemiga acaso, de uno que otro que quería burlarse de ella por su manera de hablar. Murió de un infarto al corazón. Su fallecimiento fue muy llorado. Exteriorizándose este sentir con el grandioso acompañar que tuvieron sus restos mortales para sepultarlos en el Cementerio donde hoy reposan sin una cruz, sin una flor, ningún recuerdo. Cumpliéndose así lo que también cantaba tomada unos traguitos:

*“Aquí natie chora
ni el piento murmura
tonte sola mora
la mutita Pura”.*

EL CABALLO LOCO

Llamaba Obdulio López este ciudadano guarandefío, vecino nuestro, que desde muy niño le agradaba cabalgar en buenos caballos, prefiriendo los santeños. La costumbre que había tenido desde niño la conservó hasta cuando llegó a contraer matrimonio, tuvo hijos y por consiguiente se hizo a muchas obligaciones que trae consigo este estado civil. Por aquellos tiempos, un caballo de alta calidad no llegaba a costar más de trescientos sucres, y, su manutención diaria no pasaba de costar veinte centavos, puesto que en esta suma de dinero se compraba una carga de alfalfa que servía para que el caballo coma todo el día y durante toda la noche. Del sueldo que ganaba como empleado público, gastaba tan pequeña cantidad y el resto le alcanzaba suficiente para satisfacer todas las necesidades de su familia.

Dos eran las fiestas en que Obdulio López, con mucha satisfacción y hasta orgullo sacaba a lucir su caballo en la ciudad: la del Carnaval y la del 15 de Mayo de cada año. Cabalgando su alazán propio, lo encontrábamos el Domingo de Carnaval, jugando a caballo. Por una calle, por otra calle y por otras calles donde vivían buenasmozas y guapas muchachas se lo veía en momentos haciéndole al caballo en dos patas, con una botella de licor al bolsillo, un canasto al brazo, disparando huevos a los balcones, que en reciprocidad, preciosas muchachas, también arrojaban, si no huevos, cascarones llenos de agua olorosa a Kananga, Glorias de París, Ecclat, Anthea, etc. Con qué elegancia, cuando se trataba de pasar una esquina donde los muchachos tenían la acostumbrada cocha, picaba a su caballo que como un rayo pasaba fugaz, escapando a su amo le mojara alguien con lavacara llena de agua que se le había estancado. Venían los gritos de entusiasmo, los aplausos de los espectadores de semejantes hazañas hípcas que realizaban y que eran premiadas luego por señoritas enroladas en patrullas que en tales momentos lograban pasar por ahí, brindándole no una, no dos sino tres y más copas que le alentaban continuar en su juego tan sano y tan entretenido para él y para todos. Llegaba el 15 de Mayo, fecha recordatoria de la Inauguración de la Provincia Bolívar. En homenaje a los fundadores se celebraban grandes festejos, siendo el número especial, la corrida popular de toros. No podía faltar ahí la figura de Obdulio López cabalgando su alazán bien enjaezado con montura otavaleña, gualdrapa guaneña y freno trabajado por él, sacando lances a caballo que entusiasmaban a los espectadores que, desde tablados y barreras querían tener el privilegio que les acepte un draque, una canela que bien calientitas servían de inmediato el especialista chagra Valencia....

... pero un día, Obdulio López asomó a la puerta de calle de la casa de su padre, cariacontecido, triste, que al más indiferente a querer averiguar la vida del prójimo hacía despertar una curiosidad sin límites, al extremo de inquirirle la razón para hallarse así. Contestándole: *“Mi caballo, sin más ni menos, de la noche a la mañana, se ha vuelto loco, loco de remate...”*. La contestación causó cierta hilaridad para todos cuantos le escucharon. Respuesta que al parecer entrañaba una tomadora del pelo. Mas, su aspecto de marcada tristeza y abatimiento puso, por lo menos en cierta especie de meditativa duda que puede o no ser verdad lo aseverado con tanto aplomo.

Algún muchacho que al parecer andaba indiferente por ahí escuchó aquel decir, y, en pocos momentos más ya no era solamente él sino que muchos huambros lo que pedían les permita entrar a verlo al admirado alazán en esta de locura. *“Cómo, decían, un animal loco. Nunca hemos oído tal cosa. Bien también dicen que el Juicio es muy cerca...”*. Les manifestó que era muy peligroso acercarse siquiera porque se encontraba enfurecido. *“Ve a la gente y de inmediato se acerca a atacarla a manotadas, patadas y*

quería morderla, correteando en busca de escape para luego echarse y revolcar desesperado. Se hallaba suelto en el corral que acostumbraba tenerlo. No lo puede coger para poderlo curar". Era este corral un sitio del tamaño de un solar cerrado por los tres costados, lo que no por el uno que tenía cierra natural puesto que era un talud alto, por lo menos de unos diez metros que lindaba con la propiedad vecina que era baja. Efectivamente los muchachos fueron a convencerse de la novedad, encontrando que el amo no había falseado en nada todo cuento conversó a sus amistades. Todos salieron tristes y muy preocupados por el desgraciado fin que estaba teniendo el alazán para quien guardaban mucho aprecio, aprecio que lo habían demostrado en días antes, llevándole al río a que tome agua, hacerle bañar, palmoteándole, y por qué no decirlo: haciéndole retozar en los potreros de la playa, para luego obsequiarlo un trocito de panela que habían podido tomar a hurtadillas de la despensa de sus padres.

Diariamente inquirían por el estado de salud del amigo. La misma noticia: *"se hallaba desesperado correteando y siempre buscando escape para salirse del corral. Se golpeaba la cabeza contra los muros, se restregaba en el suelo, no se hallaba quieto un solo momento, ni comía ni tomaba agua, estaba secándose diariamente"*. Agregando que, *"su mayor temor era se desbarranque al sitio vecino que estaba convertido en un pedrero de piedra de cantera con aristas filas y puntiagudas"*.

Por fin, una mañana de esas asomó Obdulio López a la puerta de su casa, con pañuelo enjugándose las lágrimas que vertían sus ojos un tanto irritados, y, como tratando aplacar un tanto su enorme pena que sobrellevaba, participaba el desastroso destino de su santeño: *"A eso de la una de la mañana sentí un fuerte relincho y a continuación un ruido seco, sordo. No me preocupé mayormente porque supuse que solo continuaba la locura del animal. Mas, cuál mi sorpresa que, al irlo a ver en esta mañana, lo encuentro que se había arrojado al fondo del precipicio de la vecindad. Seguramente lo ha hecho de cabeza porque está destrozada, sangrando y sin vida. En la cabeza y en el pecho le han penetrado unas cuantas piedras puntonas, que es lo que temía... Al parecer, un verdadero suicidio de mi caballito..."*. Pues, *"hasta en los animales irracionales, se necesita estar loco para suicidarse, mis queridos huambritos....."*.

DON ADOLFITO PAZOS

No le hubimos conocido a este señor. El había existido en esta tierra, en las postrimerías del Siglo XIX y principios del Siglo XX. De ahí que, lo que de él vamos a referir sea a base de cuanto se nos ha contado por parte de personas que le conocieron y le trataron. Nos han asegurado que este hombre era un verdadero santo, pero no de esos santos que se creen que lo son porque mucho rezan, porque mucho se confiesan, porque mucho comulgan y no salen a la calle sino para ir a la iglesia a cumplir con las obligaciones que dicen tener como católicos. Este señor era un verdadero santo porque era un ciudadano que sabía cumplir a cabalidad con los deberes que tenía para con la Patria, para con la sociedad, para con el hogar. En lo que se refiere a la Patria, lo tenemos pagando cumplidamente los impuestos fiscales y municipales; nunca negó su contingente moral y económico para todo cuanto significaba el progreso de su tierra natal, que así procediendo lo hacía por toda la Patria. En tiempo de elecciones jamás votó por el candidato que no responda al verdadero llamado del pueblo que anhela progreso para su tierra. No obstante que era católico, en tratándose de hacer uso de tan sagrado derecho, jamás cumplió con la consigna que daba el sacerdote a todos sus penitentes: **votar por el candidato conservador**. Nuestro santo varón reflexionaba así: *“Este candidato es católico, pero a mi modo de ver, es un verdadero ignorante que no sabrá cumplir con el deber que le impone el pueblo: en el Congreso o en el Municipio. No hará sino calentar el asiento, dormir y votar por el que haya hecho circular mayor cantidad de dinero para favorecer intereses particulares que no vienen a favor del pueblo necesitado”*. Como ciudadano, en sus relaciones con los demás, siempre respetuoso, delicado, guardando consideración para todos. Nunca hablando mal de nadie, y, al contrario, a todos aconsejando ser buenos, ser serviciales y humanitarios. Como hombre de hogar tenía su mujer y dos hijos: un varón y una hembra que se hallaban a su cuidado y protección. Trabajaba en cuanto podía, sin que la sea deshonrosa cualquiera ocupación lícita que se le daba. Era un verdadero artista tallador. Hombre tan bueno, tan bueno como el pan que suelen decir algunos.

Nos agregaba nuestro informante: *“Era tan bueno, tan bondadoso este señor que llegó a granjearse la consideración y respeto de todos quienes le tenían como el patriarca de nuestra sociedad”*. Considerado bajo el aspecto religioso, dadas sus innumerables virtudes, se le tenía como el santo que hacía verdaderos milagros, portentos, en una palabra. Recuerdo, un Viernes Santo, fue invitado a comer en casa de unos amigos. Le sirvieron, como uno de sus platos, lenteja con carne. Quedó suspenso un momento, viendo la comida. Disimuladamente rechazó el plato, pretextando le hacía mal. Como se le exigiera, diciendo para sí: *“Dios mío, en este día tan grande, carne”*. Con la cabeza dando la bendición, todos vieron en el acto que se convirtió en un plato de gusanos. Cosa que espantados los acompañantes dejaron de servirse sus platos que ya habían comenzado. Desde aquel día, en fechas como ésta, en esa y casi en todas, siempre se observó abstinencia de comer carne.

Otra persona, por allí, nos narraba lo siguiente: *“Cuando alguien enfermaba, era suficiente llevarle delante de Don Adolfo Pazos, y, con sólo que toque su mano, sobre el cuerpo enfermo, éste mejoraba de inmediato”*. Murió este santo hombre. La pieza mortuoria, desde aquel momento despedía un olor a esencia de rosas. La mesa velatoria y el ataúd en que descansaba su cuerpo, se hallaba iluminado con una claridad que no venía de los cirios encendidos que se acostumbra, sino de algo sobrenatural. Toda ponderación es nada para el sinnúmero de portentos que vimos operarse aquel día de su fallecimiento. A pesar del dolor que causaba a la ciudadanía la desaparición de este hombre tan virtuoso, nadie derramaba una lágrima de angustia por su muerte, ni sus

familiares mismos. Todos rezaban, todos invocaban su nombre venerado, y esa invocación era suficiente baño para confortar el espíritu. Algo más que olvidaba narrarle era lo siguiente: tenía un santo en bulto al que acostumbraban ir a dejar espermas, solicitando tan o cual intervención ante Dios, para lograr un favor. Don Adolfo, con solo verle la cara al devoto, le aconsejaba ponga o no la esperma. A quienes les decía “no ponga”, de insistir, les hacía constar que, luego de encenderla, su llama se apagará. Efectivamente sucedía, con lo que probaba que no se ponía espermas sino por aparentar devoción, santidad.

Por fin: otra persona que aseguraba haber sido acreedora a tantos servicios de este varón santo, nos agregaba: “*La tumba de este hombre santo era tan visitada por los enfermos que, suficiente era que estos se arrodillen sobre ella para que sane de inmediato, como que se quitara con la mano la enfermedad*”. Sus vestimentas que algo conservaban sus familiares, reducidas a retazos muy pequeños, eran obsequiados a quienes solicitaba, pues que eran considerados como verdaderos amuletos par salir gananciosos en cualquier empresa.... Un verdadero santo sin pregonar tanta santidad, tanta virtud que a él no agradaba pregonar.

Así era Don Adolfo Pazos, cuya tumba en el Cementerio de Guaranda se confunde con tantas otras que guardan en secreto el ministerio de la Vida.

MAMA ALIQUITO

A esta buena mujer, cuando ya en edad avanzada, todos cuantos la conocían y la trataban, que no eran pocos, la solían llamar así, con cariño. Ella, según la inscripción para su bautizo, respondía a Alegría Medina, guarandea puesto que había nacido en esta ciudad. Contrajo matrimonio con un señor de Yacoto, muy acomodado en bienes raíces y semovientes. No hay qué decir de dinero: teniendo tierras productivas y animales, es muy natural que viene el dinero. La llevó a vivir en sus propiedades hasta que enviudó ella. Tras de una larga vida de labor entre los dos y sus hijos que procrearon y que fueron numerosos, acrecentaron la fortuna. Acaso nueve, de los cuales no quedaron sino dos para honrarles en la vejez. Los siete fallecieron, el que menos de 15 años de edad.

Yacoto, parroquia un tanto alejada de Guaranda no tenía como hoy lo tiene carretera para que transiten carros y así se puedan comunicar con la ciudad en pocos minutos. O a pie o a caballo había que movilizarse de uno a otro lugar para satisfacer cualquier necesidad que se tenga en la ciudad. Enfermó su esposo. Sus hijos sobrevivientes al contraer matrimonio, cada cual fue a vivir distante de la casa de sus padres, los que quedaron solos: marido y mujer, en edad avanzada. No había quien vaya a Guaranda a traer un médico, ni medicinas para atender a esa salud completamente alterada. Mama Aliquito solamente se sujetó a administrarle remedios caseros que habían o que le aconsejaban vecindades amigas. No había más y ya se sabe que en el campo no se aconsejaba sino **la limpieza porque el enfermo está pegado del cerro. Le ha dado el mal aire porque se ha levantado de la cama sin signarse y decir siquiera: Jesús, José y María. Está brujeado o le ha cogido el antimonio de la plata enterrada, por las cercanías de la casa o en la casa misma, por los antepasados avarientos.** Para su curación, en primer lugar la limpiadora o el médico hechicero. Luego aconsejados por cualesquiera de los dos, la friega y refriega de la parte afectada, con ramos benditos, cuy negro, sapo color verde y la toma de la ña de la gran bestia con tres sorbitos de agua bendita en la Candelaria. No sin dejar de poner la esperma con togshitas de pelo del enfermo para que se consuma al pie del santo de su devoción. Eso sí, previa la limpieza de todo su cuerpo para que extraiga toda la enfermedad y se consuma lentamente en la llamita que con su movimiento le está diciendo: “Si, si”...

... pero la enfermedad tomaba cuerpo y continuaba haciendo su agosto en la rendida y casi agotada humanidad del enfermo. Su esposa día y noche junta al enfermo, velando con todo comedimiento y afecto para que nada de cuanto pueda necesitar le falte. Y fue una noche en que dormía profundamente su esposo que, al parecer había mejorado mucho, que ella presenció lo que va a continuación. Escuchemos lo que refería: “*Yo, yo presencié, con estos ojos que se han de hacer tierra, estando despierta. Entraron al cuarto mis siete hijos que los tengo muertos. Vestían de blanco y cada cual portaba un cirio negro, encendido. El más menor tenía una corona de flores. Dieron la vuelta alrededor de la cama. El que tenía la corona levantó la cabeza de mi marido, la colocó y, todos, así como entraron, salieron por la puerta. Yo me quedé estática sin poder pronunciar una palabra. Tampoco me dio miedo*”. Despertó mi esposo, como que llegaba rendido de un viaje largo. Le conté lo sucedido, agregándole: “*parece que tus hijos han venido a decirte que te prepares para llevarte*”. Se impresionó. Luego trató engañarse voluntariamente, asegurándose que no era sino una imaginación mía. Que él viviría mucho tiempo más puesto que se siente mejor. Al cabo de siete días falleció...

Ya viuda, nuevamente vino a vivir en Guaranda donde había pasado su niñez y parte de su juventud.

Por aquellos tiempos hacía guarnición en esta ciudad el Batallón de Caballería “Yaguachi”. El cuartel donde se hallaba alojado era el de la antigua Cárcel Municipal. La casa donde vivía mama Aliquito quedaba al frente donde iban a realizar algunas compras, puesto que había instalado una tiendita de ventas. Tenía un trato tan amable para con todos, especialmente para con los soldados, jefes y oficiales, que la llegaron a estimar tanto. No le faltaban las visitas puesto que les era entretenido eso de oírle contar anécdotas de su vida, historietas, leyendas de sus tiempos idos. Todos le daban el trato de Mama Aliquito, abuelita. Obsequiosa como nadie. En Finados, en Noche Buena, en Semana Santa, en Carnaval no les faltaba el obsequio de pan, fritada, fanesca, los cuyes, la gallina, los tamales, los chigüiles, de todo cuanto, si no a todos, a un buen número les decía: *“Vengan mis hijitos coman la comida que en las casas de ustedes las mamacitas siempre les habrán sabido brindar. Cómo sufrirán en tierra ajena”*.

Falleció. Jefes, oficiales y soldados estuvieron ahí para honrarla a su abuelita que se iba de esta vida dejando solo recordaciones imperecederas de su bondad, y, en quien todos ellos ausentes de su tierra, de sus madres, encontraron toda bondad, toda ternura, toda atención que desde lejanas zonas, en el veloz vehículo del pensamiento, acaso enviaban a sus hijos.

EL CAMARI

Hace algunos años tuvimos la grata oportunidad de pasar en el campo los tres días de Carnaval. Fue en uno de esos días que, desde las diez de la mañana vimos que, por los caminos zigzagueantes de la hacienda del señor donde nos encontrábamos invitados a pasar las fiestas, iban asomando ataviados con las mejores vestimentas de múltiples colores, enfilados de a uno, una cantidad de indios e indias: los primeros adelante, las segundas atrás, cuchicheando entre ellos, y, paso a paso dirección a donde nos encontrábamos.

Aquella mañana como en las anteriores íbamos a estar también de **a mantel largo**. Habrá comida variada, abundante y en la que no podrá faltar mucho cuy, gallina, fritada, mote, chigüiles, tamales, chicha y diversidad de licores, eso sí todos baratos...

Vertiginosamente pasaba el tiempo, y el dueño de casa, dándose cuenta que el sol avanzaba hacia el cenit, entrando y saliendo en la cocina parece que apuraba a quienes preparaban la comida, aligerar un poco para almorzar tranquilos porque más tarde pueden ser interrumpidos por patrullas que, de costumbre en tales días, saben visitar las casas. Quizá ya se principiaba a poner la mesa cuando se escuchó muy cerca de la casa y cuya presencia anunciaban ladrando unos cuantos perros trincados a la estaca, la música de El Carnaval, entonada en bombo y hoja de capulí, al mismo tiempo que un canto en coro:

*Abre la puerta e ventana
que venimos visitar
trayéndote este mañana
camari para entregar...*

Bailando, cantando y arrojando flores a todos cuantos nos hallábamos en casa, entraron portando en las manos, atados envueltos en manteles muy blancos, conteniendo gallinas, papas y cuyes asados, lo propio que canastos con huevos, quesos y frutas diversas. Se acercaron al dueño de hacienda para hacerle la entrega con estas palabras que impresionaron hondamente en cuantos presenciaron el acto. *“Patrón, -decía- año anterior ca, taita vinieron entregarte camari. Tiempito después ca, murieron, no más. Dijunticos siendo hoy día ca. Por eso viniendo nosotros, patrón. Quién sabe para otro año, ca, vos o cualquiera nosotros no estaremos aquí como hoy. Tal vez iremos, no más, descansar patrón. Puede ser último año venimos cantar, bailar en este casa. Sirve, patrón este pobreza que traímos. Tiempo ca, semejante caro estando todo... Amo mío, bonito, shunguito....”*

Recibidos los obsequios que iban entregando cada uno, el patrón por una parte, armado de una botella de aguardiente, iba repartiendo una copa por cabeza. La patrona por otra parte, armada de una jarra de chicha repartía en una taza al que iba tomando la copa. Iniciándose luego el canto y el baile en que tomamos parte todos cuantos nos encontrábamos ahí. Terminado el baile se les entregó obsequiadas unas dos botellas de aguardiente, de ese que se había adquirido en contrabando y a precio más o menos conveniente. También se les entregó una batea llena de mote frío para que se sirvan con bastante ají rocoto, molido con todo pepas. No pudo faltar un balde de chicha.

Terminado todo cuanto se les entregó a los indios, nuevamente sonó la tambora, la hoja y el rondín de quien recién asomaba por ahí, que había aprendido a tocar en la ciudad.

Por fin llegó la hora de la despedida que lo hicieron cantando las siguientes estrofas, quizá compuesta por ellos mismos.

Cayacama, patroncito

*ya nos vamos de to casa
y quizás para otro año
volvamos se nada pasa.*

*Si muriendo ca, taitamo
mirarás por mes longuitos.
No queriendo en el mundo
se queden eshos solitos...*

*Vamos ya que sol apura,
tenimos que trabajar...
Nuestra maldición siendo esta:
ni en la noche descansar...*

Y así como vinieron por los zigzagueantes y enchaparrados chaquiñanes de la cuesta nublada y lloriqueante, volvieron, no más por ellos, al son de la música de la tambora, la hoja y el rondín que parecía decir: **TODO ES POR EL CARNAVAL...**

... CUENTAN ALGUNOS BORRACHOS

Hasta el día de hoy no hemos sabido que en pueblo alguno de la tierra no pueda, alguien en sano juicio que haya salido a la calle, no haberse encontrado, por lo menos que con uno o dos borrachos que diariamente cruzan los tortuosos senderos de la vida. Borrachos, borrachos y más borrachos que, unos más y otros menos, todos han bebido aguardiente que se expende en las cantinas y en los salones con permiso del Gobierno que sólo combate la producción y consumo de la marihuana, como que el alcoholismo no causara la degeneración de quien lo ingiere por vicio.

Borrachos, borrachos y más borrachos que unos van cantando, otros van riendo y los más van llorando, es de mirarlos cómo levantando los brazos en lo alto y en actitud de insignes oradores, se les encuentra no solamente en las calles de las ciudades, sino también por los caminos de los pueblos, donde se han pegado en ayunas, no uno sino cuantos **buches** que al decir de ellos lo llaman así, fuera de otros nombres que con todo cariño le aplican al aguardiente. “Granito de Dios”, “Unita”, “Sustancia gris”, “Pechereque”, “Huaspete”, “Pepo”, “Quita penas” y “La del estribo”.

Borrachos, borrachos y más borrachos saben dar cuanta cantidad de material para que hagamos conocer a los lectores las miles de alucinaciones que producen en sus cerebros que han sido afectados por la gran cantidad de licor que han ingerido, a veces, hasta desproporcionadamente. Alucinaciones dignas de contarse por su carácter de extraordinariedad que en veces hacen reír a quien escucha. Sobre todo aquellas que ocurre a esos borrachos de tiempos idos que, parece que eran más ocurridos, dicharacheros, porque hacían jugar a su imaginación a derecha e izquierda. Y así, vamos a recordar lo que contaban algunos de estos amigos que por la mañana, en ayunas se tomaban unita, más luego otrita, y así continuaban durante todo el día, cosa de agotar no una **cuarta**, ni media botella sino la entera. **Seca y volteada** como suelen decir en sus álgidos momentos de entusiasmo que les hace presumir el mundo es sólo de ellos....

NN, nos refería que en altas horas de la noche de un día sábado se retiraba a su casa de Guaranda, desde la quinta de un amigo donde entre otros se encontraba él. Como habían bebido todo el día, todos se encontraban **chumados**. Lo peor sin haber comido nada hasta esas horas. Venía solo por el chaquiñán, volteándose de uno a otro lado. Temía caerse al fondo de una quebrada que corría paralela al camino. Cuando escuchó un raro rebuzno. Regresó la vista hacia el lugar de donde provenía puesto que se le iba acercando, encontrándose que se trataba de un enorme burro de tamaño doble al natural. Le seguía como que trataba atacarlo para morderlo o que.... Tenía los ojos como dos ascuas de fuego. Trató salvarse de la acometida. Por suerte halló un árbol junto al camino. Subió lo más alto que pudo. El burro se plantó al pie del árbol. Siendo imposible que se retire de ahí. Asegurándose entre las ramas resolvió amanecerse. Se había quedado dormido para despertarse a la mañana. Grande fue su sorpresa que, en vez del burro, al bajar la vista encontró que un chapa de policía se hallaba dormido y arrimado al tronco del árbol.....

Por el apodo más que por los nombres propios, todos excepto su mujer, le decían Taita Puricocha. Era un señor que, por haberse hecho a una querida, mujer del campo, muy buena moza, se aclimató a vivir en ese ambiente campesino. Y allí vivió durante toda su existencia, dado a sus costumbres, dado a sus amistades, dado a las estrecheces de habitación. Cada vez que venía a la ciudad de Guaranda, parece que, extrañando la vida del campo y sobre todo a su **paramera**, como solía llamarla con mucho cariño a su

querida, bebía mucho aguardiente. **En estado de copas** era un hombre muy intransigente.

Tan intransigente, tan empalagoso que sus pocos amigos trataban en toda forma, sin escatimar medidas, zafar de él. Una noche de aquellas, molestó tanto que entre todos buscaban la forma de hacer que se mande a cambiar a su casa. Y por más que pensaban no encontraban la forma. Nada pudo la noticia que le hicieron dar con un muchacho, conseguido al azar, **su paramera se hallaba de suma gravedad y lo había mandado a llamar**. Tampoco que la policía trataba llevarse a su caballo que lo tenía trincado a la puerta de la cantinera. Al fin, como último recurso: al salir a la puerta uno de ellos alcanzó a ver una máscara, la colocó en la frente del caballo y penetró para darle la noticia que los muchachos se llevaban a su caballo. Salió en el acto con el ánimo de castigar a los muchachos. Cual su sorpresa: vio a su caballo con cara de mono. No hubo más que esperar: así como se hallaba, montó en su caballo y a **rompe cincha** se largó a su casa donde entró gritando, para luego caer desmayado: *“Mi caballo se ha convertido en mono. Auxilio que me está cargando el Diablo en persona....”*.

Era costumbre de dos jóvenes cuando se hallaban en estado de suma embriaguez ir las noches al cementerio y recorrerlo visitando las tumbas de sus amigos y familiares que dormían el sueño eterno de la vida. En aquellos tiempos el cementerio de Guaranda sólo tenía cerramiento de tapial por los tres lados. En el un lado tenía un talud alto. Llegaron a él por el frente que tenía la puerta de entrada que la encontraron cerrada y con candado. Para penetrar optaron por escalar la tapia que era de tres adobes. El más alto de talla le tomó de la cintura al más bajo y lo puso arriba. Luego subió él. El alto tendiéndose sobre el tapial y tomándole de la mano soltó en el interior al pequeño, momento en el que éste avanzó a divisar un bulto negro que desde el centro del Campo Santo se dirigía hacia quien se encontraba en el suelo. Sumamente asustado éste y tartamudeando, desesperado solicitó le diera la mano para subir al tapial, lo que no aceptó quien se hallaba arriba. Y al contrario, habiéndolo visto también, se arrojó al interior. Luego, tomándole de la mano al compañero de aventura, a viva fuerza lo llevó dirección al bulto, apresándolo del blandís del saco, dándose cuenta entonces que no era cosa de la otra vida, sino un hombre como ellos, vivito y coleando. Le interrogó qué hacía a esas horas por ahí. Contestándole que **era espiritista**. Y que, por consiguiente, **como tal, acostumbraba todas las noches ir para hablar con los espíritus**. El espiritista era nada menos que un joven medio idiotizado, con la cabeza baja y sin hablar con nadie, recorría las calles de nuestra ciudad.

Y es entonces que el pequeño amigo de aventura recién se pudo dar cuenta que llevaba bien humedecidos los pantalones.

“....., pero por qué, mi querido amigo, se arrojó contra los cuernos tan puntiagudos del toro?”, le interrogaba el padrecito en el hospital de esta ciudad a NN., tan conocido en esta su tierra, por su valentía: sacar lances magistrales al más bravo toro de toda corrida que se daba, especialmente en las fiestas del 15 de Mayo de cada año.

“... , pues, taitacurita, le diré a su reverencia que, durante mis cuarenta y tantos años que he sacado lances a los más bravos toros y que lo he hecho tomado unos cuantos traguitos, he visto a todo toro tan pequeñito que me ha parecido un juguete. Y yo, en cambio me he considerado un gigante en tamaño y fortaleza, capaz a derribarlo a la fiera por los suelos, y, sintiéndome así, para mí ha sido un gusto y hasta un orgullo cosechar aplausos y un asentante doble que siempre saben brindarme las cantineras. Y bueno pues: ahora sí que me voy de esta vida, padrecito. Haga que me den la última.

Pues, tomemos mientras vivamos porque en la tumba ni agua bebemos...”. Y NN. se nos fue en copas para toda la eternidad.

“Ya está aquí el chagra Gabriel. Ya ha venido de su aldea. Ya está andando de arriba para abajo, bien borracho, montado a caballo. Pobre animal, víctima de sus borracheras....”

*“Si es de oírle charlar a este baboso. Cuando conversa arroja una lluvia de saliva que es necesario escucharlo con un paraguas por delante. Este chagra es de aquellos que no se **abolla** ante nadie. Sabe decir: **gallo fino donde quiera canta...** Y es así porque no tiene vergüenza a nadie, y, como es hombre de plata, todos le hacen atención y le dispensan sus groserías....”*

“Montando en su caballo y pegado unas cuantas copas, él se burla de los chapas. No hace caso a ninguna autoridad. Cuando le persiguen para tomarle preso: arranca a su caballo hacia su tierra. Se remonta por allá y no vuelve a Guaranda sino cuando cree que han olvidado el escándalo que dio....”

*“Pero a este chagra pendejo, la otra noche que había estado yendo bien borracho a su **llacta**, le había pasado algo terrorífico, según él mismo referiría.... Portando al bolsillo una botella de trago que lo iba agotando momento a momento, se dirigía a su casa. Al llegar a un lugar del camino bastante oscuro, solitario y miedoso desde antaño, notó que el caballo paró las oreja y no quiso caminar para adelante, sino más bien trataba de retroceder. Le picó duro con sus espuelas y aún así no quería seguir adelante, y más bien corcoveando trataba echarle al suelo para en libertad irse por dónde... Se soplaba y resoplaba dándose las vueltas. Momento en que sintió que alguien se montaba al anca. Siendo entonces sí que el caballo salió como disparado hacia delante, al extremo que, en pocos momentos más, llegó a la casa, esto es en menos tiempo del que empleaba ordinariamente. Llegó abrazado por ese bulto que se enancó y que parecía sostenerse del chagra con uñas muy agudas que le iban hincando en el cuerpo. Había algo más: el bulto tenía un peso extraordinario que sentía a su caballo cojear con las patas. El caballo entró de sopetón a la casa, venciendo y casi destrozando la puerta de entrada. Cuando levantaron sus familiares a ver que sucedía le encontraron tendido en el suelo, echando espuma por la boca y sin conocimientos. El caballo echaba agua del sudor. Luego que le hicieron entrar en **quando** y le acostaron, refería que no le vio al bulto. Lo que sí sintió, que se montaba al anca de su caballo. Que desde ese instante perdió el conocimiento. Que si llegó a la casa es porque el caballo la conocía muy bien. De otra manera no sabría hasta hoy, cómo ni cuándo fue a dar allí... No van a creer, desde ese acontecimiento parece que dejó de beber en exceso. Si alguna vez lo hacía era cosa de no llegar a la embriaguez completa. Agregaba que no se trata de una alucinación ni cosa parecida. Que fue realidad lo sucedido. Que él siempre tenía recelo pasar por ahí en la noche, ni acompañado, peor solo. Pues, que muchas veces había escuchado a sus difuntos padres y a otras personas mayores, que el lugar era pesado y que a nadie aconsejaba pasar de noche por allí, sobre todo en noches de luna tierna....”*

Y este chagra **Gabriel** que gustaba llamar a los niños a que saquen de su bolsillo una sola moneda de cuantas tenían, de diverso valor entre sucre, peseta, real, medio y aún centavo, para ver la suerte del **bribón**, un día de verano soleado y ventoso, en su llacta que tanto amó y trabajó, en sus cinco sentidos, pero, **sordo piedra** y casi sin vista,

lentamente y en silencio sintió arrancarse el hilo de su vida tan pintoresca como bulliciosa.....

“Era en una noche oscura, oscura, muy oscura –nos decía NN.- que tranquilamente, después de haber tomado unas cuantas copitas, me retiraba a mi casa que, como usted bien lo sabe, queda fuera de la ciudad. No me hallaba tan embriagado que se diga. Mejor dicho, iba a medias. Entre embriagado y sano. Primeramente escuché, por la cercanía, el aullido triste de un perro. Luego pasó, casi por encima de mi cabeza una lechuza lanzando su canto miedoso que me puso un tanto nervioso. Cuando sentí que alguien me tomaba de uno de los brazos, como suelen tomar los amigos en un paseo. Volví la vista para ver de qué persona se trataba. No se dejó ver. Hice todo esfuerzo por mirarlo bien y conocerlo. Imposible porque se me nublaron los ojos, se me amortiguó el cuerpo. “Vamos”, me decía una voz medio gutural, y, apresuraba en llevarme ofreciéndome un trago. Me resistía en tal forma que, optó por querer arrastrarme hacia delante. Perdí el habla e iba a caer al suelo, momento en que le miré tenía los ojos incandescentes. Me dí cuenta entonces que se trataba de alguna mala visión. Me sentí perdido. Con ventaja, a pocos pasos venía un grupo de gente, la que se acercó a mí. Como me viera que me encontraba en estado de suma postración así moral como física, me interrogó, “qué pasa?”. Sólo entonces me sentí libre de esa mano que me tenía el brazo, para entonces ver que por allá se alejaba un bulto rojo como un carbón encendido. Recobro la pronunciación y les cuento lo que me había estado sucediendo momentos antes. Ellos también le miran, y, todos emprendimos en precipitada carrera. Llegado a mi casa, me miro el brazo desnudo y veo que se halla amoratado en la parte que me tenía aquella mano misteriosa....”

Sentados en una banca de una cantina y tomando una que otra copa de una media botella que habían hecho poner a la cantinera se hallaban unos seis borrachos consuetudinarios. Charlaban de todo menos de la carestía de artículos de primera necesidad. Esto, poco o nada les importaba puesto que casi nunca se hallaban en casa a la hora del almuerzo ni de la merienda para que puedan darse cuenta de los duros problemas que tenían que resolver sus madres, sus esposas, sus hermanas. La botella iba dando término y no había quien pueda entrar a cebarla siquiera con una cuarta para poder continuar esa vida alejada de toda preocupación tendiente a resolver los grandes problemas del hogar.

Púsose de pie uno de ellos, y, de golpe y porrazo manifestó:

- Quiero contarles una cosa que me sucedió anoche. No van a querer creerme. Pero es la realidad que me sucedió anoche mientras, un tanto embriagado me iba a mi casa que, como ustedes bien saben fuera de la ciudad.
“Qué te sucedió, colega, interrogaron a un mismo tiempo todos – Cuéntanos para ver si te creemos o no”.
- Anoche estuve en el Infierno....
“Cómo dices? En el Infierno? – Interrogaron admirados los unos, sonreídos los otros. De haber entrado en esos dominios del eterno tormento no habrías salido a estar como estás hoy con nosotros”.
- Escuchen, amigos: como les decía, me iba a mi casa cuando en el trayecto veo una puerta muy grande, completamente iluminada. Parecía la puerta de un gran horno, pues que hasta hacía calor fuerte. Me acerco, y, un amigo vestido completamente de rojo se acerca y me invita entrar allá a servirnos una copa. Como yo llevaba una botella llena, en correspondencia, también le invito a que se sirva a boca e botella un

trago. Es entonces el momento que, sin saber ni como ni cuando, me encuentro delante de Satanás.

“Lo que pasa es que soñabas, colega – replica uno de ellos – y luego te despertaste”.

- Qué sueño ni que pan caliente. Es realidad que estuve con Satanás. Siguen escuchando el diálogo que sostuvimos:
- Cómo así, tú por mis dominios, amigo?
- Sí, mi don Sata. Me trajo un amigo que, vestido todo de rojo, me invitó a tomar una copa y luego desapareció, tras brindarle una de este que llevo en esta botella. Desea servirse unita?
- Gracias, buen hombre, me dijo, y a boca en botella se sirvió, casi media botella. Qué bueno lo siento.
- Y me van a creer: me entregó la botella que ardía. Sin embargo no me pringue la mano al cogerla. Allí todo es fuego: el trono de don Sata, los tridentes, las correas que tienen para castigar a los recién llegados.
“Ya a ti no te castigaron como recién llegado?”
- No!... El comprendía que yo iba de embajador de los bohemios de la tierra, y la prueba inequívoca era que presenté credenciales: la botella de buen trago.
“Y él, qué te entregó en correspondencia replicó uno de ellos”.
- Su ardiente mano y el deseo que sigamos adelante, formando escuelas. Pues que así llegará el día en que todos nosotros estaremos ahí. Cada cual con una buena botella para entregarle. Le agradó tanto que supo tomarse doble. También ahí viviremos de la pura farra....

“Aquella noche de invierno me encontraba solo en mi habitación que era sala y dormitorio al mismo tiempo. Noche de invierno sin luz eléctrica pública ni a domicilio era para obligarle a uno a recogerse temprano a la casa. Pues no asomando por parte alguna siquiera un amigo para conversando algo entretener el tiempo que tan aburrido y pesado es en tales noches. No me encontraba embriagado: apenas me había servido unas dos o tres dobles como era mi costumbre para irme a acostar. Una esperma encendida alumbraba deficientemente mi estancia. Luego de haber leído algo, antes de apagarla para ya dormir, procedía a aldabar la puerta. Me sería fácil conciliar el sueño porque no tenía preocupación alguna....”.

“Sin saber cómo ni por qué, vine a sentir cierto estado de nerviosidad que no dejó de preocuparme. De inmediato sentí un leve sonido de la puerta. Unos instantes más y miro –asombrado- entrar un bulto negro en forma de hombre. Mi reacción fue ésta....

“Qué pasa, carajo!.....”, ni una palabra de contestación. Tuve miedo, pero al instante escucho el metal de voz de un amigo ya desaparecido de Guaranda, no dela vida. Creí se dejaría ver la cara, pero ésta no aparecía. Sólo lo que veía era el bulto negro... Quise encender la luz. No pude porque mis manos las tenía amortiguadas. La voz me decía: “Vamos...”. Pensé un momento y resolví ir con él. Me visto y le digo vamos. Sólo sabía que me iba con el amigo y colega de cantina, hace tiempos. No pude tomarle del brazo porque no se prestaba para ello. Quería tomarle de la mano, tampoco encontraba esa mano. Mi mano daba con el aire. Seguimos camina que camina por calles completamente oscuras. Le interrogo a dónde me lleva. Su contestación: “Ya vamos a llegar...” Unos pasos más y nos encontramos en la entrada del Cementerio donde un pequeño resplandor de claridad me hace ver no al bulto negro, sino un esqueleto que me dice: “Vamos, amigo que aquí me encuentro ya, desde hace años. Aquí vine a parar como fallecido anónimo y como tu también vas a venir próximamente por haberte entregado como yo al vicio maldito de beber licor....”.

“Desde entonces vengo dejando este vicio que a nada conduce, sino a destruir el hogar, a perder la dignidad y a escandalizar a la sociedad que tanto anhela el aporte del conciudadano para construir su grandeza y prosperidad....”.

*“De veras, no: pues, tomemos la **última**, haciendo promesa de dejar para siempre este vicio maldito de emborracharnos que hasta hoy nos ha hecho olvidar el cumplimiento del deber que tenemos para con nuestros hogares y para con la sociedad...”.*

LOS MONTONEROS

De poco se nos escapa ocuparnos también de estos personajes de leyenda. Francamente tenemos que decir: nos habíamos estado olvidando de ellos que hace muchos años hicieron época en cierta zona montañosa y caliente de nuestra Provincia. Dejándoles acaso para que algún día alguien se ocupe de ellos. Quizá otras generaciones que vendrán, y, ojalá con el mismo entusiasmo, interés y por qué no decirlo, con la misma paciencia que hemos tenido nosotros para no permitir que se pierda, si no todo, por lo menos una parte de su folklore.

La Provincia Bolívar que posee en su territorio, tal vez un sesenta por ciento de zona abrigada a la que todos nosotros solemos llamar Costa. Ésta ha sido proclive siempre a que en ella se prolifere este elemento que desprendido completamente de la vida nunca ha temido a la muerte, venga como viniere. Ha sabido enfrentarse a ella con valor y coraje de indio, a lo menos cuando ha visto, por desgracia, derramarse sangre de su cuerpo. Entonces sí: **SÁLVESE QUIEN PUEDA** de su venganza acompañada de coraje y de su resolución: desconociéndose actuar sin regresar a ver lo que iba quedando atrás...

Parece que, condición indispensable para formar parte de este movimiento era ser alto de cuerpo, bien fornido y sobre todo valiente, disciplinado, al extremo de superar a la del militar, a la del sacerdote de una congregación cualquiera. Por rara excepción podía entrar un hombre bajo de cuerpo, siempre y cuando haya dado pruebas manifiestas de ser **muy macho**, esto es ser muy valiente, capaz a enfrentarse solo con todo un ejército bien armado y equipado. No hay para qué decir que el individuo debía ser expedito, de iniciativas, ligero cual un ardilla, pues que, el amuleto que siempre llevaban pendiente de la cintura era una piel de este animalito. No hay que olvidar que debía saber cabalgar tan bien cual un cosaco, porque todas las correrías por malos y buenos caminos lo realizaban en la noche o en el día a la hora que sea más necesario movilizarse. Miedo a la culebra?, Qué va! Para el montubio *“no mata la culebra sino el destino”*. Y, *“a más de eso, la Valdivia se lo avisa a uno la presencia de la shucha, con su canto agorero....”*.

Pero antes se querrá saber el fin que se proponían los “montoneros” por estas regiones. Pues, vamos a satisfacer la curiosidad del lector. Todo el grupo alimentaba ideas libertarias: políticas y económicas. La influencia de la Doctrina Liberal preconizada por Don Eloy Alfaro, viejo *“cuya ropa, sabían decir, no se lava con jabón sino con el chaguarmishque porque hiede a chicharrón...”*, había llegado hasta ellos y preparaban el camino para que haga su ascenso, desde las ardientes playas de Manabí hasta las heladas cumbres de los Andes. Como se verá, el fin era liberar al pueblo trabajador, el montubio especialmente, de la voraz explotación que tenían los hacendados, sobre sus peones, especie de conciertos para el trabajo de sus extensísimas propiedades. Luego, como ciertos gobiernos, queriendo hacer mucho dinero para incrementar sus presupuestos, buscaban fuentes de producción que encontraron en el aguardiente, habiendo establecido el estancamiento de este producto, ordenaron sellar trapiches y alambiques hasta cuando hayan conseguido permiso que costaba mucho dinero. Algo que no mismo agradó al productor montañés que en ningún momento era el gran hacendado sino el pequeño propietario, razón por la que se pusieron a la orden para entonces no permitir aquel sellamiento que estaría obstaculizando la producción libre de aquella sustancia gris que nos dijera Vate.

El Gobierno, para garantizar a los cesionarios la productividad económica que se habían propuesto al conseguir la cesión del Impuesto a la destilación, puso a órdenes de ellos la Fuerza Pública. Ella debía acompañar a sus empleados para que hagan el sellamiento. Pues, contra éstos y aquellas se hallaban al frente los “montoneros” que iban resultado tan fuertes y temibles que, los mismos cesionarios principiaron por buscar a los dirigentes para que comandaran a guardas y a soldados. No lo consiguieron porque el juramento que habían prestado era éste: *“Todos los montoneros contra quienes traten estorbar su paso de vencedores. Y, montonero que traicione, merece el fusilamiento sin clemencia alguna...”*.

Retratados así los “montoneros”, escuchad lo que de ellos murmuraba la gente: *“Vea, compadre: mucho se está diciendo de eto facineroso que de la noche a la mañana dique caen no ma, en cualquie casa, bien armado hasta lo mimísimo diente. Uno maldito eto condenao que dique se parecen al mismísimo Sataná.... Pue, oigasé, mi compadre: pa mayó seguridá de nuestra mujere y nuestra hija, no hay sino que prontitico mandarle se oculten monte adentro. Sean buena moza o sean desengañada, flaca o gorda. Ocultarla lo mejó que se pueda porque cayendo no má en mano de etos malcristiano, le irán poniendo guagua. Dio no guarde y no favoreca de eto salteadore que, con tal que sea gayina, gorda o flaca se la comerán sin remedio.”*

“Ahí no má no queda la cosa. Incendian habitacione, roban, matan, se yevan lo animale de lo potrero y se mandan a cambiá por donde pueden a seguí robando...”

Por ahí asoma un serrano que aún no ha tomado el dialecto montubio, y se expresa: *“Ya sabe, vecinito: al primer toque del cacho ponerse alerta o para recibirles con toda atención a fin de que, con gratitud no cometan fechorías o para enfrentarse con ellos a machete limpio. El mío ya lo tengo como navaja de cortar la barba, cosa que, de un tajo, allá la cabeza rodando por el suelo, y, ya viéndonos vencidos, también tirarnos monte adentro, que me parece mejor”*.

“Oiga, compadre: para un mal otro mal. Yo ya he preparaao el caldo mágico para ahuyentá a eto malvado, hijo de Sataná. En el aguita de la verticientica he cocinao a la culebra equi, la uña de la gran betia, uno cuanto bejuquillo de rabo e mono y tre onza de cucaracha. Eta aguita, cuando ya fría, aspergiá por lo rededore de la casa, suficiente para ahuyentarlo. Lo caballo, dique olfatean desde lejo y por má que la clave la epuela o le avejuquee no dan un solo paso adelante...”

En tanto hacían comentarios de toda índole formulando planes, estrategias para contrarrestar los asaltos, escucharon un tropel de caballos, como que se acercaba a donde ellos charlaban. No hubo más: compadre y vecinos, dejando abiertas puertas y persianas, dejando caer al suelo los machetillos, entre el aullido de los perros caseros, emprendían en precipitada fuga de sus casas, montaña adentro, llegando a escondites que les miraban entrar despedazados los vestidos, sin sombrero, sangrando piernas, brazos y cara, y, lo que es más: llevando humedecida la parte delantera del pantalón...

Total, los “montoneros” sólo llegaban a las casas de los pequeños propietarios a solicitar les obsequien un poco de agua para aplacar la sed, y, a obsequiarles, de cuando en vez, comestibles, cigarrillos, fósforos, espermas y algo más que habían tomado de los almacenes de los chinos que amasaban fortunas comprando adelantado a los montubios, café, cacao que pesaba en sus romanas, donde la arroba que llevaban apenas para ellos pesaba diez libras, menos unas onzas, destarando el peso del saquillo en que portaban.

Así eran estos “montoneros” que el cura, el gamonal, el hacendado de la Sierra y de la Costa solían llamarlos ABORTOS DEL INFIERNO, siendo que en realidad no eran sino liberadores de conciencias, de esclavitud y de misérrimas economías a que se les tenía sometidos a los de abajo....

ALGUNAS OPINIONES SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA LITERARIA

- *“Han prestado al teatro del periodo que analizamos, 1) autores que hacen preferentemente teatro, 2) autores que hacen poesía y teatro, 3) y escritores que se han dedicado tanto a la escena como a la narrativa. Entre las obras de los primeros conviene destacar: a Raúl Andrade, Enrique Garcés, Enrique Avellán Ferrés, Jaime Barrera B., Alfonso Chiriboga Andrade, Ricardo Descalzi; y finalmente, Augusto César Saltos, con “Tiburones Blancos” (1956), teatro realista de acusación social”.*

Tomado del libro “Del Realismo al Expresionismo, el Teatro de Aguilera Malta”, cuyo autor es Gerardo Luzuriaga, profesor de la Universidad de Los Ángeles. EE.UU.

- *“Eloísa de Benítez, con “Noche Buena”; Carlos León, con “La Mujer de tu Próximo; Angélica Martínez de Vinuesa, con “La Vida en Escena” y Augusto César Saltos –esperanza de un buen teatro- con “Tiburones Blancos”, completan este panorama.”*

Teatro durante los años 1944 a 1956, visto por el autor Francisco Tobar.

- *“Augusto César Saltos como escritor, ha incursionado por los más difíciles temas: el drama, la novela, el folklorismo, la leyenda, la tradición y la historia. A él le debemos los ecuatorianos dramas como “El Minero”, “Queriendo ser Grande”, “El Precio del Amor”, “Los hijos nos acusan”; novelas como “Taitamo”; libros de tradiciones y leyendas como “En Tierras de Bolívar”, “El Cacique Huaranga”, “Feliza Egüez”, “Siluetas de viejos liberales”, “Bolivarenses del 95”, “Del Ayer Lejano”, “Los últimos bandidos”, “Huellas del pasado”. –quien ha enriquecido nuestra bibliografía, nuestro haber cultural, merece la gratitud y la admiración de los ecuatorianos, puesto que no sólo ha entregado a la cultura nacional y del mundo entero su poder creativo y su erudición, sino su trabajo tesonero, indismayable e inteligente”.*

Modesto Severo, de “El Expreso” de 7 de febrero de 1975.

- *“Importante es también el canto epopéyico que hace la biografía de “El Cacique Huaranga” por Augusto César Saltos, exaltando sus dotes de tal, presentándole en sus múltiples actividades de gobierno; recorriendo los campos, inculcando valor, amor al trabajo, a la libertad, a cuanto puede estimular a su pueblo en moral y virtudes”.*

El Universo

- *“Augusto César Saltos ha sido el primero en escribir teatro en la Provincia Bolívar. Sus obras tienen un marcado contenido social, sus personajes son extraídos de la vida real, y en la confrontación dramática, objetivamente, con medios artísticos, mana la denuncia y la protesta contra “los poderosos de esta tierra””.*

El Pueblo.

- *“Estamos seguros de que el libro de Augusto César Saltos encontrará una gran acogida en el país porque aparte de la amenidad con que está escrito, constituye uno de los aportes literarios más significativos.”*

El Universo

ÍNDICE

Presentación.....

HUELLAS DEL PASADO

Algo que hay que decir.....	
Recordando el pasado.....	
Leyenda de la fundación de Guanajuato.....	
Taita Curita Guzmán.....	
La Mama Pachi.....	
Las Guarichas y los Huambras.....	
Se le cayeron los pecados.....	
El Pastuso.....	
El cobije de casa.....	
Dale Pacho a la India.....	
El Topa Rodillas.....	
La Concubina del Diablo.....	
Siga su camino sin mirar atrás.....	
Yo le maté.....	
El Primiciero.....	
La maldición del padre.....	
Origen del Carnaval de Guaranda.....	
El Gallo Compadre.....	
El Turco Loco.....	
Los zapatos del Diablo.....	
El Barón Pozo.....	

DE LEJANOS DÍAS

La existencia del Cacique Huaranga no es cuento.....	
Los Muleros.....	
Los Fanfarrones.....	
Gobernando mi casa.....	
El Vate.....	
El Indio Panches.....	
La Limpiadora.....	
Los Nacimientos.....	
La Mudita Pura.....	
El Caballo Loco.....	
Don Adolfo Pazos.....	
Mama Aliquito.....	
El Camari.....	
..... Cuentan algunos borrachos.....	
Los Montoneros.....	
Algunas opiniones sobre el autor y su obra literaria.....	